

HISTORIA DE UNA BRUJA CONTEMPORÁNEA

La
mirada
de una
bruja

ANTONIA J. CORRALES

amazon publishing

La
mirada
de una
bruja

ANTONIA J. CORRALES

La
mirada
de una
bruja

HISTORIA DE UNA BRUJA CONTEMPORÁNEA

amazon publishing


Los hechos y/o personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Publicado por:
Amazon Publishing, Amazon Media EU Sàrl
5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg
Diciembre, 2018

Copyright © Edición original 2018 por Antonia J. Corrales
Todos los derechos están reservados.

Diseño de cubierta por lookatcia.com
Imagen de cubierta © Paul Burley Photography © Benjamin Lee / EyeEm /
Getty
Producción editorial: Wider Words

Primera edición digital 2018

ISBN: 9782919804047

www.apub.com

SOBRE LA AUTORA

Antonia J. Corrales es una escritora española nacida en Madrid en 1959. Después de varios años trabajando en el mundo de la administración y dirección de empresas, decidió dedicarse de lleno a la escritura. Comenzó a adentrarse en el mundo de la edición en 1989 como correctora, y desde entonces ha trabajado como lectora editorial, columnista, articulista, entrevistadora en publicaciones científicas, jurado en certámenes literarios y coordinadora radiofónica. Ha sido galardonada con una veintena de premios en certámenes internacionales. Es autora de las novelas *La décima clave*, *La levedad del ser*, *As de corazones*, *Epitafio de un asesino*, *En un rincón del alma* y su segunda parte: *Mujeres de agua*. Con *En un rincón del alma*, lleva más de cinco años en el top de ventas en España, EE.UU. y América Latina. Traducida al inglés, griego e italiano, su última novela publicada de forma independiente es *Y si fuera cierto*, y se estrenó en el sello Amazon Publishing con *Una bruja sin escoba*, la primera parte de la trilogía *Historia de una bruja contemporánea*. *La mirada de una bruja* es la segunda parte de dicha trilogía.

No sirve de nada volver al ayer, porque entonces yo era una persona distinta.

LEWIS CARROLL, *Alicia en el País de las Maravillas*

A todos nos ocurren cosas extrañas a lo largo de nuestra vida sin que durante cierto tiempo nos demos cuenta de que han ocurrido.

J. M. BARRIE, *Peter Pan*

ÍNDICE

EN LA PRIMERA ENTREGA DE LA TRILOGÍA...

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

EN LA PRIMERA ENTREGA DE LA TRILOGÍA...

Cuando Diana retoma la vida que había dejado tras, en apariencia, haber viajado al futuro y regresar de nuevo al presente, vuelve sabiendo lo que va a suceder y, aunque debe ocultar lo que ha descubierto, no consigue controlar sus impulsos ante Alán. Llevada por el dolor que le produce saber que él le miente, provoca una paradoja al insinuarle que es consciente de la atracción que él siente por Azucena.

Se reencuentra con Ecles, Elda y Desmond, pero nada se desarrolla tal y como ocurrió la primera vez que lo vivió junto a ellos. Su imprudencia al utilizar sus conocimientos desencadena una serie de sucesos imprevisibles que cambiarán el destino de ella y de quienes la rodean: Alán se muestra más cercano, parece más enamorado, incluso planifica su vida de otra forma tras instalarse en el ático de Antonio. Por otra parte, Ecles, Elda y Desmond no reconocen a Diana, que regresa sin escoba, sin su libro y sin su gaveta. Solo *Senatón* y Claudia parecen saber quién es.

Abandona la investigación sobre sus orígenes durante un tiempo y lucha por olvidar la magia que la rodea desde niña, pero no lo consigue y termina aceptando que es una bruja y que, haga lo que haga, siempre lo será. Una bruja débil, demasiado humana, como afirma y le recrimina el nigromante. Tras el acoso y las amenazas de este, decide protegerse de él usando algunos de los hechizos que Antonio le revela.

Alán sigue ajeno a los sucesos extraños que vive Diana. Permanece asentado en la vida y el tiempo al que pertenecen los *muggles*, ese entorno en el que los ojos solo ven como real lo establecido. Sin embargo, Diana comienza a aceptar que es diferente al resto de los mortales y que puede ver más allá de lo convencional. Sabe que debe recuperar la gaveta, aquel cajón

de madera de haya negra en cuyos laterales aparecen unos símbolos pictos grabados, el mismo en el que la dejaron junto a la puerta de un hospicio siendo un bebé. Y también ha de conseguir de nuevo el libro de cubiertas rojas confeccionadas en un material que parece tener vida propia y páginas en blanco, un objeto tan misterioso como todo lo que le sucede desde niña. Un libro en el que, tal vez, halle las claves que la conduzcan a saber quién es en realidad y de dónde procede.

Samanta, su mejor amiga y mayor apoyo, se encuentra lejos, participando en una excavación en Egipto. Diana no puede relatarle lo que le está sucediendo, y la añora. Así, sin nadie que pueda ayudarla ni con quien compartir lo que le ocurre, decide enfrentarse a ese presente tan distinto al que había vivido, a los seres extraños que van apareciendo en su vida con una frecuencia inusitada desde que se instaló en aquel edificio habitado por personas fuera de estereotipos, tan especiales como fascinantes. Casi irreales.

Mientras Alán duerme ajeno a todo, Diana, en la terraza del ático, rememora lo acaecido desde que regresó del futuro. Se arroja con la vela roja de su ala delta pensando en Desmond, en la atracción que siente por él y, sin saber cómo, se eleva sobre el cielo de Madrid. Un cielo sin estrellas en donde las brujas, las auténticas brujas, jamás utilizaron escobas para volar, sino para otros menesteres que Diana aún desconoce. Un cielo y una ciudad que poco a poco terminarán conduciéndola a un mundo lejano y diferente. A una realidad que solo la mirada de una bruja puede ver, entender y habitar.

CAPÍTULO 1

No volví a ver a Desmond hasta varios días después de aquel primer encuentro, cuando él y Alán se enzarzaron en una especie de disputa por atraer mi atención, cuando pareció cortejarme sin el más mínimo reparo delante de mi novio. Pensé que se había olvidado de mí, también de aquellos libros sobre hechizos que se ofreció a prestarme y del vuelo que me pidió realizar en mi ala delta. Durante unos días tuve la sensación de que había desaparecido, que por alguna extraña razón se había ido de aquel presente tan caprichoso como imprevisible. Tampoco me encontré con Ecles. Las ventanas que daban a su terraza permanecían cerradas durante el día, con las persianas bajadas y los toldos echados hasta el atardecer. Los recogían cuando los rayos del sol dejaban de incidir sobre los tejados y las losetas de barro cocido comenzaban a templarse, a perder el calor que habían acumulado durante el día. Cuando yo regresaba del trabajo, por lo general ellos ya no estaban en la casa y, aunque las persianas ya estaban subidas, los estores impedían ver el interior de la vivienda. Sin embargo, aun teniendo la certeza de que debido a sus trabajos a esas horas estarían durmiendo o ya se habrían marchado, no perdía la esperanza de que alguna tarde, antes de que Alán llegase a casa, vería a Ecles zascandileando en el chiringuito. Me consolaba la idea de encontrarlo reparando alguna radio vieja o lijando y barnizando uno de aquellos muebles despreciado por su anterior dueño, abandonado sobre la acera de cualquier calle de la ciudad y rescatado por Desmond antes de que lo llevaran a su destino final, el punto de reciclaje. Allí, probablemente, lo destruirían para siempre y, al hacerlo, matarían aquellos recuerdos, aquella vida que, según Ecles, poseían todos los objetos y que le hacían sentir, ver y oír las voces del alma de sus antiguos propietarios. Sonreía al recordarle y me estremecía al rememorar sus abrazos, la calidez de su enormidad y aquellos enfados de niño pequeño encerrado en un cuerpo de más de dos metros, con la piel cubierta de

cicatrices, como también lo estaban su corazón y su alma de gigantón vuelto a la vida. A una vida y un presente que le dolían y que no reconocía como suyos, igual que me sucedía a mí.

Poco a poco volví a la soledad que, como antes de mudarnos Alán y yo, me esperaba al regresar a casa. A los atardeceres cálidos de aquel verano que parecía no querer marcharse. A contemplar a los gorriones y los vencejos revoloteando en busca de insectos cuando el sol caía en Madrid. Al anochecer de brisa infrecuente y esquiva y a la serenidad que me producía que el ruido del tráfico se fuera atenuando, yéndose poco a poco de las calles. Me habitué a contemplar el brillo de aquella estrella tan solitaria como yo y que, a veces, pensaba era la segunda a la derecha, la misma a la que se refería Peter Pan. Esa que, tras girar, me llevaría directa hasta el amanecer. Pero mi vuelo no era el mismo que emprendía Peter Pan; no seguía la misma dirección. El mío parecía dirigido por un astrolabio defectuoso que, en vez de marcar el rumbo correcto para alcanzar la estrella, me alejaba de ella y del país de nunca jamás. Me conducía una y otra vez a un cuásar que, poco a poco, iba tragándose todo lo que había a su alrededor. Y yo, noche tras noche, sueño tras sueño, esperaba que, tarde o temprano, ese cuásar acabara de absorber toda la materia y crease para mí una nueva galaxia; una nueva vida, un nuevo futuro en el que no me faltaran ellos: mis amigos.

Me sentía como si me hubieran devuelto a un pasado que en parte ya había vivido. A los pocos días de mudarnos, comencé a recibir los mismos mensajes de WhatsApp que Alán me había mandado en la otra realidad para que no lo esperase despierta, mensajes que hablaban de reuniones de equipo inesperadas e inventarios sorpresa. Al leerlos, me sabían a cañas de cerveza, risas, besos y fandangos a pie de acera. Pensé que aquellas noches debían de oler como las que yo había compartido con él. Olerían a primavera, a aire de tormenta, a cielo anochecido, a piel desnuda y a planes de futuro. Pero en aquellos momentos, a diferencia de lo que me había sucedido entonces, no me importaba que fueran tan semejantes a las que había vivido conmigo. Las ausencias de Alán pasaron de ser soportables a resultarme necesarias. En cierto modo, precisaba de aquella soledad nocturna para que, de darse un encuentro con Desmond, este fuera más íntimo y yo no estuviera cohibida por la presencia de Alán.

Las palabras que componían los mensajes de disculpa o excusa que Alán me enviaba casi todas las tardes pasaban por mis retinas de refilón. No me detenía en ellas, ya no permitía que se quedaran a dormir, que ocupasen mis

pensamientos más de lo necesario. Ansiaba recibir esos pretextos porque necesitaba aquella soledad, tan parecida a la que había vivido antes de regresar a su lado, y porque la soledad y el distanciamiento de Alán me permitirían volver a acercarme a Desmond; traerlo de nuevo a mi vida como yo quería y necesitaba. Y porque ahí, en ese futuro que tanto anhelaba, Alán ya no tenía cabida.

Todas las tardes, al regresar del trabajo, seguía la misma rutina. Me daba una ducha, ponía música y, con el pelo mojado, salía a la terraza. Me sentaba en el suelo y tomaba un refresco para atenuar el calor. Cerraba los ojos y, sin poder evitarlo, pensaba en Desmond. Lo imaginaba apoyado en el muro de ladrillo que separaba nuestras terrazas, con una copa de vino en la mano. Abstraído, con la mirada perdida en la calle o puesta sobre aquella luna tan blanca como las sábanas que, prendidas en las cuerdas de los tendederos, ondeaban movidas por el viento en las azoteas de ese horizonte de tejas acanaladas y chimeneas que esperaban el cambio de estación para volver a la vida. Echaba en falta su voz, el encuentro de nuestras miradas y el azul añil de sus ojos tiñendo mis pensamientos. Deseaba volver a aquellos sentimientos anárquicos y esquivos que parecían jugar al escondite con los dos, a esas emociones que tanto nos costaba manifestar. Añoraba aquellas conversaciones que, aparentemente, solo yo recordaba haber mantenido con él; sus explicaciones sobre la situación de las galaxias, la composición de los planetas y lo inhóspito y bello que era el universo en el que permanecíamos zarandeados por el destino, hijo de un dios menor tan caprichoso e imprevisible como un niño malcriado.

Los echaba de menos. A los tres. Mi vida sin ellos no era más que un puzle al que le faltaban piezas. Me habría bastado con tocar el timbre de su puerta o esperar a que Desmond, de madrugada, saltase el muro de ladrillo y cruzara nuestra terraza para entrar en casa de Claudia, pero no quise propiciar el encuentro: estaba segura de que se produciría tarde o temprano. Debía esperar, dejar que el tiempo corriese, que el futuro se hiciese por sí mismo, sin mi intervención. Sin favorecer un cambio que podía apartarme de ellos para siempre. En aquellos momentos sabía demasiadas cosas, una de ellas transcendental: el futuro no existía porque cambiaba constantemente, segundo a segundo, minuto a minuto...

Por las mañanas, al abrir la ventana del salón, notaba el olor que desprendían las baldosas recién mojadas en la terraza de los vecinos y me imaginaba a Desmond o Ecles regando el suelo y las macetas. Captaba su

presencia en el aroma a vida, a la tierra mojada de los tiestos, y aquello, su recuerdo, me impulsaba a tomar el primer café de la mañana a pleno sol. Un sol que aún no quemaba, que me acariciaba como lo habían hecho los labios de Desmond cuando, al presentarse, dejó un beso en mi piel. El recuerdo de aquel roce aún seguía ahí, dominando mis pensamientos.

—Voy a pedir presupuesto para instalar unos toldos —me comentó Alán la mañana del quinto día de estancia en el ático—. El vampiro ha sido listo. No hay quien soporte este sol directo. El calor que desprende el suelo se cuela en la casa. Los toldos nos darán un respiro y son más baratos que el aire acondicionado —me explicó con la taza del café en las manos, mirando los toldos naranjas—. Me gusta cómo tienen la terraza. —Se apoyó en el muro de ladrillo que separaba las dos viviendas y dejó la taza de café sobre él—. Lo único que les sobra es ese chiringuito destartalado. —Lo señaló con el dedo índice—. Les quita espacio y rompe la estética que le dan las plantas. Parece una choza. Aunque tengo que reconocer que la terraza está muy decente para ser de quien es. No se puede pedir mucho más de un basurero y un vigilante nocturno. Al menos huele a limpio.

—No sé de qué vas —le dije, irritada—. Desmond no es basurero, y si lo fuese daría igual. ¿Qué tiene de malo? No los conoces de nada. ¿Acaso te crees mejor que ellos? —concluí cogiendo la taza y, molesta, me dirigí al salón. Él me siguió.

—Pues sí, me considero más que ellos. Tengo un doctorado y un trabajo infinitamente mejor. No me parece que sea un pecado decir lo que pienso. Todos nos consideramos por encima de alguien, es una condición de cualquier ser vivo. Y no es solo que lo creamos, Diana, es que lo estamos. Eso es lo que llamamos sociedad, la pirámide jerárquica sobre la que se sustenta nuestra forma de vida. El vampiro ese que tenemos por vecino está en la base, y no es culpa mía. Estoy por encima de él igual que otros están por encima de mí.

—¿En serio? ¿Estás hablando en serio? —solté, enarcando las cejas en un gesto de incredulidad. Él asintió, bajó la vista y dio un sorbo de café—. ¡No doy crédito! —exclamé sin dejar de mirarle.

—Es evidente que te cae muy bien, que te han hecho gracia sus tonterías de donjuán callejero, pero para mí no deja de ser un listillo oportunista, aunque te moleste que lo diga.

—A veces no te soporto —respondí mirándolo con aire desafiante.

—Lo sé —dijo sonriendo divertido, como si mis palabras no fueran con él o pensara que yo no hablaba en serio—. No me soportas pero me quieres —

apostilló, seguro de sí mismo.

Lo dijo sin mirarme, con la cabeza gacha, mientras restregaba el polvo de ladrillo que se le había adherido a las suelas de las deportivas. Cuando Alán y yo visitamos la tienda de Claudia antes de alquilar el ático, pude comprobar la eficacia de esta sustancia para mantener a raya las presencias amenazadoras, de modo que durante los días que llevábamos viviendo allí había protegido mi nuevo hogar de esa forma.

—No podrás quitártelo mientras estés en casa —dije, señalando su calzado.

—Si tú lo dices... —respondió, pero siguió cepillando la suela sin levantar la cabeza.

Era terco como una mula. Sabía que yo tenía razón, que el polvo se desprendería de la suela en cuanto cruzase el umbral. Sin embargo, aunque aquello sucedía diariamente, él siempre intentaba quitarlo antes de salir. Se negaba a creer que se despegaría de las suelas por sí solo, sin necesidad de hacer nada, que bastaba con pasar por la puerta para que cayera. Alán renegaba de la magia porque le asustaba, y no solo eso: parecía querer combatirla con lo que fuese. En aquel momento, con un cepillo para el calzado; en otras ocasiones se había hecho el distraído, como hacían algunos *muggles*.

—Espero que, en algún momento, quites esta porquería de aquí. ¡No lo soporto! Me pone nervioso, no le encuentro ningún sentido —expuso, sin dejar de cepillar las suelas.

No le respondí. Aquel polvo seguiría allí por mucho tiempo, tanto como fuera necesario, pensé recordando al hombre que me había amenazado, aquel personaje que parecía un espectro venido de otra dimensión. El mismo al que Antonio y él habían calificado como un hombre perturbado pero indefenso. Dos adjetivos que, en mi opinión, se repelían entre sí.

—Me marcho —le dije ya en la puerta—. ¿Cenas en casa?

—No lo sé. Tenemos que preparar las rebajas y resolver todo el lío de los *destalles*, que se han multiplicado como las setas en otoño. Sé que te había prometido que me tomaría el fin de semana libre, pero después de ver el estado del almacén, creo que no va a ser posible.

—Si tuvierais personal suficiente, no se guardarían parejas de tallas diferentes en las cajas. No entiendo cómo la gente puede comprar unas deportivas de números distintos y no enterarse.

—No son de números distintos, suelen ser de medio número más o

menos, por eso algunos no lo notan.

»Mejor no cuentas conmigo. Si veo que salgo antes, me pillo unos sándwiches y una ensalada. Si se hace tarde, cenaremos unas pizzas en la tienda. ¿Quieres que te acerque? Hoy me da tiempo a dejarte en la oficina — explicó mirando su carísimo reloj de pulsera.

—Prefiero ir en metro. Así durante el trayecto aprovecho para organizar el trabajo en el ordenador y caminar un rato antes de entrar. Necesito que me dé el aire —respondí.

Durante la mudanza y en toda aquella semana no había tenido tiempo de volver sobre mis investigaciones. Tenía demasiadas cosas que recomponer, demasiados legajos que organizar y revisar. Debía recuperar la escoba que me había regalado Claudia la primera vez que me instalé en el ático. La necesitaba para protegerme. También quería volver a ver a Virginia, la mujer de Duncan, y lo más importante: encontrar mi libro y buscar la forma de que Desmond me diese la gaveta sin suscitar demasiadas preguntas.

Senatón no dejaba de darme empujones con la cabecita en los tobillos. Me agaché y lo aparté con cuidado antes de salir al rellano. Alán se quedó en casa restregando el polvo rojo con ahínco al tiempo que mascullaba. Salí del ático pensando que, por la noche, de seguro Azucena se las apañaría para que Alán la acompañara de vuelta a su casa. Yo estaba convencida de que tarde o temprano acabarían liándose y que mi novio me dejaría por ella. Y, aunque ya lo había vivido y tenía la certeza de que aquello había de suceder, me molestaba saber que nuestra relación tenía los días contados y que no podía ni debía decírselo a él. De momento no me quedaba más remedio que mantener esa mentira.

—Sé que no me crees, pero... te quiero, escocesa. —Alán había salido de la casa y me contemplaba sonriente bajo el dintel.

Era tan guapo y tan atractivo como el típico galán de cine contemporáneo. Ese día vestía traje azul marino, camisa blanca de algodón, corbata roja y deportivas de marca americana y modelo exclusivo. Tan alto como seguro de sí mismo, pero... ¡tan diferente a mí! ¿Cómo no me había dado cuenta de lo poco que teníamos en común? ¿Cómo me había enamorado de él?, me pregunté.

—Y yo a ti —le respondí desganada, en tono apagado. Agaché la cabeza y escondí mi mirada en el interior del bolso, más que nada para evitar que él viese en mis ojos las dudas que me asaltaban—. Pensé que me había dejado las llaves en casa —le comenté al tiempo que levantaba el llavero y se lo

enseñaba.

CAPÍTULO 2

Desde que me instalé con Alán en el ático, todas las mañanas, cuando me marchaba a trabajar, esperaba unos segundos junto al descansillo de la casa de Elda. Olía el aroma del café recién hecho que escapaba por las ranuras de su puerta y escuchaba sus pasos apresurados. Siempre lo hacía simulando estar buscando algo en el bolso. También me paraba en los buzones y me quedaba un rato allí esperando a que ella saliese, pero luego se me hacía tarde y terminaba marchándome sin haber conseguido cruzarme con ella. Sabía que si me empeñaba en propiciar nuestro encuentro, este no se produciría, al menos como era debido. Pero no conseguía controlar mi necesidad de volver a verla, de modo que, durante cinco días, había repetido los mismos pasos, los mismos movimientos frente a su puerta. Lo mismo hacía frente a la tienda de Claudia: me detenía un rato allí y miraba el cartelón donde estaba escrito el nombre del local: EL DESVÁN DE ARADIA. La atracción que ese establecimiento ejercía sobre mí se había ido incrementando día a día. Era como si me llamara, como si aquel lugar tuviera vida propia y reclamara mi presencia. Me acercaba a la gran puerta de madera vieja y áspera, cubierta de aristas secas, y pasaba la mano por la superficie en una especie de caricia. Al hacerlo, sentía un murmullo que iba y venía, que se alejaba y volvía a resonar en mis oídos. Parecían voces ininteligibles y ruidos que me recordaban el tintineo de cristales al entrec chocar entre sí. Al oírlos pensaba que aquellos sonidos debían de provenir de los rosarios de cristal que había colgados en su interior. Seguramente dentro del local había alguna corriente de aire que los hacía oscilar lo suficiente para producir aquel eco maravilloso, pensaba abstraída. Me imaginaba deteniendo su movimiento con las manos, acariciando aquellos cristales de colores mágicos. Algún día regentaría ese local, me decía, porque aquel sueño seguía vivo en mí.

Esa mañana, después de dejar a Alán en casa, como de costumbre, me

paré en el rellano e imaginé a Elda frente a la cafetera, esperando a que el agua subiese al filtro y la válvula comenzara a sonar. Aspiré el agradable olor del café recién hecho y salí a la calle. Me acerqué a la puerta de la tienda y apoyé la mano sobre la madera, vieja y resquebrajada. Cerré los ojos y deslicé la palma de arriba abajo. Quería volver a captar la vida que aquellas paredes encerraban. Aquellos sonidos que parecían darme energía para no perder la esperanza de que todo, tarde o temprano, volvería al punto en que lo había dejado, al momento en que aquel edificio y ellos, Elda, Ecles y Desmond, mis amigos, eran una parte importante de mi vida, de aquella existencia que había desaparecido de golpe y sin previo aviso. También ese día me imaginé detrás del mostrador. Pero aquella mañana nada sucedió como en las cinco anteriores.

Cuando apoyé la mano sobre la puerta no oí absolutamente nada. Contrariada, repetí el gesto, presionando la mano contra la madera. Al deslizarla hacia abajo, una de las aristas secas de la puerta se me clavó en la piel como si fuese una esquila. Justo en el preciso instante en que la punta de madera entraba en la palma de mi mano, un estruendo similar a una explosión me aturdió. Apreté los párpados instintivamente, como si aquel gesto pudiera protegerme de la onda expansiva, y me apoyé unos segundos en la puerta, con la cara pegada a la hoja. Escuché los gritos de la gente, los frenazos de los coches y las carreras de algunos viandantes cerca de mí.

Tardé unos minutos en reponerme de la confusión. Me volví, aún aturdida, y dirigí la mirada hacia el tumulto que se arremolinaba en la acera de enfrente, junto a la floristería de Amaya. La gente murmuraba y señalaba confusa el suelo y la fachada del local. Las baldosas de la acera estaban cubiertas de gruesos cristales. El escaparate de la floristería y la puerta de entrada, que era también de cristal, se habían hecho añicos. Un hombre de rasgos asiáticos permanecía en la acera, frente a la tienda. Estaba inmóvil. Su expresión evidenciaba el pánico que había sentido. La cristalera del escaparate y de la puerta había estallado frente a él. Los pedazos de cristal habían formado un círculo a su alrededor, como si un escudo invisible lo hubiera protegido en el momento del estallido. En su mano izquierda sostenía un llavero, un cordón largo y grueso de color malva intenso, casi morado, que parecía hecho de algodón trenzado. De él pendían varias llaves y una pieza oval roja acabada en punta, semejante a un péndulo, que brillaba como si fuese de metal pulido. El cordón giraba entre sus dedos, trazando círculos cada vez más concéntricos y más rápidos. Ensimismada, seguí el movimiento, los giros

que daba el cordón, sin percatarme siquiera de la esquirra de madera que aún tenía clavada en la palma de la mano ni de la sangre que me resbalaba por la muñeca. Las gotas fueron salpicando la acera y manchándome los zapatos. Retiré la vista del cordón cuando uno de los viandantes agarró las llaves y preguntó al hombre de rasgos asiáticos si se encontraba bien. Él no contestó, como si no le hubiese oído. Su falta de respuesta, su inmovilidad, me sobrecogió tanto que permanecí ensimismada esperando una reacción, cualquier movimiento que demostrase que no le había sucedido nada. Intenté retirar la vista de él, pero no pude. Fue como si los dos estuviéramos sometidos a una especie de hechizo que nos había inmovilizado. Solo conseguí apretar los párpados con fuerza. Entonces capté una voz hueca, ronca y amenazadora detrás de mí:

—¡Maldita bruja sin escoba! No deberías haber vuelto. Eres la única responsable de lo que ha sucedido. Tu ineptitud y debilidad humana solo acarrearán problemas. Deberías marcharte cuanto antes, y para siempre.

Sobresaltada, me di la vuelta, pero no había nadie.

—Pero... ¿cómo han podido reventar los cristales de esa forma? —dijo Elda.

Mi vecina había salido alarmada a la calle y pasó a mi lado sin detenerse. Cruzó la calzada y se acercó al hombre que momentos antes había sostenido el llavero que giraba entre sus dedos. Ví que ambos conversaban y me fijé en que él le entregaba el llavero. Elda se lo guardó en el bolsillo del pantalón vaquero y regresó.

Oí el ruido de algunas persianas al ser levantadas, las voces de los vecinos que se asomaban y, asustados, preguntaban qué había sucedido. Miré hacia las terrazas de los áticos y distinguí a Ecles. Desmond no estaba. Supuse que no habría salido porque el sol, en aquellos momentos, incidía de lleno sobre la terraza. Las sirenas de los servicios de emergencia se oían cada vez más cerca. En ese momento Alán apareció en la puerta del edificio, preocupado por el estruendo de la explosión.

—¿Te encuentras bien? ¡Estás herida! ¿Dónde te han dado los cristales?

—me preguntó, mirando las gotas de sangre que había en el suelo.

—Se le ha clavado algo en la palma de la mano —explicó Elda, que justo en ese instante pasaba por nuestro lado—. Parece una astilla. Es eso, ¿verdad? —me preguntó. Pero yo no respondí.

—¡Una astilla! ¿Y de dónde ha salido una astilla? —cuestionó Alán.

Señalé la puerta de la tienda. Elda y él la miraron y después me miraron

a mí.

—¿No nos hemos visto antes? —me preguntó ella. Me cogió la mano, pellizó la astilla y tiró de ella con fuerza.

CAPÍTULO 3

Cuando Elda extrajo la esquirra de mi mano, tuve la sensación de que aquella astilla era la responsable de mi desorientación, porque en el mismo instante en que salió de mi piel la confusión que sentía hasta aquel momento desapareció.

Después de mostrarme el trozo de madera, Elda lo soltó. Una racha de viento arrastró la liviana esquirra hasta la puerta de la tienda, junto al sucio escalón de la entrada. Mientras Elda hablaba, yo miraba el escalón, incapaz de apartar la vista de la astilla que, llevada por el viento, se alzaba levemente para después volver a caer. Parecía que tuviera vida y que intentase alcanzar el lugar de donde se había desprendido.

—Si quieres, vamos a mi casa y te desinfectas la herida. Esa puerta está llena de porquería. Vivo ahí. —Señaló una de las ventanas de la fachada del edificio y me ofreció un pañuelo de papel para que me limpiase—. Me llamo Elda.

—Yo soy Diana. Y él es Alán —le respondí.

Se mantuvo en silencio y pensativa unos segundos.

—¡Ya sé de qué te conozco! —exclamó finalmente—. Del bloque del Manuel Becerra. Te cayó encima parte de la pintura del bote que mi compañero derramó. Tú estabas asomada en el balcón de tu casa, ¿recuerdas? ¡Qué casualidad que ahora estuvieras aquí!

—No es casualidad. Nos hemos mudado a uno de los áticos. Somos vecinos —le respondió Alán, señalando el edificio.

—Entonces ¡sois los nuevos! —exclamó Elda—. Yo pinté vuestro ático. ¿Y dices que no es casualidad? ¡Anda que no hay pisos en Madrid para que hayáis venido a parar a este edificio! Y lo más curioso es que las dos veces que nos hemos visto ha sido después de un incidente. Espero que la próxima sea más agradable —comentó con una sonrisa.

Fijó sus ojos en los míos como si intentase adivinar mis pensamientos o intuyera que se le había pasado por alto algún detalle importante, y volvió a insistir para que entrásemos en su apartamento a curarme la herida, que ya había dejado de sangrar, pero Alán se mostró reticente.

—Te lo agradecemos, pero no es necesario. Lo haremos en casa. — Señaló el ascensor—. Somos vecinos, ¿recuerdas? —le dijo en un tono que me pareció descortés e inoportuno.

Le di un pequeño puntapié.

—¿Qué? —dijo él.

Elda respondió con una sonrisa de complicidad dirigida a mí.

—Venga, os invito a un café o un té. Después de lo sucedido nos vendrá bien a todos, ¿verdad, Diana?

—A mí sí, desde luego. A ti no sé —dije mirando a Alán.

Apenas llevábamos unos minutos dentro de su casa cuando sonó el timbre de la puerta. Era Desmond. Mientras Alán me limpiaba la herida con las gasas y el alcohol que Elda nos había dado, oí que ella le invitaba a entrar, pero él rechazó la oferta.

Elda regresó rápidamente al interior.

—Es Desmond, un amigo mío que, por cierto, vive en vuestro mismo rellano —nos comentó al volver al salón—. Ha bajado para comprobar que estoy bien. Voy a darle su llavero, que se dejó ayer en la floristería —explicó al tiempo que cogía el llavero que le había entregado el hombre de facciones asiáticas y que ella había dejado sobre la mesa del salón—. Precisamente el dueño de la floristería venía hacia aquí para devolvérselo cuando se produjo la explosión. —Levantó el llavero, mostrándolo—. Su hija, Amaya, es amiga de Desmond. Anoche él le prestó unos libros y se olvidó las llaves en la tienda —explicó. Por su tono de voz intuí que no acababa de aprobar aquella amistad—. Tal vez eso le salvó de que la explosión lo pillase de lleno.

—El vampiro no ha podido resistirse. Tenía que verte de nuevo —susurró Alán en mi oreja cuando Elda volvió a reunirse con Desmond—. Pero la jugada no le ha salido bien, porque no esperaba que yo estuviera aquí. —Chasqueó con la lengua al tiempo que me guiñaba el ojo derecho—. Ya veo que no podré separarme de ti. Tienes mucho peligro, escocesa. —Y me dio un beso en la frente.

—Pero mira que eres idiota —le reocriminé y le mandé callar con un gesto. Quería oír la conversación entre Elda y Desmond.

—El padre de tu amiga está convencido de que tu llavero ha evitado que

la onda expansiva le alcanzase —comentaba ella—. Dice que el cordón comenzó a girar cuando el cristal del escaparate y el de la puerta estallaron y que el círculo que se formó alrededor de él fue por las vueltas que daba tu péndulo. Según él, eso impidió que le cayeran los trozos encima. Cuando se produjo el estallido se dirigía hacia aquí para dártelo.

—No le hagas caso. Está desorientado. Y no es para menos. Ahora mismo iré a verle —le respondió Desmond.

—Yo qué sé, no voy a llevarte la contraria, pero te aseguro que al oír sus palabras he pensado en lo que nos dijo Ecles. Tiene razón: tu péndulo, el material del que está hecho, se parece mucho a las cubiertas del libro rojo. Hizo bien en deshacerse de él, porque desde que lo encontrasteis no dejan de suceder hechos extraños, tal como él nos advirtió que pasaría. Y, aunque te moleste, pienso que si tu péndulo es del mismo material que ese libro, deberías hacer lo mismo que ha hecho Ecles con el libro.

Oí la voz de Desmond respondiendo, pero no conseguí entender lo que decía, porque él bajó el tono y la conversación se convirtió en un susurro ininteligible.

Luego, mientras Elda nos hablaba del edificio, de Antonio y de las peculiaridades del barrio, yo no pude evitar seguir pensando en lo que había escuchado momentos antes. Tal vez ese libro rojo al que se había referido Elda era el mío, pensé. Si estaba en lo cierto, Ecles era el único que podía conducirme hasta él y devolvérmelo.

—Te debemos una. Cuando quieras te pasas a tomar un café —le dije a Elda, ya en el descansillo.

—Pues la verdad es que me encantaría ver cómo ha quedado el ático amueblado.

—Entonces, hablamos —respondí sonriente, ante la mirada incrédula de Alán, que se despidió de ella con un simple gesto de la mano.

En cuanto Elda hubo cerrado la puerta, Alán me miró.

—No sé por qué, pero no me gusta la pintora. Mira de una forma muy extraña y el color de sus ojos es igual de raro que ella.

—Son grises. No sé qué tienen de sospechoso los ojos grises, a mí me encantan. No son muy comunes, por eso son más bonitos, ¿no crees?

—No. El suyo es un gris turbio —dijo convencido—, y su amabilidad me ha parecido impostada. Creo que sabía quién eras desde el primer momento en que te vio. No me gusta —repitió—. Hay algo en ella que me intranquiliza.

Le sonreí. Lo hice porque al comentar que, a su entender, Elda me había reconocido desde el primer momento, eso me dio ánimos, me supo a esperanza de reencuentro, y deseé que Alán tuviese razón.

—¿Y ahora qué he dicho para que sonrías? —inquirió. Enarcó las cejas y me miró a los ojos a la espera de mi respuesta.

—Llego tarde, ¿me acercas a la oficina? —le pregunté, desviando la conversación.

—Estás rarísima. No sé lo que te sucede, pero algo te está pasando. ¿Me esperas abajo o subes conmigo a por las llaves del coche?

Preferí quedarme esperando en la calle. Me senté en el escalón de la entrada del portal y, con la vista puesta en la floristería, recordé la conversación que Desmond y Elda habían mantenido sobre el llavero y el libro. Volví sobre cada una de sus palabras. Quizás estuviera equivocada, pero todo indicaba que el libro del que hablaban era el mío y que Ecles se había deshecho de él. Aquella expresión me asustaba, podía significar cualquier cosa, como que lo hubiese destruido o tirado en cualquier contenedor. Si ese era el caso, aunque consiguiese que Ecles me dijera dónde estaba, no podría encontrarlo nunca, pensé. Pero si el material del péndulo de Desmond era el mismo que el de mi libro, ambos objetos siempre se atraerían, lo harían eternamente. ¿No sería ese el motivo por el que yo había vuelto al ático, al lugar donde estaba aquel péndulo que en un tiempo tal vez formó parte del libro?, me pregunté sin saber cómo había llegado a esa hipótesis. Y se me ocurrió también que aquella suposición quizás era parte de un recuerdo. Cabía la posibilidad de que hubiera vivido más de lo que recordaba y por ello supiera que ambos objetos se atraían, me dije.

De pronto sentí el impulso de buscar el trozo de madera que me había herido y que Elda había tirado. No tardé en encontrarlo junto a la puerta de El desván de Aradia. Lo recogí y lo guardé dentro del bolso, en mi cartera. No sabía bien por qué lo hacía, simplemente me dejaba llevar por el sexto sentido que parecía acompañarme desde que había vuelto al ático de Antonio.

Alán no tardó en llegar con las llaves del coche.

—Es muy extraño lo que ha sucedido porque, en apariencia, el local está intacto —dijo Alán mirando hacia la floristería, que aún seguía siendo el centro de atención de los viandantes.

»¿Te duele? —preguntó, sosteniéndome la mano—. Si quieres, nos acercamos a que te lo miren.

—No. Solo ha sido un pequeño corte. Ya sabes, las heridas en las manos

sangran mucho aunque solo sean un rasguño.

—Ese es el loco que nos observaba fuera de la tienda el día que estuvimos con Antonio, ¿verdad? —me preguntó Alán, señalándolo.

El hombre estaba en la acera de la floristería. Recogía los cristales que había sobre los adoquines y los iba introduciendo en una especie de saco de esparto. Me pareció que el cristal, al tomar contacto con sus manos, dejaba de ser transparente y se tornaba violeta.

—Sí, es él —respondí, y retiré la vista del hombre.

El individuo, como si hubiese captado mi voz, se irguió justo en el momento en que respondí a Alán. Me miró, me señaló con el dedo índice y gritó como un poseso:

—¡Ella es la culpable! —Hizo una pausa para tomar aire y alzó el tono de voz aún con más fuerza—: ¡Bruja! —exclamó con una expresión de asco que torció sus gestos.

La gente que caminaba por la acera lo miró y siguió la dirección que marcaba con el dedo. Se escucharon cuchicheos. Los viandantes se separaban de él. Lo evitaban. Alán me miró y se encogió de hombros.

Un ruido metálico y constante, como una melodía desacompasada e inexacta, sonó detrás de nosotros.

—Cuando nací, sabía quién era y de dónde venía. Recordaba mi vida anterior. Luego, poco a poco, fui olvidando. Olvidé todo y me convertí en quien soy ahora. Nos pasa a todos. Si no fuese así, sería muy difícil vivir. A él no le pasó lo mismo —le dijo a Alán una anciana con aspecto de indigente que se había colocado frente a él—. Él no olvidó. —Señaló al individuo—. No quiso hacerlo. Le pudo la ambición. Logró mantener todos los recuerdos de sus vidas anteriores. A los que lo consiguen los llamamos nigromantes, seres que saben caminar entre la vida y la muerte. Hay que mantenerse alejados de su influencia, de sus artes oscuras. Son peligrosos.

—No entiendo —dijo Alán, desconcertado ante la perorata de la mujer.

—Me refiero a él. —Volvió a señalarlo—. ¿Es que no se ha dado cuenta de que no es una persona normal? —preguntó, esta vez mirándome a mí. Se dio la vuelta y comenzó a empujar por la acera el carro lleno de latas, propiedad de un supermercado cercano.

—Por un momento pensé que a ese loco le había dado por ti —comentó Alán—, pero ya veo que se refería a ella. Tiene todo el aspecto de una bruja. Solo le falta la escoba —dijo, señalándola—. Estaba detrás de nosotros. No sé quién de los dos está peor, ¡qué lástima! —concluyó, cogiéndome de la

mano sin dar mayor importancia a lo sucedido.

Pero yo sí se la di. Cada una de las palabras que pronunció la mujer tenía sentido para mí. Lo tenía porque yo también sabía que aquel ser no era como nosotros y que la bruja a la que se refería el hombre de la gabardina y el sombrero era yo.

CAPÍTULO 4

Seguía extrañando a Samanta tras aquel panel gris que separaba nuestras mesas de trabajo. Echaba en falta nuestra complicidad, aquel sabernos la una a la otra sin necesidad de hablar. Siempre nos había bastado una mirada para tener que reprimir la carcajada. La mayoría de las veces, muertas de risa, agachábamos la cabeza o fijábamos la vista en el montón de datos que desfilaban en la pantalla de nuestros ordenadores. Y, aunque el resto de los compañeros intentaron que su ausencia me fuese lo más llevadera posible, aunque quisieron atenuar la nostalgia que me abrumaba y que no ocultaba, nadie logró ocupar su lugar en aquel edificio frío e impersonal.

Nada más llegar a mi puesto de trabajo coloqué la astilla encima de la mesa y pensé que, de haber estado ella al otro lado, me habría preguntado qué era aquel trozo de madera seca afilada y vieja. «Una astilla que se ha desprendido de la puerta de El desván de Aradia, un local que espero poder regentar algún día», le habría dicho. Y ella, arqueando las cejas con expresión de desconcierto, se habría levantado con un folio en las manos para disimular. Lo habría puesto encima de mi mesa y lo señalaría con el dedo simulando que me preguntaba algo sobre el contenido de la plana. Después habría cogido la astilla y, bajito, con sus labios pegados a mi oído, me habría dicho: «En unos minutos nos tomamos un café y me cuentas. Mientras tanto, ten cuidado, no sea que vuelvas a pincharte con ella y esta vez te suceda como a la Bella Durmiente con la aguja de la rueca». Fueron tan reales mis pensamientos que hasta me pareció oír su voz junto a mí y notar su aliento en mi oreja, aquel siseo en que se convertía su voz cuando no quería ser escuchada más allá de nuestras mesas de trabajo.

Seguí observando la esquirra con detenimiento. Esperaba ver en aquella superficie vieja y seca algún vestigio de magia. Los hechos habían sucedido de una forma muy extraña, sin nada que los entrelazase, como si formasen

parte de una misma acción. De pronto pensé que el hecho de que la madera se hubiese clavado en la palma de mi mano podía haber sido la causa, el detonante de todo lo que aconteció después. Ese detalle absurdo, sin importancia, podía haber generado aquel embrollo. Un aleteo de mariposa que dio paso a una tormenta, como sucede en la teoría del caos. Tal vez el hombre de la gabardina, el nigromante, como lo llamó la anciana, tenía razón y yo era la culpable de lo sucedido, me dije.

—Es una aguja antigua, parece de las que se utilizaban en las ruecas. ¡Qué bonita! —exclamó Carmen, una de mis compañeras de trabajo.

Estaba detrás de mí, pero yo no me había percatado de su presencia. La miré desconcertada y, sin responder, miré la astilla que se había convertido, tal y como Carmen terminaba de decir, en una aguja de madera fina y puntiaguda.

—Sí, tienes razón —dije después de permanecer unos segundos en silencio, ocultando mi sorpresa y el desconcierto que me produjo la transformación de la astilla en un huso—. La encontré en la calle esta mañana y me llamó mucho la atención —expliqué, guardándola de nuevo en mi cartera.

—Aparte de esto —dijo levantando la pila de hojas que traía—, tengo un cotilleo. —Dejó los folios sobre mi mesa. Bajó el tono de voz y dijo—: Se rumorea que habrá reducción de personal en breve, o sea que no te mates introduciendo toda esta mierda...

No esperaba que Alán estuviera en casa. Me había confirmado por WhatsApp que al final no vendría a cenar porque los *destalles* y la organización del almacén iban para largo y que cenarían todos allí. Abrí la puerta del ascensor pensando en que después de darme una ducha bajaría a casa de Elda y la invitaría a tomar un refresco antes de la cena. Al tiempo que cerraba la puerta metálica del ascensor, vi que se abría la de la casa de Claudia. Sonreí. Me volví con la esperanza de verla en el rellano. Deseaba tanto volver a hablar con ella que aquella posibilidad se me antojó un regalo.

—Queridísima Diana, no sabes cuantísimo te he extrañado —me dijo sin sacar los pies del felpudo, como si el pisar fuera de él le estuviera prohibido o algo se lo impidiese—. No he sido la única en notar tu ausencia en este edificio, Desmond también te echa de menos. Pasea su melancolía todas las noches por mi casa —dijo con una sonrisa...

—Diana —dijo una voz femenina a mi espalda.

Era Azucena.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté desconcertada.

—¿Estás bien? —inquirió ella sin contestar a mi pregunta. Miraba la puerta de Claudia, que permanecía cerrada—. Me ha parecido que hablabas con alguien.

—No, solo estaba pensando en voz alta. Pero ¿qué haces tú aquí? —volví a preguntarle.

—Vengo a la fiesta que habéis organizado por la inauguración de vuestro nuevo piso. Me invitó Alán.

—¿Qué fiesta? No hemos organizado nada de eso —respondí con sequedad y sin mirarla, mientras buscaba las llaves de casa en el interior del bolso.

—¡Ostras! Debía ser una sorpresa, por eso Alán insistió tanto en la hora de llegada. ¡Lo siento! Creo que he metido la pata. —Miró su reloj de pulsera—. He llegado tarde. Tendría que haber estado antes y así no me habría encontrado contigo. Claro, ese debía de ser el plan de Alán. Me va a matar, seguro —explicó en un tono apesadumbrado, aunque desmentido por su expresión facial y su mirada, que parecían reflejar cierta alegría al haber fastidiado la supuesta sorpresa que quería darme Alán.

—No me digas —repliqué, irónica.

—El metro se retrasó en Cuatro Caminos. Por lo visto alguien vio a un sujeto caminando por la vía con un maletín abierto del que iban cayendo folios. Dijeron que se internó en el túnel como si estuviera desorientado, sin atender a los gritos que le avisaban del peligro que corría. Pararon el servicio durante más de una hora, pero no encontraron a nadie. En fin..., lo que no pase en el metro de Madrid no pasa en ningún sitio. Me fascinan las historias que hay sobre esa línea, la 6 —puntualizó como si todo lo anterior no tuviera importancia—, y me quedé a ver qué sucedía. ¡Soy tan curiosa!

Aunque su relato me hizo pensar en Duncan y me habría gustado saber más detalles del suceso, estaba tan enfadada que ni siquiera le respondí. Introduje la tija en la cerradura y abrí la puerta de casa. Ella entró detrás de mí.

—¡Sorpresa! —exclamó Alán al verme entrar. El resto de los invitados, una veintena, repitieron su grito y destaparon los botes del maldito confeti que tenían en las manos. El salón se llenó de papelitos de todos los colores y tamaños. Algunos eran pedazos de periódicos con caracteres orientales, por lo

que deduje que Alán los había comprado en uno de los establecimientos chinos del barrio. Ya había visto aquel timo otras veces.

Azucena también gritó aquel «¡Sorpresa!» estridente, que no sentí que fuera conmigo, y coloreado por los papeles del confeti que también cubrieron mi pelo y mi ropa. Lo hizo contoneándose como la serpiente de *El libro de la selva*. Incluso me pareció captar un pequeño silbido que escapó de sus labios, teñidos de rojo carmín, cuando pasó a mi lado. Me esquivó y se apresuró cuanto le permitía su falda de tubo, tan ceñida que parecía iba a reventar en cualquier momento, para tomar su bote de confeti. Sin el más mínimo reparo lo abrió sobre los hombros de Alán. Él, cubierto de colorines y con cara de tonto, le rio la gracia. Los demás hicieron lo mismo, mientras yo, sin el más mínimo reparo, la miraba de arriba abajo y la imaginaba vendiendo deportivas con esa actitud, adoptando posturitas imposibles para medir el número de pie de los clientes. Creo que la apuñalé con la vista varias veces, pero ella, a pesar de que me observaba de soslayo, no se dio por aludida. Lo cierto es que ni yo misma me explicaba a qué se debía mi visceral aversión hacia aquella mujer. ¿Por qué me irritaba tanto, si sabía que mi relación con Alán estaba llegando a su fin? ¿A qué venía tanta rabia, si en ese momento solo me importaba recuperar a mis amigos y ese vínculo tan especial con Desmond? Desde luego, habría sido normal que no me cayera especialmente bien, pero ¿a qué se debía tanto encono? Todas estas preguntas se mantuvieron en un segundo plano, porque en ese momento lo único que podía pensar era en mi descomunal enfado. La tensión en el ambiente aumentó de tal modo que los invitados notaron que algo raro estaba pasando.

Por unos segundos la música pareció que dejaba de sonar y todos enmudecieron al advertir mi mirada fría y asesina puesta en Azucena. Así fue hasta que Alán me dio un beso en la mejilla y me condujo al dormitorio.

—¿Qué mona es tu compi y qué inocente! ¿Verdad? —le espeté—. Pobre, ella no tiene la culpa. Qué le va a hacer si la dibujaron así, como a Jessica Rabbit. No puede evitarlo.

—No empieces con tus celos absurdos. ¿Crees que si escondiera alguna intención de tener algo conmigo lo manifestaría delante de todos, y más en tu presencia?

—¿«Quién engañó a Roger Rabbit»? —repliqué, guiñándole un ojo.

—¿En serio? ¿Serás capaz de estropear la fiesta que he organizado para ti? Creo que te estás pasando —expuso, visiblemente enfadado.

—Pues sí —le respondí—. No sé cómo has sido capaz de invitarla. Yo

diría que eres el único de los presentes que no sabe que le gustas. Salta a la vista, porque desde luego ella no se molesta en disimularlo. ¡Es que no la soporto! —espeté.

—Pues ya me explicarás cómo iba a invitar a toda mi plantilla y dejarla a ella fuera.

Lo miré con un gesto reprobatorio.

—Deberías haberme consultado antes de organizar la fiesta. Habría sido lo más lógico. Has metido en casa, y sin avisarme, a un montón de gente con la que no tengo nada que ver.

—Pretendía que fuese una sorpresa, por eso no te consulté. Y sí los conoces. Has ido mil veces a la tienda. Estás harta de verlos.

—Pero no son mis amigos, y yo, a mi casa, solo invito a mis amigos —repliqué, indicándole que saliese del dormitorio porque quería cambiarme.

—Es que tú, Diana, no tienes amigos, y de un tiempo a esta parte, tampoco serenidad. Solo hace cinco días que nos hemos mudado, pero tengo la sensación de que algo ha cambiado entre nosotros. Creo que ya no eres feliz a mi lado —me soltó ya de espaldas, mientras salía del dormitorio.

CAPÍTULO 5

Dejé que la fiesta siguiera sin mí, mientras intentaba buscar una excusa para no salir del dormitorio. En aquellos momentos solo me apetecía echar a correr, marcharme sin cruzar una palabra con nadie, caminar por las calles sin rumbo, sin un destino concreto. Sin embargo, me sentía presa, encadenada a una vida y unas circunstancias que no consideraba mías, que no había previsto, pero que, irónicamente, me ataban a aquel lugar.

Finalmente, después de permanecer unos minutos sentada en la cama, cuando recobré la calma que había perdido después de que Alán me recriminara que no tenía amigos, me uní a la fiesta. Le sonreí desganada cuando me rodeó la cintura con el brazo. Me dio un beso en la mejilla y me guiñó un ojo, como si la discusión que habíamos tenido hacía unos minutos no se hubiera producido. Dejé que llenara mi copa de vino e intenté disimular ante sus amigos. A fin de cuentas, no era asunto suyo, y menos de Azucena, que de seguro disfrutaría viéndonos distanciados, pensé mirándola de soslayo, indignada. No estaba dispuesta a darle ninguna alegría a Jessica Rabbit, no se merecía nada, me dije devolviéndole el beso a Alán, mientras ella nos miraba.

La noche fue cayendo sobre los toldos naranjas de Ecles y Desmond, sobre las losetas rojizas de nuestra terraza, y atenuó las voces de nuestros invitados. Los grupitos comenzaron a formarse. Mientras los observaba pensé en lo fácil que era detectar los que congeniaban realmente y los que solo simulaban hacerlo, y recordé las palabras de Samanta sobre las reuniones laborales: «La gente, Diana, es igual en todas partes. Por distintas que sean nuestras facciones, el color de pelo o de piel, tenemos los mismos instintos, deseos, carencias y ambiciones. Créeme, en las fiestas de empresa es donde mejor se nos conoce. Perdemos la vergüenza y la noción de dónde y con quién estamos y nos convertimos en presa fácil. Por eso no me gustan nada esos eventos, ¡pero nada! Pierdo el control con demasiada facilidad...».

Al pensar en las palabras de mi amiga, decidí ser ambigua en mis comentarios, guardar la ropa mientras nadaba entre tanto desconocido. Hablé del calor sofocante de aquel verano. Sobre la altura de los techos del ático, la maravillosa terraza que teníamos y las vistas privilegiadas de las que disfrutábamos. Sonreí con frecuencia y de forma mecánica, casi impostada, y deambulé entre los invitados como a veces lo hacía por las calles de Madrid: ajena al tumulto, distante y solitaria. Así fue hasta que Ecles salió a su terraza y comenzó a recoger los toldos. En apenas unos segundos, el tiempo que tardó él en girar los ganchos de metal con los que recogió la tela, se hizo el silencio. Solo se oía la música que salía del salón y el chirrido que producía el hierro dando vueltas dentro del mecanismo. La gente dijo en voz baja: «Es enorme», «Fíjate, parece Frankenstein», «Qué feo es el pobre». Los susurros se difundían entre la inmovilidad y la expectación de todos los que allí estaban, incluido Alán, que le miraba estupefacto desde dentro del salón.

—¡Ecles! —grité. Levanté la mano para que pudiera localizarme y caminé hacia él.

Mi vecino se dio la vuelta sin soltar el gancho de los toldos y buscó la procedencia de la voz que lo llamaba. Me acerqué al murete de ladrillo que dividía nuestras terrazas con una copa de vino. Como si aquello fuese un espectáculo extraño e inesperado, todos siguieron mis pasos, expectantes. Algunos se retiraron para dejarme pasar. Ecles sonrió tal y como yo recordaba, con aquella maravillosa expresión infantil. Sus ojos mostraban su habitual brillo lleno de inocencia, de una ingenuidad que la mayoría, cegados por su apariencia física, no percibían.

En el momento que puse la copa sobre la valla de ladrillo la fiesta retomó la normalidad perdida. Fue como un *Off-On*, como si todos ellos, incluido Alán, hubieran estado inmersos en una pausa y mi acercamiento a Ecles hubiese dado un sopapo a sus prejuicios y les hubiese mostrado su actitud ridícula e impresentable.

—Tú debes de ser Diana —me dijo Ecles, apoyado en el muro—. Desmond me habló de ti. Eres tan guapa, pelirroja y pecosa como dijo —explicó divertido, mirando mi pelo y señalándolo con el dedo.

—Y tú tan grande como él te describió el día que llegué. Se disculpó en tu nombre, nos dijo que no podías darnos la bienvenida —le respondí.

—Y feo, debió avisarte de que también era muy feo.

—¿Quieres tomar una copa? La fiesta es por la inauguración de la casa —le indiqué señalando a los invitados, que ya no nos prestaban atención.

—Tal vez en otro momento. Tus amigos se asustaron al verme —adujo —, mejor lo posponemos para cuando no estés tan bien acompañada —dijo en tono irónico.

—Como quieras, pero si te sirve de algo, ellos me dan igual —contesté, guiñándole un ojo.

Me miró y, sin responderme, se rascó la cabeza y entrecerró los ojos como si estuviera buscando un pensamiento perdido. Luego levantó la mano, señaló la puerta de su salón y dijo:

—Por favor, no te vayas, vuelvo enseguida.

Seguí con la mirada su caminar silencioso, aquella manera tan extraña de andar sin hacer ruido, a pesar de su gran tamaño y su aparente torpedad. Parecía que fuese un fantasma, pensé sonriendo. Enseguida estuvo de vuelta junto a mí.

—Casi lo olvido. Desmond me dijo que, si te veía antes que él, te diese estos libros. Son de hechizos, de brujas y pócimas —explicó, poniendo la gaveta que contenía los libros sobre la valla de ladrillo.

—¿Este es el cajón que encontrasteis en el altillo de nuestro armario? —le pregunté, y él asintió con la cabeza—. Es una preciosidad —dije pasando los dedos sobre los símbolos pictos grabados en su superficie.

—Si te gusta, puedes quedártelo. Te lo regalo.

—Pero ¿no es de Desmond? —dije, apurada.

—No. Es mío. Yo fui quien lo encontró, por eso es mío. Quédatelo, te lo regalo —insistió.

Fui sacando los libros y poniéndolos sobre el murete.

—No veo el libro que encontrasteis junto a la gaveta; el de las cubiertas rojas. Me gustaría mucho leerlo. Me parece recordar que Desmond me dijo que me lo enseñaría —le comenté con la cabeza gacha, simulando leer los lomos de los libros para que no pudiera mirarme a los ojos. No quería que viera en ellos o en alguno de mis gestos que le estaba mintiendo.

—Es imposible que Desmond te hablase de ese libro. Además, no se puede leer —me respondió con voz profunda y observándome fijamente, como si quisiera entrar en mis pensamientos... o ya lo hubiera hecho. Levantó la mano y con el índice señaló mi terraza—. Te reclaman —dijo.

Volví la cabeza. Su dedo apuntaba a Alán, que en ese momento me pedía que fuese junto a él. Respondí con un gesto de la mano que esperase y me di la vuelta para continuar la conversación con Eccles, pero él ya se había marchado.

—Veo que el vampiro tiene bien enseñado a su amigo, el jovencito

Frankenstein —dijo Alán, bajito, con sus labios pegados a mi oreja, mientras miraba la gaveta que yo llevaba—. Es una copia exacta de tu cajón —comentó—. ¡Qué amable! Debe de haberla buscado con ahínco por toda la ciudad. Seguro que lo ha hecho porque le has contado tu historia —comentó y le dio un golpecito con los dedos a los ejemplares que había dentro—. Estarás contenta, ahora tienes dos cajones antiquísimos con los que volver a perder la noción de la realidad. Ay, cariño, me parece que tu amiguito te ha hecho un flaco favor.

—Eres idiota, pero muy idiota —le respondí, dolida y molesta por sus palabras y por el tono que había empleado—. Los celos te están secando las neuronas, las pocas que te quedan, vaya. Te digo lo mismo que me has dicho tú antes: algo te pasa desde que nos hemos mudado porque estás intranquilo e inseguro, demasiado inseguro y suspicaz. Has perdido la serenidad y pareces infeliz a mi lado. De lo contrario no me harías daño, porque te aseguro que me lo has hecho. Estarás orgulloso. ¡Qué muestra de madurez! —exclamé en tono irónico, y me encaminé hacia el dormitorio sin darle tiempo a una réplica.

Los sentimientos son silenciosos e incorpóreos, tan libres como el viento y, contrariamente a lo que pensamos, visibles. Todos ellos dejan un rastro inequívoco en cada uno de nuestros gestos, en nuestra mirada, en cada movimiento o ademán que hacemos, por pequeño que sea. Aunque intentemos camuflarlos, ocultarlos en lo más profundo de nosotros mismos, siempre toman cuerpo y se muestran ante los demás como niños malcriados, rebeldes y anárquicos, escapando a nuestro control. Y ese día, durante la fiesta, los sentimientos de Alán, al igual que los míos y los de Azucena, recorrieron la terraza, el salón y, como alcahuetas, se pasearon contando a los invitados lo que nos sucedía. Todos supieron que entre los dos había cierta crispación. Advirtieron la pequeña sacudida, apenas perceptible, que torció nuestros gestos, nos distanció y apagó el tono de nuestras conversaciones. También detectaron la alegría y la esperanza en los ojos de Azucena cuando percibió que Alán y yo estábamos discutiendo. Observaron el deseo de ella cuando, como quien no quiere la cosa, recostaba por momentos la cabeza en el hombro de mi novio. Sonreía como si le fuera la vida en manifestar su felicidad. Intentaba mostrarse tan cándida y femenina ante él que en más de una ocasión pensé que, mientras le hablaba, iba a escupir margaritas de colores fluorescentes por la boca.

Se merecía que la mandase a barrer un desierto, pensé mirándola con descaro, el mismo que ella exhibía ante mí al mariposear alrededor de mi novio sin el menor reparo. Y lo habría hecho en aquel mismo momento, cuando

vi que sujetaba el brazo de Alán y se lo llevaba a la terraza susurrándole alguna estupidez al oído. Pero no tenía escoba para enviarla a barrer con ella, y aunque la hubiese tenido, pensé, no se la habría dado. Ella era una arpía y yo una bruja, no teníamos nada que ver, a pesar de que el lenguaje se empeñase en convertir las dos palabras en sinónimos.

Apenas llevaba unos segundos en la alcoba cuando escuché la voz de Azucena:

—¡No me lo puedo creer! —exclamó—. ¿No lo veis? —Señaló a *Senatón* y miró al resto de los invitados, que no pudieron contener las carcajadas—. Me cambio de sitio y él me sigue. ¡Es increíble!

Senatón daba zarpazos dentro del arenero y echaba la tierra fuera de él, sobre los pies de Azucena. Cuando esta se apartaba, el gato seguía sus movimientos y se situaba en la misma posición que ella. Se colocaba dentro del cajón y volvía a escarbar y echar la tierra fuera. La arena parecía tener vida propia, porque caía siempre en los zapatos de Azucena, sobre sus pies y sus tobillos. Alán se apresuró a retirar el arenero, cogió a *Senatón* y lo metió en el salón.

—Lo siento muchísimo —se disculpó—. No sé qué le ha pasado. Tal vez esté nervioso por el ruido. No está acostumbrado, porque siempre está solo o con nosotros. Desde luego, habría sido mucho mejor dejar el arenero en la cocina. Voy a por la escoba —dijo mirando el montón de tierra que cubría los zapatos y los tobillos de Azucena—. También te traeré unas toallitas húmedas para que te limpies el polvo blanco que suelta la arena.

Observé a la arpía mientras esta sacudía los pies y se retiraba del montón de arena. Cuando Alán llegó, ella se apresuró a quitarle la escoba y se puso a barrer como si, una vez más, le fuese la vida en demostrarle a mi novio lo perfecta y maravillosa que era... incluso barriendo.

Seguí los movimientos de sus brazos, el ir y venir del cepillo sobre las losetas, y una sonrisa asomó a mis labios. Bueno, aquello no era un desierto, pero se le acercaba, me dije aupando a *Senatón*, que había entrado en el dormitorio y me daba empellones en los tobillos.

—Eres listo, bichito, pero que muy listo —le dije, acariciándole una orejita.

Volví a mirar a Azucena, que seguía barriendo encaramada en sus zapatos de tacón de aguja, inapropiados y demasiado inestables para aquella tarea.

—No entiendo qué le habrá pasado —se excusó de nuevo Alán. Se

agachó y le acercó el recogedor—. Es la primera vez que hace eso.

—Da igual, no te preocupes. Pero... para evitaros más incidentes, deberíais poner el arenero del gatito pelón en otro sitio más apropiado, al menos cuando tengáis visitas. Y de paso evitaréis que estropee el ala delta de tu chica, porque lo mismo le da por hacer un pis en la tela —le respondió Azucena.

—No le gusta —dije desde la ventana, mirando a Alán. Sonreí modosamente mientras contenía la carcajada que luchaba por escapar de mi garganta y que me provocó un golpe de tos.

—No le gusta..., ¿el qué no le gusta? —me preguntó ella con voz de pito, como si una de esas margaritas se le hubiese atragantado.

—Que le llamen «pelón». Su nombre es *Senatón*. Ah, y tampoco le gustas tú —le respondí, y entré en la habitación sin esperar réplica ni reacción alguna a mi comentario.

—¿Es en serio? —Oí que decía—. ¡Alucino!

—No le des importancia. Te aseguro que no es nada personal. Adora a *Senatón* y no le ha sentado bien que le llames «pelón» —le explicó Alán.

Tras el encontronazo que provoqué con Azucena, el ambiente se enrareció y los invitados comenzaron a marcharse. Yo no salí del dormitorio. Alán fue despidiendo a todos y disculpó mi ausencia sirviéndose de la socorrida excusa de la jaqueca repentina. Jessica Rabbit anduvo remoloneando por ahí para ser la última en marcharse, igual que había sido la última en llegar. Finalmente la música dejó de sonar. Solo se oía el ruido de sus tacones de aguja y el de los vasos que debían de estar recogiendo mano a mano Alán y ella.

—Voy a llevar a Azucena a su casa. Después del feo que le has hecho delante de todos, es lo menos que puedo hacer. Casi me muero de la vergüenza. Espero que te disculpes con ella cuando vuelvas a verla —me dijo Alán, al tiempo que cogía las llaves del coche que estaban sobre la cómoda del dormitorio. Ni siquiera me miró al hablar—. No tardaré mucho.

No le respondí. Cuando sonó el ruido de la puerta al cerrarse salí a la terraza. Caminé entre los trocitos de confeti que alfombraban el suelo dándoles puntapiés. Aún me sentía rabiosa y molesta, y seguía sin entender el porqué. Debería haber asimilado la ruptura que se produciría entre Alán y yo porque ya sabía lo que iba a suceder, lo había vivido, aunque de otra forma. En aquel tiempo, en aquel futuro, cuando Alán me dejó por ella, Azucena era casi una desconocida para mí, de modo que aquello fue algo menos doloroso.

Sin embargo, en el presente, debido a mi intervención, al haberme dejado llevar por la ira y provocar una paradoja, le había allanado el camino y ella había conseguido entrar en mi casa, acercarse más a mi novio. Todo lo ocurrido de resultas de ello —verla cerca de Alán, su flirteo, su descaro y el beneplácito de él a todo lo que Jessica Rabbit hacía— me ponía de los nervios. Me hacía sentir aún más tonta y ridícula de lo que me sentí cuando Alán, en aquella cena, en aquel restaurante, me dijo que se habían enamorado y que habían decidido irse a vivir juntos. Los acontecimientos nos llevaban al mismo lugar y el resultado sería idéntico, pero el camino que estábamos recorriendo era diferente. Todo se desarrollaba de una forma más dolorosa para mí, porque aunque ya no amase a Alán como lo había amado entonces, aún quedaba un pequeño resquicio en mi alma de lo que hubo entre nosotros, de lo que ella, Azucena, me había arrebatado sin permiso.

Me apoyé en la barandilla y miré el cielo buscando las estrellas que Desmond me había propuesto contar en su DeLorean, pero no las encontré. Debían de estar en otro lugar, dejándose contar por él, pensé sonriendo. Ví el camión de la limpieza, el agua cayendo sobre el asfalto y cómo las escobillas arrastraban la suciedad que se acumulaba junto al bordillo. Las luces anaranjadas de las sirenas, sus destellos, rozaban las fachadas de refileón una y otra vez, como las de un carrusel. Apreté los párpados y deseé que, cuando abriera los ojos, el ático volviera a ser el que había dejado tiempo atrás.

—Diana, creo que necesitas una escoba —me dijo Claudia desde el murete de ladrillo que separaba nuestras terrazas—. Aunque esta escoba no es precisamente para barrer —comentó, señalando los papelitos del confeti que cubrían el suelo—, creo que no pasará nada si por esta vez la utilizas para eso, ya que las herramientas de una bruja se adecuan siempre a sus deseos. ¡Toma!

La sostenía en sus manos. El mango era de marfil y en él se apreciaban varios símbolos pictos grabados.

CAPÍTULO 6

Volver a ver a Claudia me hizo olvidar el ambiente enrarecido y monótono que rodeaba mi vida. Su simple presencia me sacó del desánimo en el que había estado sumida durante toda la fiesta, de la tristeza que habitaba dentro de mí desde que regresé a aquel presente que no me pertenecía, que no sentía mío y repudiaba.

—¡Qué alegría volver a verte, Claudia! —exclamé sin poder reprimirme.

—A mí también me reconfortan y complacen nuestros encuentros. Me gustaría verte con más asiduidad, pero las cosas casi nunca suceden como deseamos.

»Toma —me dijo, ofreciéndome su escoba—. Cuélgala sobre el dintel, como hiciste cuando te la regalé la primera vez, en el otro tiempo. Lo recuerdas, ¿verdad? —me preguntó.

Yo asentí moviendo la cabeza.

—¿Cómo es que tú también recuerdas lo que pasó entonces?

—Pues porque también lo viví, ¿por qué iba a ser? ¿De qué te extrañas tanto?

—Porque eres la única que parece recordarme. Tampoco sé el motivo por el que puedo verte y hablar contigo, si nadie más lo hace.

—¡Ay, niña! No irás a creer que solo tú ves más allá de esta realidad, ¿verdad? —me preguntó con cierta condescendencia, como si hablara con una alumna no especialmente inteligente—. Si es así, te equivocas. Hay muchos más, aunque no lo manifiesten. Ya deberías saberlo.

Sus palabras y el tono que empleó me recordaron a Koldo, el cantautor del metro al que conocí cuando viví esos días por primera vez, porque en esa ocasión me había dicho: «¿Acaso crees que eres la única que puede ver más allá de esta realidad? ¿De verdad crees que eres la única persona especial y diferente que camina por estas calles? ¿La única que cree en la magia?».

—Ninguno de los que me rodean, nadie de aquellos con los que comparto mi vida, te ve. Sé que Antonio, tu hijo, tampoco puede verte... ni oírte —puntalicé tras una pausa en la que la miré a los ojos—. A veces pienso que solo existes en mi imaginación.

—Mi hijo no me ve, pero me siente. A fin de cuentas es casi lo mismo, incluso más real y certero. La vista engaña; los sentimientos, no. Él sabe que estoy aquí, aunque no pueda verme como tú lo haces. A mi hijo no le hace falta tener ninguna prueba física para saber que sigo existiendo. Sin embargo tú —hizo una pausa y subió el tono—, siendo quien eres, tienes dudas y te pierdes buscando certidumbres absurdas sobre si existo o no.

—Tal vez Antonio te añore tanto que se niegue a pensar que te has ido —insistí.

—¿Tú crees? —me preguntó con un deje cargado de intención—. Los ojos engañan, querida. ¿Se te ha olvidado lo que te sucedió en ese tiempo paralelo que ya viviste, cuando el nigromante tomó la apariencia de Elda para engañarte e intentó convencerte para que escribieses sobre las páginas del libro? —expuso. Sentí un escalofrío al revivir la escena—. Lo tenías delante de ti, tanto era así que su aliento rozaba tu cara, y sin embargo veías a Elda. Tus ojos te engañaron. Algo te decía que esa persona no era Elda y te avisaba de que estabas en peligro. Tal vez fuera ese sexto sentido con el que naciste y al que, incomprensiblemente, siempre has temido y del que muchas veces has renegado.

»Te llevará tiempo comprender, pero tarde o temprano lo harás. Ahora lo más importante es que utilices bien lo que sabes o perderás la cabeza. Vagarás de tiempo en tiempo, del pasado al presente y del presente al futuro, y así sucesivamente, regresando siempre al mismo lugar. Lo harás una y otra vez, como te ha sucedido ahora, pero el resultado terminará siendo siempre el mismo: volverás a perder el libro, la gaveta, a tus amigos, y regresarás con Alán de nuevo —expuso con expresión de preocupación. Después calló.

En su rostro se dibujó una expresión de desconcierto. Levantó el dedo índice y señaló a mi espalda. Di un respingo al oír la voz de Alán justo a mi lado, porque no le había oído llegar.

—Creo que tardarás toda la noche en recoger el confeti si lo haces con esa escoba, que parece más indicada para adornar una pared que para barrer —dijo él.

—¿Cuánto llevas aquí? —le pregunté, sobresaltada.

—Apenas unos segundos. Estabas preciosa ahí tan quieta, sumida en tus

pensamientos, y no he querido decirte nada —comentó dándome un beso en el cuello al tiempo que me rodeaba la cintura con el brazo.

Me volví buscando a Claudia, pero como ya venía siendo habitual, ella ya no estaba.

—Pensaba en Rigel —le respondí, intentando darle una respuesta coherente y creíble—. Últimamente me acuerdo mucho de él, sobre todo cuando miro el cielo..., ya sabes. Recordaba la cita de *Los inmortales* que él siempre me daba como respuesta cuando yo no comprendía algo o mi vida se torcía. Como ahora. —Esto último lo dije bajito, tanto que Alán no lo escuchó.

—¡Qué película más buena! —exclamó. Me estrechó contra él y repitió la cita—: «Paciencia, escocés. Lo has hecho muy bien, aunque te llevará tiempo continuar. Generaciones enteras nacen y mueren continuamente. Tú estarás con los que viven mientras quieras, los pensamientos y los sueños de cada hombre son tuyos ahora. Tienes más poder de lo que se pueda imaginar. Utilízalo bien, amigo mío, no pierdas la cabeza».

Después volvió a besarme en el cuello y apoyó la cabeza en mi hombro, pero yo no pude responder a su caricia ni al beso. Tampoco a sus palabras.

—¿Aún sigues enfadada? —preguntó al ver que yo no me mostraba receptiva a sus caricias y que ni tan siquiera me movía—. No te entiendo, debería ser yo quien estuviera molesto contigo, y no lo estoy. Comprendo que la mudanza, el cambio de casa, pueda haberte alterado, es algo bastante frecuente, pero no me explico que te muestres tan distante. Pareces otra persona desde que nos hemos mudado. Diría que incluso antes, desde el momento en que te hablé de Antonio y del ático —expuso, retirando sus brazos de mi cintura. Se puso frente a mí y me miró con aire inquisitorio.

—No sé qué quieres que te diga. Solo es una crisis, nada más —le respondí, y agaché la cabeza para evitar su mirada.

—Este ático parece haberte embrujado. No fue una buena idea mudarnos. Tal vez sería mejor que buscáramos otra casa. Haría cualquier cosa con tal de recuperar a mi chica.

—¡No! —exclamé como un resorte, alzando el tono de voz involuntariamente—. Me gusta esta casa. Me siento cómoda en ella. Tú, el que no cree en la magia, ahora me hablas de embrujos, ¡no fastidies!

—Entonces, si no quieres mudarte, dime qué demonios te pasa.

—Creo que necesito tiempo.

—¿Tiempo? —me preguntó, desconcertado—. ¿Para qué?

—Para adaptarme a tu nueva forma de vida, a tus fiestas, a tu amiguita y

vuestro estúpido flirteo, que tú disimulas mal y ella no se molesta en ocultar —le espeté.

—No sé qué habré de hacer para que entiendas que Azucena no significa nada para mí —replicó en tono impertinente—. Al final vas a conseguir que entre nosotros haya algo. Le estás poniendo tanto empeño que voy a terminar creyéndomelo. ¡Joder! —protestó dando una patada a los papelitos de colores que cubrían el suelo de la terraza. Se dio la vuelta y caminó hacia el interior de la casa.

No hice nada para retenerlo. Oí el ruido de sus pasos camino del dormitorio y un rayo de luz cruzó la ventana e iluminó parte del suelo de la terraza casi al mismo tiempo que Alán pulsó el interruptor al entrar en la habitación.

No tenía ánimos para hablar con él. Sabía que no me entendería y, aunque quisiera hacerlo, no podía compartir nada de lo que me sucedía con él. Si lo hacía, corría el riesgo de volver a embrollarlo todo. Debía seguir el consejo de Claudia y utilizar bien mis conocimientos.

Apoyé la escoba en la pared y me acerqué a la barandilla que daba al exterior. Contemplé las calles vacías, las luces de los semáforos cambiando intermitentemente de color, la apariencia de escenario cinematográfico vacío que tenía la ciudad a aquellas horas, cuando no era ni demasiado tarde ni demasiado pronto para nada, cuando todo parecía suspendido en una pausa. La hora bruja, como decía Samanta. Esboqué una sonrisa triste al recordarla y me pregunté qué estaría haciendo en ese momento, con quién se encontraría y si me echaría tanto de menos como yo a ella.

Miré la fachada de la floristería. El escaparate permanecía con la persiana de aluminio bajada, igual que la puerta de entrada del local. Ya no había rastros de los cristales rotos sobre la acera. En el contenedor de la basura sobresalían los extremos de las tiras adhesivas del cristal repuesto en el escaparate y la puerta del comercio, ondeando a merced del viento. Y allí, junto al contenedor, en la penumbra, descubrí su silueta, el contorno del sombrero y sus manos enguantadas. Instintivamente, sin retirar la vista de él, pasé las manos por la barandilla buscando el polvo de ladrillo que debía protegerme. Seguidamente me agaché y recogí un puñado del confeti que había esparcido por el suelo. Con las manos llenas de papelitos de colores me incorporé y los lancé con determinación a la calle. Al hacerlo, imaginé que lo que arrojaba al vacío era arena y no papel. Deseé que cayera sobre los pies del nigromante y que, al rozarlos, la arena tomara la consistencia del cemento

y convirtiese sus pies en parte de los adoquines que formaban la acera; que lo atrapase e inmovilizara para siempre. Cogí la escoba y cerré los ojos mientras los papelitos iban cayendo hacia abajo, despacio y sin control. Con los párpados apretados repetí los nombres que había grabados en el mango. Las llamé, convoqué a todas y cada una de las brujas cuyo nombre estaba tallado en el mango de la escoba y les pedí que me ayudaran. Si había funcionado con Azucena, si mi deseo de que barriese un desierto se había cumplido en cierto modo, ahora, con la ayuda de ellas, pensé, tal vez conseguiría alejar a aquel ser de mí para siempre. Cuando abrí los ojos vi que los papelitos iban convirtiéndose en pequeñas mariposas de colores que revoloteaban a su antojo, como si terminasen de abandonar el capullo y apenas hiciera un segundo que hubiesen tomado contacto con su nueva vida. El espectáculo era tan hermoso que, por unos momentos, me olvidé del nigromante y seguí su maravilloso, vital e irregular vuelo de arriba abajo. Así fue hasta que las mariposas comenzaron a descender. Una a una, fueron cayendo sobre los pies del nigromante y, al rozar los zapatos de este, perdían el vívido colorido de sus alas y se convertían en mariposas negras que morían en el mismo instante en que lo alcanzaban. Horrorizada por la imagen, aparté la vista.

—Creo que no es buena idea que tires el confeti a la calle —dijo Alán desde la ventana del dormitorio.

—Solo ha sido un puñado, me apetecía ver cómo volaban los papelitos de colores —le respondí, y me retiré de la barandilla.

—Digas lo que digas, estás rarísima. Hazme un favor: déjalo todo y acuéstate. Son las cuatro de la madrugada.

—Prefiero recoger ahora —le respondí mientras tomaba la escoba.

—Como quieras —dijo. Se retiró de la ventana y apagó la luz del dormitorio.

Cogí la escoba y la cimbreé en el aire, evitando así que las cerdas dieran en el suelo y pudieran quebrarse con el roce del piso. El confeti se elevó con el aire que la escoba levantaba. Miré hacia la terraza de Desmond y pensé que él sí entendería aquel baile de colores, tan lleno de vida. Cuánto te echo en falta, pensé. Incliné la cabeza al ver que uno de los papelitos caía sobre mis pies. No parecía pertenecer al confeti. Era blanco y estaba muy bien doblado. Me agaché. Lo recogí y lo desplegué. En su interior había un texto:

No digas tonterías, escocesa, tú no me echas de menos, no me extrañas. Ni siquiera me quieres un poco, al menos no

como siempre te he querido y te querré yo a ti.

Las manos me temblaron al leer el contenido, y el papel, como si tuviese vida propia, vibró y se me escurrió entre los dedos. Al caer se convirtió en una mariposa blanca y brillante que voló hacia la calle. Volví a la barandilla para poder seguir su vuelo. Aleteó durante unos segundos frente a mí y, finalmente, descendió en picado. Cayó sobre los pies del nigromante como si fuese un avioncito de papel con una plomada incrustada en su morro. Golpeó con tanta fuerza los zapatos del nigromante que pensé que se había clavado en ellos. Como había sucedido antes con las mariposas de colores, esta también perdió su color y se convirtió en una mariposa negra y sin rastro de vida. Entonces comprendí lo que había sucedido. Al lanzar el confeti por la terraza estaba pensando en Desmond y no en el nigromante. Mis sentimientos me habían traicionado.

—Aunque ya tengas escoba, sigues siendo una novata, una bruja torpe y demasiado sentimental. Esa parte tuya de mortal, tus sentimientos humanos, terminarán por destruir lo poco que se salvó de ti —gritó el nigromante mirando hacia la terraza.

Después le dio una patada a las mariposas, que volvieron a convertirse en confeti, y se alejó soltando unas estruendosas carcajadas.

CAPÍTULO 7

Alán tenía previsto marcharse dos días después a una concentración de *area manager* que la empresa organizaba semestralmente en Holanda, la sede central en Europa. Por la mañana, antes de salir a trabajar, me dijo que estaría fuera una semana. Solía asistir solo, sin que nadie del personal lo acompañase, pero esta vez no fue así. Podía haber dejado a Azucena supliéndolo en sus funciones. Ella era la *store manager* de la tienda en la que se ubicaban las oficinas, la más adecuada y quien siempre lo había sustituido cuando él estaba fuera, pero en este viaje se la llevó con él. Tal vez era para que le sujetara el maletín durante el trayecto, le organizase los folios del programa, o comprase los tulipanes para el centro de las mesas, me dije enrabiada, porque no podía imaginarla haciendo algo diferente a su lado y, sobre todo, porque sabía que aquel viaje no era solo de trabajo.

Azucena quiso asegurarse de que yo supiese que iba a acompañarlo, pensé cuando me llamó con la burda excusa de que Alán no le respondía al teléfono ni a los mensajes de WhatsApp:

—Diana, perdona que te moleste. Soy Azucena. Estoy intentando localizar a Alán. Te llamo porque he visto que nuestro vuelo llegará media hora después de la primera reunión y creo que... —Se interrumpió. Cambió el tono de voz y en un inglés de acento exagerado, exclamó—: *Houston, Houston, we have a problem.* —Dejó escapar una carcajada hiposa y aguda.

—Creo que solo lo dijeron una vez —respondí seca y tajante, sin reírle la gracia.

—Una vez, ¿el qué dijeron una vez? —preguntó, desconcertada.

—Houston.

—Ah, no sé. Si tú lo dices, seguro que fue así. ¿Podrías pasarme con Alán? ¡Por favor! —me pidió ya en un tono más distante.

—¿Cómo es que tienes mi número de móvil? —le pregunté.

—Bueno, ya sabes, siempre hay un número en las fichas personales para temas urgentes y tu número está en la de Alán. Lo tengo apuntado en la memoria del móvil de la tienda desde hace tiempo. Espero no haberte molestado. Necesito saber si tengo que pedir a los de servicios centrales que nos cambien el vuelo.

—No estoy en casa, me pillas en el trabajo. ¿No está Alán en la tienda, contigo?

—Bueno, yo sí estoy en la tienda, pero Alán salió hace una hora y no ha vuelto. Pensé que habría ido a casa, contigo. Volveré a llamarlo. Por favor, no le digas que te he llamado o me matará.

—Ni te preocupes, de mi boca no saldrá ni un «Houston» —respondí con un deje de burla.

«Imbécil», pensé al separar el teléfono de mi oreja, y miré el aparato como si ella aún estuviera al otro lado de la línea y pudiera verme y oírme. Alán aún no me había comentado nada sobre sus intenciones de llevar a Azucena con él y era evidente que ella lo sabía; de no ser así, no me habría hecho aquella llamada. Jessica Rabbit comenzaba a reivindicar su sitio junto a mi novio, a hacerme saber que estaba ahí y que no me olvidase de que lucharía por él con uñas y dientes. A medida que pasaba el tiempo daba muestras de sentirse más segura, pero estaba equivocada: sus pretensiones se tambaleaban, pendían de un hilo porque yo jugaba con ventaja. De habérmelo propuesto, podría haber sembrado su camino de obstáculos. Peor aún, podría hacer que su historia se quedase en un limbo, repitiéndose una y otra vez, con situaciones y acontecimientos diferentes, pero instaurada en una pausa eterna, tal y como me había explicado Claudia la noche anterior. Azucena desconocía mis sentimientos, que en aquel momento no tenían nada que ver con lo que sucedió en otro tiempo. Yo ya había llorado la pérdida de Alán, su engaño, y por eso mismo su idilio ya no me hacía daño. Lo que realmente me importunaba y lastimaba era su impertinencia, su falta de respeto hacia mí. Me moría por soltarle un sopapo verbal que le aclarase quién era yo en realidad, el poder que poseía en aquel momento sobre su vida y su futuro, pero no podía hacerlo. Todo acto tiene sus consecuencias y las que se desencadenarían después de mi reacción, de mostrar mi supremacía ante ella, serían catastróficas también para mí e innecesarias para todos. Incluso para ella, porque su único pecado era haberse enamorado como una tonta de Alán. Era tan humana e imperfecta como todos, me dije. Y me sorprendí al sentir cierta empatía por ella, una pizca de pena y compasión.

Aquel día solicité salir dos horas antes del trabajo. Tenía que recoger todo lo que había dejado sin ordenar después de la fiesta. Tras mi escapada al dormitorio después de escuchar las carcajadas del nigromante, el ático parecía una casa abandonada a toda prisa. Alán no solía colaborar en las tareas domésticas. Trabajaba más horas que yo y los días libres, cuando no salíamos fuera de casa, los dedicaba a ver series, películas, deportes o a dormir en el sofá. En realidad, yo tenía la culpa de que todo lo relacionado con el mantenimiento de la casa recayera casi por completo en mí. Yo se lo había permitido. Y él se acostumbró a tener todo hecho, a que yo me moviese de un lado a otro mientras él escuchaba música o daba cabezazos. Para él ninguna de aquellas tareas era importante y todas podían esperar. Y, en cierto modo, tenía razón, pero yo no podía vivir rodeada de desorden y polvo, con el cesto de la ropa llena o el lavaplatos a reventar.

Mientras limpiaba y ordenaba esperé oír algún movimiento en la casa de Desmond y Ecles, pero al parecer no estaban en el domicilio. Al anochecer, con el ático ya ordenado, bajé las bolsas de basura a la calle.

—Tú debes de ser la nueva vecina de Desmond, la escocesa —me dijo Amaya, que estaba depositando unas cajas vacías en el contenedor del cartón—. Él me comentó que también te gustan los temas de brujería. Soy la hija del dueño —dijo. Se dio la vuelta y señaló la floristería—. Me llamo Amaya.

—Diana —le respondí.

—Desmond es mi amigo. Me presta libros antiguos que hablan de remedios hechos con plantas. Algunos siguen creyendo que esos preparados son pócimas, pero en realidad son simple botica. De verdad que es un verdadero privilegio acceder a esos textos, y también que Desmond te los haya prestado. No se los deja a nadie, bueno..., a mí sí —explicó sonriendo con cierto aire de superioridad.

—Qué suerte, debes de estar contenta —le respondí, haciéndome la distraída.

Pisé el pedal del contenedor de la basura para abrirlo e introduje las bolsas dentro. Ella siguió hablando, ajena a mi desapego:

—¿Cuáles te ha dejado?

—No sé, aún no los he hojeado.

—Pues te diré un secreto: esos libros tienen dos lecturas —explicó, y me guiñó un ojo al decirlo—. Míralos con detenimiento. Tenerlos, poder leerlos, es una gran oportunidad.

—¡Diana! —gritó Elda desde la entrada del portal, interrumpiendo

nuestra conversación—. ¿Cómo va tu mano?

—Mejor, Elda. Ahora parece un rasguño —le respondí acercándome a la calzada.

—¿Vienes?, quiero comentarte algo.

—Sí, espera un segundo —le dije. Me di la vuelta para despedirme de Amaya, que estaba apagando las luces interiores de la tienda—. ¡Lo siento! —me disculpé, apostada en la puerta—. ¿Qué decías sobre la lectura de los libros?

—¿Qué te pasó en la mano? —me preguntó ella sin responder a mi pregunta.

—Ah, nada de importancia. Me clavé una astilla de la puerta de El desván —señalé la tienda de Claudia y le mostré el pequeño apósito que aún llevaba en la mano—. Fue cuando los cristales de tu floristería estallaron. Con la explosión, me apoyé en la puerta. Se ve que deslicé la mano y se me clavó un trocito de madera.

—Ah, sí, la explosión. Menos mal que nadie resultó herido. No sabemos cómo pasó, pero ocurren tantas cosas que no tienen explicación que mi padre ha decidido no darle vueltas. A fin de cuentas, el seguro ha cubierto los desperfectos.

—¿Vienes? —insistió Elda desde el portal.

—No te entretengas, o la Dama Blanca se enfadará —me dijo Amaya, refiriéndose a Elda.

Ella la miró fijamente y frunció el ceño, como si hubiese oído sus palabras. Y lo más probable es que así fuera. Elda tenía un oído muy fino, recordé con una sonrisa no exenta de cierta tristeza al pensar en todo lo que me había contado cuando nos conocimos, en la otra realidad.

Crucé la calle acompañada del sonido estridente que produjo la persiana de la floristería cuando Amaya tiró de ella hacia abajo.

—No me gusta Amaya. En cambio su padre me parece un buen hombre —me comentó Elda cuando estuve a su lado—. Ya le he dicho a Desmond que esa chica no es de fiar, pero él no me hace ni caso. Piensa que estoy celosa, ¡ya ves!

—¿Y lo estás? —le pregunté sonriendo.

—Por favor, Diana —dijo mirándome de frente. Movié la cabeza, frunció el ceño y encogió su pequeña nariz en un gesto de incredulidad—. ¡Pues claro que no! Adoro a Desmond y a Ecles. Pero esa criatura no me inspira confianza. Intento protegerlos, pero ellos, los dos, se sienten atraídos

por la Flor de Loto. Algunas deben de tener música en las nalgas, porque no lo entiendo. —Al decirlo se contoneó con tanta gracia que se me escapó una carcajada.

—Sí, ha de ser eso —le dije, recordando a Azucena.

—Yo soy bajita y poco agraciada, pero ella es diminuta, tan blanca que me recuerda a las lechadas que se dan en los suelos de las casas para blanquear las juntas de las baldosas. Es tan minúscula y extraña que parece haber escapado de la Tierra Media. Cuando la miro no puedo evitar recordar la Comarca, donde viven los Bolsón en la historia de *El Señor de los Anillos*. No sé lo que quiere, pero tengo claro que anda detrás de algo, y no es precisamente lo mismo que Desmond o Ecles buscan en ella.

—Bueno, igual es un exceso de celo por tu parte —apunté.

—Puede que tengas razón, a veces queremos proteger tanto a nuestros seres queridos que es contraproducente —concluyó pensativa. Volvió la cabeza y la miró.

Amaya se despidió de nosotras levantando la mano izquierda. En su anular llevaba una sortija. Tenía engarzada una piedra lisa y roja, del mismo rojo que el cuenco que se formó con el líquido que encontré en mi casa, igual al péndulo del llavero de Desmond, idéntico a la tinta de aquel bolígrafo que el nigromante me ofreció. La vi porque resplandecía en la oscuridad como un faro en la costa, emitiendo destellos que iban y venían, apagándose y encendiéndose en la oscuridad que ya había tomado la calle.

CAPÍTULO 8

En este punto fui plenamente consciente de que los acontecimientos extraños se iban sucediendo con mayor frecuencia. Parecían ir enlazados, como si fuesen eslabones de una misma cadena de sucesos que condujeran a un mismo fin. Un sentido y un desenlace que yo aún no conseguía vislumbrar. Con cada uno de ellos se generaban nuevas incógnitas, espacios en blanco, interrogantes y una sensación de soledad que se adhería a mi piel cada vez con más fuerza, porque no podía compartir con nadie lo que me sucedía. En aquellos momentos, la magia tenía la misma relevancia en mi vida que los acontecimientos cotidianos, pensé mirando a Elda mientras ella expresaba su opinión sobre Amaya.

A mí, la joven florista también me incomodaba. Había algo en ella que no encajaba, que chirriaba. Era demasiado perfecta para ser real, me dije sin dejar de observar los destellos del anillo, que desaparecieron cuando se paró frente a la entrada del metro e introdujo la mano en el bolso.

—Tampoco te hace gracia, ¿verdad? —me preguntó Elda al ver que no le quitaba la vista de encima a Amaya.

—Es extraña. Parece un personaje literario. Un ser creado en otro lugar. Demasiado perfecta, aunque he de reconocer que tiene su aquel. A los hombres les gustan las mujeres como ella, de apariencia frágil. Eso les hace sentirse más varoniles, más fuertes de lo que realmente son. Tal vez por eso Flor de Loto tiene tanto éxito con Desmond y Ecles —le respondí sin retirar la vista de Amaya.

—Sí, tiene el aquel de *El diablo viste de Prada* —me respondió irónica Elda—. Fíate tú de las aguas mansas.

—Está claro que tienes motivos para pensar así, lo mío no es más que una sensación —repuse.

—Razones, un sexto sentido y una agudeza de oído poco común es lo que

tengo. —Sonrió—. Y si a eso le añadimos una antipatía recíproca, tenemos una mezcla explosiva y perfecta para que se produzca un desaguisado en cualquier momento. Vamos, que en nuestro caso, la química solo es válida para provocar una explosión.

»Pero dejemos de hablar de ella. Si seguimos comentando y mirándola, se volverá. Te sorprendería lo que es capaz de percibir la Flor de Loto. Para mí que tiene ojos en la nuca.

—O un oído igual de fino que el tuyo —le dije sonriendo.

Y en ese instante, tal y como terminaba de predecir Elda, Amaya se dio la vuelta y nos miró fijamente, como si estuviera escuchándonos o hubiese captado nuestras miradas clavadas en su espalda. Elda se agachó y me dio un puntapié indicándome que entrásemos en el portal.

—Te lo dije —susurró bajito—. Apostaría cualquier cosa a que nos ha oído.

—No digas tonterías, ha sido una coincidencia. Parece que ha olvidado algo —expuse ya dentro del portal y con la puerta cerrada, lejos de la mirada de la florista.

—Si tú lo dices... —dijo Elda, irónica—. ¿Quieres tomar algo? Aprovecha, hice la compra ayer y tengo la nevera llena. Traje unas cervezas de esas nuevas que según dicen son artesanales. No sé qué tendrá de cierto, pero están buenísimas.

—Vale, pero nos las tomamos en casa. Así ves cómo ha quedado el ático.

—No creo que a tu chico le guste mucho verme por ahí. Ayer parecía incómodo. Ni siquiera se molestó en disimular que no le caigo bien.

—Alán no está, y siendo la hora que es, no creo que venga a cenar —le dije, mirando el reloj de mi teléfono móvil.

Elda aceptó mi invitación y subió unos minutos después. Trajo dos cervezas y al abrir la puerta me regaló una amplia sonrisa que iluminó su mirada. Cuando la vi bajo el dintel sentí como si el tiempo hubiese dado marcha atrás, como si al fin nuestros caminos se uniesen de nuevo. Su peculiar olor a pintura fresca recorrió el piso y, al notarlo, sentí ganas de llorar.

—Dime, ¿desde cuándo te pasa lo de los pétalos de rosa? —me preguntó al tiempo que levantaba varios del suelo.

—Desde siempre —le respondí, inquieta.

—Sabía que eras tan peculiar como nosotros, si no más; lo supe desde que te vi. Si no fuese así, no habrías llegado a nuestro edificio. Aquí todos

somos diferentes al común de los mortales. Lo somos en nuestro físico y en nuestras percepciones. Antonio nos llama «disidentes de la realidad» y, aunque se niegue a admitirlo, él es uno más. Es como nosotros. Y tu gatito egipcio también —dijo mientras señalaba a *Senatón*, que dormía dentro de la gaveta—. Claudia tenía uno muy parecido, solo que el suyo era una hembra. Se fue el mismo día que ella nos dejó. Es una lástima que Claudia no esté aquí, habría hecho unos rosarios maravillosos con tus lágrimas —dijo dejando caer los pétalos.

Todo sucedió como la vez anterior, como la primera vez que hablamos. Me relató su encierro, cómo la encontraron y a qué se debía aquella extraordinaria capacidad suya para captar casi cualquier sonido. Quedamos en que la próxima ocasión repetiríamos en su casa, porque en la mía ella se sentía incómoda solo de pensar que Alán podía aparecer en cualquier momento. Él era diferente y no la aceptaría, hiciera lo que hiciera, me dijo convencida, aunque con cierto apuro por cómo podía sentarme su comentario.

—Hay personas con las que jamás congeniaremos. Sé que tu novio y yo nunca nos llevaremos bien. Espero que eso no sea un obstáculo para que nuestra amistad se mantenga —me confesó mientras se levantaba—. Tengo que irme, tu chico está al llegar.

—Elda, no tienes que marcharte —le dije—. La casa es de los dos, no es solo de Alán. Además, él debe respetar a mis amistades como yo lo hago con las tuyas.

—Bueno, tú tampoco respetas a todos sus amigos —contestó.

Supe que su comentario se refería a Azucena, pero no quise hablar del tema ni preguntarle cómo lo sabía. Me pareció obvio. Era evidente que había oído alguna de las discusiones que Alán y yo habíamos tenido sobre Jessica Rabbit.

—Estaré una semana sola. Alán se marcha de viaje. Podríamos quedar en esos días, así estarás más cómoda.

—Pues entonces vamos hablando. Veo que *Senatón* se ha hecho con la gaveta de Ecles. Cuando tengas que devolvérsela tu gatito lo pasará mal. Habrá que decirle a Ecles que te la regale.

—Ya me la regaló —le dije sonriendo.

—Es un cajón precioso, aunque era aún más bonito cuando lo encontraron. Tenía una piedra roja aquí —dijo, agachándose. Le dio la vuelta al cajón y señaló el hueco donde, tiempo atrás, yo había colocado el colgante que me regaló Alán—. Pero Ecles se empeñó en quitarla. No sé qué habrá

hecho con ella, pero, sea lo que sea, seguro que será acertado. No todo lo que nos parece hermoso es bueno. La vista, como solía decir Claudia, suele engañarnos —concluyó mientras se erguía antes de dirigirse a la puerta.

¿Cómo no me había dado cuenta de que el pentagrama ya no estaba en la gaveta?, me pregunté mientras la despedía.

Alán llegó a los pocos minutos de marcharse Elda. Justo cuando él abría la puerta, oí el ruido de las persianas de Ecles y Desmond. Después capté las notas de «Lost On You», interpretada por Laura Pergolizzi, una de mis canciones favoritas. Salí a la terraza. Desmond estaba en su salón, con la luz encendida y de pie junto al aparato de música. Como si hubiese notado mi presencia, se dio la vuelta, me miró, me guiñó un ojo y movió los labios sin emitir sonido alguno. Pero yo leí lo que decía: «Es para ti».

Me dio la espalda en el mismo instante en que Alán, detrás de mí, me recriminaba que aún estuviera esperándole:

—Cómo es que aún estás levantada. ¿No leíste mi *whatsapp*? Te dije que llegaría tarde.

—Tienes un pelo rojo en la camisa —le respondí, retirándolo—. ¡Qué tontería más tonta! Pensaba que hoy en día nadie se olvidaría de sacudir la ropa y borrar los mensajes del móvil —comenté con el pelo entre los dedos, mostrándoselo—. Claro que, al ser las dos pelirrojas, lo mismo has pensado que su cabello se podía confundir con el mío. Pues, querido, debo decirte que no has tenido en cuenta que hay evidentes diferencias en el tono.

No me respondió, se dio la vuelta y salió a la terraza.

—¿Podrías bajar la música? A estas horas todo el mundo está durmiendo —dijo dirigiéndose a Desmond.

—Castelar, no todos duermen, los vampiros tenemos horarios diferentes —respondió nuestro vecino, irónico.

CAPÍTULO 9

Cuando leí en los labios de Desmond «es para ti», refiriéndose a la canción que sonaba en el interior de su casa, volví a sentirme viva, como si recobrara la sensación de vitalidad y optimismo que había tenido junto a Alán durante los primeros meses de nuestra relación. Esa que transformaba la brisa en viento y desbocaba mis emociones, que me hacía sentirme deseada y, al tiempo, desearle. Que convertía cada día en una nueva experiencia, única e irrepetible. Que hacía del futuro algo deseado y no temido, que desdibujó el gris de nuestra vida y la pintó de colores intensos. La misma que le dio a nuestros labios una sonrisa tan tonta como bella y permanente. La que empapó nuestros ojos del brillo inconfundible que tiene la mirada del que está loco e irresponsablemente enamorado. Al sentir sus ojos puestos en los míos, el deseo resbaló por mi piel, y mis pensamientos se fueron junto a él sin que pudiese controlarlos.

Cuando Desmond y yo hablamos por primera vez en la otra realidad, cuando me pidió que lo llevara a volar en mi ala delta, ya me había embargado una atracción inexplicable, una necesidad irracional de abrazarme a él y de que me besara. Había sentido que quería volar junto a él y escapar de la situación que estaba viviendo. Sin embargo, en ese momento, cuando su voz, el tono de sus palabras me rozaron por dentro, me negué a mí misma que aquello estuviera sucediéndome otra vez, en el nuevo presente que estaba viviendo. No podía volver a enamorarme, me dije, y menos de la forma en que lo estaba haciendo: tan rápido y de alguien a quien no conocía. Sin embargo, y a pesar de mis recelos, su presencia dejaba en mí una impronta que me agitaba por dentro, que no podía controlar y que cada vez me costaba más disimular.

Desmond me atraía con mucha más fuerza y pasión de lo que Alán había hecho, pero lo que sentía por él me resultaba añejo, como si la atracción que, en apariencia, sentíamos el uno por el otro ya hubiera existido y hubiese

muerto súbitamente, sin un motivo y sin avisar. Aquel presentimiento me advertía de que los sentimientos que Desmond despertaba en mí no estaban exentos de peligro, y que tal vez nuestra historia, de darse, no tendría un final feliz. Y ello, el augurio inconcreto y aciago que sentía, me distanciaba de él y me impedía dejarme llevar; sentir a su lado. Aquel presentimiento era lo que en realidad temía y lo que me frenaba.

Desmond respondió al requerimiento que le hizo Alán para que bajase el volumen de la música cogiendo una copa de vino, que levantó en el momento en que la letra de la canción llegó al estribillo: «Levantemos una copa o dos por todas las cosas que he perdido de ti... Dime, ¿están perdidas en ti?». Me miró fijamente al tiempo que lo tarareaba. A punto estuve de decirle: «No, aún siguen ahí, esperándote». Porque eso fue lo que sentí y pensé, lo que resonó en mis pensamientos como un eco lejano.

De pronto, ante la mirada de estupor de Alán, Desmond señaló el firmamento, indicando el rastro que dejaba una estrella fugaz. Su luz trazó una línea violeta, desigual y efímera, que embelleció el oscuro cielo de la ciudad. Miré a Desmond.

—Ella es como tú, escocesa, no hay forma de darle caza —susurró. Aunque habló en tono muy bajo, yo lo oí como si estuviese pegado a mí, pese a la distancia que nos separaba.

Y fue en ese momento cuando dejé de ver mi terraza, a Alán y a Desmond en su casa. Abandoné el ático. Sin saber cómo me encontré en brazos de Desmond. Estábamos en la misma cama, desnudos y llorando. Él limpiaba con la yema de sus dedos las lágrimas que me resbalaban por las mejillas, mientras yo hacía lo mismo con las suyas. Nos hallábamos en un lugar que no reconocí, en el que juraría que jamás había estado, ni con él ni con nadie. Lo miré buscando en sus ojos una respuesta a lo que sucedía, pero solo vi que él se preguntaba lo mismo que yo.

Nos amábamos, tal vez demasiado, y por ello nuestro amor nos estaba haciendo daño a los dos, pensé. Porque siempre, hiciésemos lo que hiciésemos, terminaríamos lejos el uno del otro.

Me desperté rodeada de pétalos de rosa rojos, que cubrían parte de la almohada y de la colcha. «He debido de llorar durante el sueño», me dije. Me desarropeé y, al hacerlo, algunos cayeron al suelo. En cuanto tomaron contacto

con el piso, se transformaron en pequeñas bolas de cristal rojo, tan brillantes y hermosas que parecían rubís. *Senatón*, que permanecía a los pies de la cama, dormitando, oyó el sonido de los cristales caer uno tras otro, como si fuesen las cuentas desprendidas de un collar, dio un salto y, entusiasmado, comenzó a jugar con ellas. Daba brincos detrás de las que rebotaban y arrastraba con sus manitas, de un lado a otro, las que ya estaban en el piso.

Durante unos segundos intenté recordar lo que había sucedido aquella noche, después de que Alán tuviese la refriega con Desmond a cuenta del volumen de la música, pero no lo conseguí. No supe cómo llegué a la cama, ni si Alán y yo mantuvimos conversación alguna sobre su marcha a Holanda al día siguiente. Solo recordaba el contacto de la piel de Desmond con la mía, sus lágrimas y aquella manera tan especial e íntima de mirarme, teñida de dolor y de un padecimiento tan profundo que parecía no poder paliar con nada; como si este fuese inevitable, imperecedero, casi inmortal. Eterno, pensé, volviendo a recordar cómo me miraba, y me encogí sobre mí misma. Así, agazapada bajo las sábanas, permanecí unos minutos, oyendo los derrapes de *Senatón* sobre el suelo y el ruido de las bolas de cristal rodando.

Me incorporé tras escuchar el sonido insistente del teléfono móvil. Era Samanta.

—Nena, ¿estás bien? —me preguntó, alarmada, al otro lado de la línea telefónica.

—Sí, claro. Acabo de despertarme. ¿Por qué iba a estar mal? —dije, desconcertada por su pregunta.

—Te llamé ayer por la noche y no respondiste ni contestaste los mensajes de WhatsApp. Hoy he telefoneado a Alán, pero por lo visto su terminal está apagada o fuera de cobertura. En la oficina me han dicho que ayer y hoy no has ido a trabajar.

Miré el teléfono para ver la hora. Eran las dos de la tarde y un día después del que yo creía que era al despertarme.

—Te llamo en unos minutos —le dije, y colgué sin darle tiempo a que añadiese nada más.

Consulté los mensajes del teléfono. Samanta tenía razón, había llamado y había dejado varios *whatsapps*. También tenía una llamada del trabajo. En el buzón de voz habían dejado un mensaje en el que me pedían que me pusiese en contacto con ellos lo antes posible. Y había un *whatsapp* de Alán, del día anterior, en el que daba por hecho que no había contestado porque aún seguiría dormida. Comentaba que el vuelo había llegado bien y que me telefonaría

cuando tuviera un momento libre, pero que no me preocupase si no lo hacía porque tenía una agenda muy apretada.

Como era de esperar, Samanta no me hizo caso y volvió a llamar.

—Sé que me estás ocultando algo. De no ser así no me habrías colgado como lo has hecho.

—Samanta, estoy desorientada, nada más. He debido de quedarme dormida. Te he colgado para llamar a la oficina. No están las cosas para andarse con chiquitas. Si me despiden no sé qué voy a hacer, porque tampoco estoy muy bien con Alán. Lo nuestro no funciona y si a la crisis que tenemos se le añaden problemas económicos, vamos listos —le dije, omitiendo mi pérdida de memoria.

—Entonces seguís igual de mal que cuando me marché —dijo, consternada—. Te conozco, Diana, tienes voz de haber estado toda la noche llorando a moco tendido. Dime, ¿qué ha hecho Alán para que estés así?

—No es lo que Alán haga o deje de hacer. Eso ya no me importa. Ahora está más pendiente de mí que hace unos meses, es como si se hubiese tragado a Cupido, cada poco me recuerda lo mucho que le importo.

—Entonces, ¿qué sucede?

—Su presencia me incomoda. He perdido las ganas, Samanta, y además sé que está liado con una compañera de trabajo. Ahora están los dos en Holanda.

—Te dije que no te mudases, que vivir juntos era un riesgo. La monotonía es como una hiena hambrienta, se come hasta las ganas de vivir. Aparte de eso, sois muy diferentes. Lo suyo son fuegos artificiales, llenos de colores maravillosos, pero fugaces como la llama de una cerilla. Lo tuyo, en cambio, son estrellas que siempre están ahí, en el cielo, esperando eternamente a ser contadas.

—Esperando a ser contadas —repetí después de que Samanta lo dijera. Lo hice como si estuviera recordando sus palabras en vez de estar hablando con ella. Y en ese momento recordé a Desmond; la música y su pregunta, la pregunta de la canción: «¿Están perdidas en ti?». Y lo vi señalando la estrella fugaz.

Cerré los ojos y deseé estar con él. Y fue entonces cuando comprendí lo que había sucedido: mi deseo se había cumplido. No importaba si lo había soñado, si había sucedido realmente, me dije. Lo importante es que había estado con él, con Desmond.

—¿Sigues ahí? —inquirió Samanta al ver que yo no respondía.

—Sí, sí. Estaba pensando en lo que has dicho.

—¿En lo de contar estrellas o en lo de la monotonía?

—En ambas cosas. Espero que algún día alguien me invite a contar estrellas —le dije, recordando cuando Desmond, en nuestro primer encuentro, en aquel tiempo que se fue, me ofreció contar estrellas en su DeLorean.

—No creas que eso es fácil. Por lo general, los hombres evitan ser románticos, porque cuando se ponen sentimentales pierden caché y les bajan los índices de testosterona. Y ya sabes lo importante que es eso para ellos. Yo no sé qué prefiero, si un tipo con el nivel de testosterona por las nubes o que me regalen el certificado de una estrella con mi nombre. Creo que al final la testosterona resulta más rentable. —Se rio y yo no pude reprimir una carcajada.

—Ay, nena, tú nunca cambiarás. Si te oyese alguien que no te conociera, pensaría que les tienes manía, cuando es todo lo contrario.

—No nos engañemos, los hombres son como los bombones, apetecibles, adictivos y engordan. Incluso el mío, que se sale de la norma; desde que guisa para mí, ha conseguido que los vaqueros me queden un poco más estrechos. Pero es lo que hay..., no podemos vivir sin ellos.

»Podrías venir unos días —me propuso—. Así conocerías a mi chico y le escucharías cantar versionando a Freddie Mercury. Desafina como un condenado, pero... ¡es tan sexi! Y se parece tanto a él que a veces le digo que en realidad no estoy enamorada de él, sino del espíritu de Mercury.

—Sabes que nada me gustaría más que abrazarte y, por supuesto, conocer a tu chico, pero por ahora no puedo permitírmelo. Además, tengo demasiados temas pendientes que debo solucionar. El más importante es mi relación con Alán —le dije.

—¿Has vuelto a volar? —me preguntó.

—No he desplegado la vela desde que te fuiste. La tenemos en la terraza del ático, apoyada en un lateral, como un pájaro malherido...

Charlamos durante unos minutos más. Me contó cómo iba la excavación y me hizo prometerle que la llamaría en cualquier momento si necesitaba hablar, si la soledad, la angustia o la monotonía amenazaban con vencerme. Se lo prometí, aunque sabía que no estaba diciéndole la verdad. Si aquello llegaba a ocurrir, la telefonaría solo cuando se me hubiese pasado la pena. No quería enturbiar su felicidad, que en cierto modo también era la mía, porque quería a Samanta con toda mi alma.

Después de llamar a la oficina y de justificar mi ausencia de ese día y

del anterior diciendo que había sufrido un repentino cólico, revisé la casa. En apariencia, todo era normal. Mi ropa permanecía en la silla, donde la dejaba preparada todas las noches para ponérmela al día siguiente. Supuse que cuando el día anterior Alán se había marchado al aeropuerto yo estaba dormida, y así permanecí aquellas veinticuatro horas, sumida en un profundo sueño. Aquella conjetura era la más lógica, la más real y probable para cualquiera... excepto para mí. Recogí un puñado de pétalos rojos que aún estaban sobre la cama y, mientras los dejaba caer de nuevo sobre la colcha, sonreí pensando que durante ese tiempo no había estado dormida, sino que había habitado otra realidad, y lo había hecho junto a Desmond.

CAPÍTULO 10

Al día siguiente me invitaron a marcharme del trabajo. Al salir de la oficina, pensé que era como si después de la marcha de Alán a Holanda, los acontecimientos se precipitasen uno tras otro, como si todo me condujese irremediablemente a volver sobre las circunstancias, los hechos y el presente que había dejado atrás al colocar la piedra en la gaveta. Mientras caminaba sosteniendo la caja que contenía mis objetos personales, mis compañeros se despidieron de mí, unos con abrazos, otros estrechándome la mano, y los menos dándome dos besos en las mejillas. Escuché todos los tópicos: «Te llamo», «Nos vemos», «Si me necesitas, ya sabes dónde estoy», «Hablamos pronto», «A ver si organizamos algo para vernos todos», «Son unos impresentables», «Seguro que encontrarás algo mejor que este trabajo, por llamarlo de alguna forma, no te desanimes»... Y entre aquellas palabras de despedida también se colaron algunos cuchicheos. Procedían de los de siempre, de los que se creen herederos de la empresa, de los que se sienten imprescindibles en ella y tarde o temprano terminan de patitas en la calle, con un finiquito más abultado, pero sin los honores a los que creían tener derecho.

Caminé por las calles de la ciudad en aquella mañana soleada y calurosa de agosto sin saber adónde ir. Me perdí entre el gentío. Sentí la alegría que mostraban los rostros de algunos y la estúpida prisa que impregnaba la ciudad, que empujaba los pasos de sus habitantes, convirtiendo su caminar en una incansable y estéril carrera contra el tiempo. Por primera vez en mi vida me sentí libre, fuera de todo aquel engranaje. Y decidí vivir, solo vivir, aunque únicamente fuese por un día. Me olvidé de Alán, del pasado, de lo que pudiera acontecer entre nosotros, del trabajo, de las facturas, del día siguiente y de cómo serían los que vendrían después. Tomé el metro en la estación de Cuatro Caminos y me bajé en Gran Vía. Al apearme, dejé en el asiento la caja con todos mis objetos personales, excepto las fotografías de mis vuelos, de los

lugares que había recorrido con mi ala delta. Durante muchos meses, aquellas fotos me habían permitido seguir soñando, de modo que me las llevé conmigo. En el último instante oí la voz de un pasajero indicándome que me olvidaba la caja, pero no me volví. Lo que había en ella había dejado de formar parte de mi vida; no lo necesitaba ni lo quería.

Caminé por la acera derecha de la gran avenida contemplando la vida que se abría paso alrededor. Los niños que intentaban soltarse de la mano de sus padres, los grupos de turistas fotografiando cada rincón de la ciudad, los gorriones haciéndose con las migajas que caían al suelo desde las mesas de las terrazas de los bares, las sonrisas de los empleados de los comercios, agotados, exhaustos pero amables, deseosos de una ración de sol y libertad. Los policías, las meretrices, los ladrones de guante blanco, los mendigos y los profetas que lanzaban su perorata en cualquier esquina.

Delante de mí caminaba un hombre que vestía sotana negra. Se paró de repente, levantó la cabeza y apuntó con un dedo un inmueble entre la Gran Vía y la calle Alcalá. Señalaba la cúpula del edificio Metrópolis, donde se alzaba la figura de un ángel a punto de levantar el vuelo. Yo lo había visto cientos de veces, tan inmóvil como bello, pero esa mañana, al mirarlo siguiendo la indicación del clérigo, percibí algo diferente. Atisé un leve movimiento en sus alas que me pareció tan hermoso y frágil como irreal. A lo mejor ese movimiento es un efecto óptico debido a la posición que el sacerdote y yo tenemos bajo el edificio, pensé restregándome los ojos.

—A él le sucede lo mismo que a usted: quiere volar pero no puede hacerlo —me dijo el sacerdote cerca de la oreja.

Bajé la cabeza sorprendida, dispuesta a dirigirme a él y preguntarle por qué me decía aquello, si no me conocía de nada. Pero el cura se dio la vuelta y comenzó a andar alejándose de mí. Seguí sus pasos durante unos minutos, pero el hombre no tardó en perderse entre la gente que caminaba por la acera.

En aquel momento, si mi ala delta hubiese estado en el club de vuelo, habría tomado un taxi y me habría ido a volar, pero no era así. Se hallaba en el ático de la terraza, desmontada y con la vela roja plegada. El sacerdote tenía razón: yo quería y necesitaba volar, pero no podía. No podía hacerlo porque yo misma me había cortado las alas, había plegado el ala roja que Rigel me regaló y también las de mi alma y mi corazón.

Estuve varias horas deambulando por las calles y decidí regresar a casa cuando el sol ya se ocultaba, dejando un rastro anaranjado de su presencia en el horizonte. Lo hice sin volver a conectar mi terminal y sin dejar de pensar en

las palabras del sacerdote, que daban vueltas una y otra vez en mi cabeza.

Cogí el metro y durante el trayecto me entretuve mirando las fotos que había decidido conservar. En una de ellas aparecíamos Samanta y yo abrazadas bajo el Viaducto de la calle Bailén. Nos la habíamos hecho junto a sus enormes pilares, empequeñecidas por su inmensidad. Había sido en una noche de verano como aquella, en la que el cielo era raso y el calor, sofocante.

—Más bien debería llamarse el Puente de los Susurros —había dicho yo aquel día cuando nos tomamos la foto, casi pensando en voz alta.

Samanta se volvió hacia mí.

—¿De los susurros? —preguntó.

—Siempre que vengo aquí oigo un sonido que recuerda un susurro apagado, seguramente debido al tráfico. A veces el rumor del tránsito se asemeja al del mar, sobre todo cuando es constante y lejano. Pero aquí ese ruido parece producido por voces, cientos de voces que murmuran —le respondí mirando hacia arriba e intentando enmendar mi desliz.

—A veces me das miedo —me dijo, pensativa.

—Pero ¡qué inocente eres! ¿No ves que era una broma? Me refiero a los susurros, no a la semejanza del ruido con el del mar —expliqué sonriéndole.

Sé que no me creyó. Samanta conocía tan bien como yo la historia del Viaducto, que solía recibir el sobrenombre de Puente de los Suicidas, la triste historia que vestía de luto su belleza arquitectónica y que lo había empapado de despedidas tan inesperadas como dolorosas. Ella no oía los susurros, pero algo me decía que los captaba. Sé que percibió, igual que yo, la presencia que nos acompañó aquella noche, el olor a musgo y los pasos huecos que sonaban detrás de nosotras. Y creo que también vio las huellas acuosas que las pisadas del nigromante dejaron mientras nos seguía. Aquella noche fue la primera vez que lo vi. Vislumbré su sombra intentando ocultarse en la oscuridad, como si quisiera integrarse en ella para camuflarse cuando yo miraba hacia atrás buscando la procedencia del sonido de sus pasos y de aquel inconfundible olor a humedad, a panteón, flores secas y muerte que siempre lo acompañaba. Sin embargo, por entonces yo aún no sabía quién era.

Miré la foto con detenimiento. Con ella en mis manos, sonreí recordando la cena que vino después, la música *indie* que sonaba en el local de copas y el amanecer de aquel domingo en el que despertamos dentro del coche, aparcadas junto al Retiro, con una resaca añeja y pesada que nos impedía tolerar la luz del sol.

El tren se desplazaba sobre las vías mientras yo seguía con la foto en mis

manos, sin apartar la vista de la imagen y sonriendo ensimismada, rescatando recuerdos. Continué así unos minutos, hasta que vi en la instantánea su sombra alargada, el ala ancha de su sombrero y sus manos enguantadas. Estaba recostado junto al pilar, a nuestro lado. Al verlo en la fotografía, las manos me temblaron y dejé caer la foto al suelo del vagón.

—Casi la piso —me dijo un anciano. Se agachó, la recogió y me la tendió.

Le di las gracias y volví a mirarla, con más temor si cabe del que había sentido cuando vi al nigromante en ella, pero su silueta ya no aparecía en la instantánea. Fue como si su figura hubiese resbalado por el papel fotográfico hasta salir de él, porque junto a los pies del anciano, donde antes había caído la foto, aprecié una extraña mancha negra que guardaba un extraordinario parecido con la forma del nigromante. La mácula se movía, como resistiéndose a que la engullera el suelo del vagón, que se la estaba tragando poco a poco. No le quité los ojos de encima hasta que desapareció en el piso.

No sabía qué buscaba el nigromante, qué quería de mí. De lo único que estaba segura era que no dejaría de perseguirme hasta conseguir su propósito, pensé inquieta.

Me apeé del vagón y caminé sin rumbo fijo por la estación, como si aquel lugar fuese un mundo aparte que me estuviera absorbiendo. Se diría que aquel ir y venir de personas de un lugar a otro era la antesala del cambio que de nuevo daría mi vida, tan unida a los encuentros y las despedidas como aquella estación.

Nada más salir del metro, vi que los comercios habían cerrado sus puertas. El tenue brillo de las farolas alumbraba a medio gas algunos recodos de la calle y divisé la luz que se escapaba por debajo de la puerta de El desván de Aradia. Me fijé en la sombra que proyectaba alguien que iba y venía dentro del local y con su trasiego tapaba de forma intermitente la luminosidad que salía al exterior. Era evidente que en la tienda había alguien, pensé mientras me aproximaba. Detuve mis pasos al ver un rayo de luz que se proyectaba al exterior desde dentro del establecimiento, por una rendija alargada que había en el centro de la puerta. El haz luminoso desapareció durante unos segundos y volvió a proyectarse. Alguien intentaba tapar desde dentro aquel pequeño orificio, que guardaba un parecido extraordinario con la astilla que se me había clavado en la palma el día que se produjo el estallido de los cristales de la floristería. Sin proponérmelo, busqué la aguja dentro de mi bolso. Mientras intentaba localizarla, oí un sonido que provenía del interior

de la tienda, un murmullo apagado y quejicoso.

Saqué el huso del bolso y lo coloqué sobre la rendija. Al hacerlo, se acopló a la superficie como si fuese masilla, hasta que, finalmente, la hendidura desapareció por completo. Un segundo después la puerta se abrió y la luz que salió del interior me cegó. Me llevé la mano a la frente, a modo de visera, en un intento de ver quién estaba frente a mí.

—¿Antonio? —pregunté.

CAPÍTULO 11

—¡Diana! —exclamó—. Imaginé que podrías tenerla tú —dijo pasando la yema de los dedos por la superficie de la puerta, sobre el lugar donde unos momentos antes estaba la rendija—. Te llamé por teléfono, pero lo tenías desconectado, por eso te envié varios *whatsapps*. No los viste, ¿verdad? —concluyó en tono apurado.

—No entiendo —le respondí, aún con la mano en la frente y los ojos entrecerrados.

—Pero pasa, no te quedes ahí —me pidió, extendiendo el brazo y retirándose hacia un lado para dejarme entrar—. No te imaginas qué alivio siento ahora mismo. Pensé que no iba a poder marcharme de la tienda nunca, que jamás encontraría el pedazo de madera que le faltaba a la puerta. Estaba desesperado. He intentado tapanlo con todo, incluso rellenarlo con masilla para los cristales, pero la superficie repele todo tipo de material. Es como si lo escupiera y el hueco cada vez se estaba haciendo más grande. Si no hubiese recuperado esa pieza, la puerta habría terminado partiéndose por la mitad —dijo, acariciándola—. Ha sido una suerte que te hayas dejado llevar por tu sexto sentido —me comentó ya de espaldas a mí, mientras cerraba la puerta de entrada del local.

—¿A qué te refieres? —le pregunté, ya dentro del establecimiento.

—A la capacidad que tienes para interpretar los hechos extraordinarios que suceden. Me refiero a que guardaste la astilla. Este simple hecho ya demuestra que eres excepcional. Estoy seguro que viste cómo se movía e intentaba volver a la puerta —explicó al ver que me encogía de hombros—, y ahora la has colocado en el mismo lugar del que se desprendió después de la explosión. Elda me comentó que se te clavó en la palma de la mano. Estaba indignada conmigo por las malas condiciones en que tengo esa puerta. Lo que ella no sabe es que no hay manera de arreglarla, no se deja —apuntó sonriente.

—Has visto lo que ha sucedido y... ¿te parece normal? —le pregunté, extrañada por sus palabras y el aplomo que mostraba al hablar sobre lo ocurrido.

—¡Normal! —exclamó con expresión de asombro—. Pues... depende de lo que consideres normal. ¿O no fuiste tú quien la colocó? —me preguntó con cierta inquietud al ver mi expresión de sorpresa.

—Sí, claro que sí. La puse yo.

—Entonces no sé de qué estamos hablando —dijo, encogiéndose de hombros—. ¿Me estás tomando el pelo? —preguntó con aire burlón, mirándome fijamente a los ojos.

—Bueno, estarás conmigo en que lo que ha sucedido no es muy usual, y menos aún que los dos lo veamos como algo racional. Además, jamás habría pensado que pudieras ver lo que yo veo. No me diste esa impresión las veces que hablé contigo, más bien lo contrario. Siempre me has parecido un tanto... superficial —le espeté.

—¡Usual! —exclamó, alzando el tono de voz—. Es una palabra muy ambigua, aún más lo es su significado. Ambigua y subjetiva.

»Cuando tu novio y tú visteis el ático por primera vez —continuó—, y luego vinimos a la tienda de mi madre, no dudé en comentaros algunos trucos que ella utilizaba para protegerse. Además, ¿crees que no sé quién ese indigente que deambula por aquí? Lleva merodeando por la zona desde que llegaste, y eso que no lo veía desde que mi madre se fue. Sé que ha venido contigo, detrás de ti. No, no eres muy normal, y yo tampoco lo soy, aunque a veces represente un papel un tanto ridículo, más que nada para protegerme. Di por supuesto que ya te habrías dado cuenta de eso, pero veo que tu intuición aún está muy verde. Soy hijo de una bruja, una bruja como tú. No tengo sus poderes, pero sí he heredado parte de su percepción. Y, como tú, no lo voy pregonando a los cuatro vientos. La gente ha perdido la fe y ahora, a los que vemos más allá de su realidad nos llaman locos. No solo tenemos que protegernos de las artes oscuras, de ese personaje que sigue todos tus pasos, sino también de las personas que no creen en la magia. Todos ellos son igual de peligrosos, créeme. Diana, yo no pretendo aparentar nada que no sea; solo me protejo.

—Lo siento —me disculpé—. Me he precipitado, pero lo he hecho por el mismo motivo que tú, para protegerme. No te conozco lo suficiente. Además, llevo un día extraño. Me he quedado sin trabajo, me han despedido esta mañana, y he pasado la mayor parte del día deambulando por Madrid. No

olvides que, a fin de cuentas, también somos personas atadas a unas necesidades que debemos cubrir. Lo siento —volví a disculparme.

—Bueno, pues entonces todo resuelto. Sigamos con nuestra cotidianeidad —dijo mirando su reloj de pulsera con un gesto de indiferencia—. Se me hace tarde e imagino que tú también estarás cansada después de tanto andar de acá para allá, como me has comentado —apostilló.

—Sí que lo estoy —admití.

—A pesar de la desconfianza que has mostrado, tendré siempre presente que gracias a ti la puerta ha recobrado su forma; aún está viva. Solo por eso voy a confiarte un secreto: la puerta se hizo uniendo cientos de agujas de rueca, agujas de madera que, cuando se desprenden, parecen simples astillas. Tiene siglos de antigüedad, tantos como tu gaveta. En fin, que me siento en deuda contigo. No dudes en pedirme cualquier cosa que necesites. La vida es una cadena de favores y cada uno está obligado a colocar el eslabón que le corresponde —concluyó al tiempo que caminaba, sin mirarme, en dirección a la puerta de salida.

—Me gustaría que me alquilases el local. Quiero regentarlo. Quiero hacerlo como lo hacía tu madre —le dije, temerosa de su reacción, porque sabía que para él ese lugar era una especie de santuario.

No me respondió. Ni tan siquiera hizo gesto alguno que evidenciara que había oído mis palabras. Levantó la mano invitándome a salir de la tienda y se dirigió al cuadro de luces. Bajó los interruptores y cerró la puerta. Yo lo esperaba en la acera, a él y la respuesta a mi petición. Pasó a mi lado y caminó hasta llegar a su coche, que estaba estacionado a unos dos metros. Abrió la puerta y me miró.

—Lo pensaré —me dijo—. Tengo que pensarlo.

Luego entró en el vehículo y arrancó el motor. Ni tan siquiera esperó una respuesta mía. Me sonrió y levantó la mano en un gesto de despedida, acompañado de un guiño y una sonrisa, que me proporcionaron cierta esperanza.

CAPÍTULO 12

Senatón me recibió maullando. Estaba hambriento y desorientado. Había pasado demasiado tiempo solo y encerrado.

—Hola, bichito —le dije, levantándolo en brazos—. Tengo que abrir una gatera para ti, aunque me cuesta decidirme, porque lo mismo te me escapas y vuelves a deambular por los tejados. Y aunque ya estoy acostumbrada a que me dejen, me dolería mucho que tú lo hicieses —le expliqué mirándolo a los ojos y acariciándole la cabecita—. Tengo que darte una noticia: me han despedido —le dije, apoyando la barbilla en su cabeza.

Al abrir la terraza con él en brazos se revolvió, dio un salto y salió escopetado al arenero. «Quizás Jessica Rabbit tenga razón y deba poner el arenero en otro sitio», pensé. El pobre estaba que no podía más. «Cómo he podido olvidarme de él», me recriminé, mirándolo. En ese momento, al recordar las palabras de Azucena durante el incidente del arenero en la fiesta, caí en la cuenta de que no sabía nada de Alán. Saqué el terminal de mi bolso y lo conecté mientras me dirigía a la cocina para ponerle a *Senatón* pienso y agua. Esperaba encontrarme el buzón lleno de llamadas perdidas, mensajes de voz y *whatsapps*, pero solo entraron los que Antonio me había enviado, tal como me había dicho momentos antes. Alán no me había escrito, tampoco me había llamado. Marqué su número varias veces, pero tenía el teléfono fuera de servicio. Volví a desconectar mi *smartphone* y lo dejé en la encimera de la cocina. A fin de cuentas, yo tampoco lo había echado de menos, pensé mirando el aparato. Ni siquiera me había acordado de él cuando me dieron la carta de despido. No había tenido presente a Alán ni un segundo de aquel nefasto día e, inconscientemente, pensé en lo que fue, en lo que era y en lo que pudo haber sido nuestra relación.

Le tenía cariño, por supuesto. Había compartido muchas cosas con él. Muchas, pero no las suficientes, me dije al tiempo que tomaba el cuenco rojo

de la estantería, recordando cómo se había formado. Alán desconocía aquellos hechos, esos y muchos otros que ya formaban parte de mi vida. No sabía quién era yo en realidad y lo más probable era que no llegara a saberlo nunca, me dije mientras devolvía el cuenco al estante. *Senatón* entró en el salón y se metió en la gaveta; me senté en el suelo, junto a él, y le acaricié. Mientras lo hacía recordé la conversación que Elda mantuvo con Desmond el día de la explosión: «... tu péndulo, el material del que está hecho, se parece mucho a las cubiertas del libro rojo. Hizo bien en deshacerse de él, porque desde que lo encontrasteis no dejan de suceder hechos extraños, tal como él nos advirtió que pasaría. Y, aunque te moleste, pienso que si tu péndulo es del mismo material que ese libro, deberías hacer lo mismo que ha hecho Ecles con el libro».

Mis pensamientos fueron encadenando hechos y objetos. Primero fue el cuenco. Levanté la vista para comprobar que seguía donde lo había dejado. Era del mismo color rojo y brillante que la piedra del anillo de Amaya, como el péndulo de Desmond y casi idéntico a la cubierta de mi libro.

Me incorporé cuando oí que en casa de Desmond y Ecles empezaba a sonar una canción. La voz era de Pablo Milanés, que interpretaba «Si ella me faltara alguna vez». Me asomé a la terraza. Ecles estaba apoyado en la barandilla. Su enorme figura parecía formar parte de la oscuridad que en aquel momento reinaba en la terraza. Su salón estaba en penumbra, solo se veía una pequeña luz azul que provenía del equipo de música. Lo observé durante unos minutos, en silencio y sin moverme, apoyada en el marco del ventanal. Él estaba quieto, como ausente, mirando la calle. Escuché que tarareaba el estribillo de la canción y que subía un poco el tono de voz al repetir: «Si ella no inundara esta ciudad todo cambiaría de color». Aunque él aún no me había hablado de Amaya, supe que estaba pensando en ella, que aquella canción le recordaba a la florista, a los sentimientos que despertaba en él la japonesa y que había compartido conmigo en otro tiempo.

—Es preciosa —dije cuando la canción terminó—. Me gusta Milanés, mucho —expliqué, caminando hacia él.

—El disco no es mío. Es de Desmond. A él esta canción le recuerda a alguien muy especial, pero no puedo decirte a quién. A mí me recuerda... —Hizo una pausa y miró hacia la calle—. Pero ¿qué haces despierta a estas horas? —me preguntó, cambiando de repente el tema de la conversación. Volvió la cabeza, me miró y frunció el ceño en un gesto claro de interrogación.

—He tenido un día... digamos que desastroso. Me han despedido y de

ahí en adelante todo se ha desbaratado, incluso mi reloj biológico. No tengo ni pizca de sueño. Tampoco apetito —comenté apoyándome cerca de él, sobre la barandilla, y miré hacia la floristería.

—Me llamó «grandullón» —dijo secándose con la yema de los dedos dos lágrimas indiscretas que escaparon sin permiso de sus ojos. Habló sin retirar la vista de la calle, de la tienda—. Amaya se rio al decirlo. No lo hizo con desdén. Fue el típico chascarrillo a deshora. Sé que no hubo maldad en su comentario, pero me dolió. ¿Sabes?, nadie se enamora de un payaso; se ríe con él. ¿En qué estaría pensando cuando me fijé en ella? —se preguntó en tono apagado y con la vista perdida en algún punto del horizonte, como si estuviera pensando en voz alta.

Después se volvió y me miró fijamente a los ojos. Me pareció que esperaba que yo le diese una respuesta.

—Ya veo que tú tampoco has tenido un buen día —le dije, apoyando una mano sobre la suya—. ¿Qué te parece si nos hacemos unas pizzas? Tengo una de verduras y queso en el congelador, y dos tarrinas de helado de chocolate. Si no te gusta el chocolate, también hay de frutos rojos y yogur.

—Y tu novio, ¿no está? —me preguntó, mirando hacia la entrada de mi salón.

—Se ha ido por unos días a recoger tulipanes a Holanda.

—Creía que trabajaba en el sector textil del *retail*.

—Pues sí, pero últimamente le ha dado por la horticultura ornamental —le respondí con una sonrisa burlona.

—Ya. Entiendo.

—Bueno, ¿qué me dices? ¿Me ayudas a vengarme de él terminando con las provisiones? Sé que no te cae muy bien. Te diré una cosa, a ver si te convenzo: los helados son de él —puntalicé, guiñándole un ojo.

—No tienes que invitarme a nada para recuperar tu libro. Y deja de preocuparte por su paradero. No lo he destruido. Ni se me ha pasado por la cabeza. Además, aunque quisiera hacerlo, me sería imposible. El material del que está hecho es indestructible. Sé que es tuyo, porque oí tu nombre cuando lo saqué de la gaveta. También capté que me pedías que raspase la cubierta porque presentías que debajo había algo escrito —me dijo sin venir a cuento.

—No sé de qué hablas —le respondí, desconcertada por el giro que había tomado la conversación.

—No te asustes —me pidió—. Cuando has puesto tu mano sobre la mía, ese anillo que llevas —señaló la alianza de pedida que Alán había dejado

caer dentro de mi vaso de vino la noche que me pidió que viviéramos juntos— ha tocado mi piel y, en ese momento, he visto, sentido y oído parte de lo que te he dicho; el resto lo sabía desde el momento que encontré tu gaveta y el libro. Sé que te puede parecer extraño, incluso incomprensible, pero la vida ya lo es en sí misma. Todos somos un poco incomprensibles y extraños, pero la mayoría lo ocultan. Aunque a mí, con este aspecto de vuelto a la vida, me cuesta más esconder que soy, como tú, un disidente de la realidad. En este edificio todos lo somos... menos tu novio.

CAPÍTULO 13

Mientras horneábamos la pizza y preparábamos la terraza para cenar, me contó, como había hecho antaño, en el otro tiempo que vivimos juntos y que él no recordaba, el accidente que sufrió. Me relató cómo perdió a sus padres y cómo heredó su capacidad para ver y sentir parte del alma y la vida que los objetos atrapaban. Aquella percepción, junto a una decena de cicatrices que marcaban su rostro, como si fuese un muñeco de trapo mal cosido, y su estatura desmedida, había condicionado toda su vida, y aún seguía haciéndolo.

—Hasta esta noche no habíamos hablado, no nos habíamos visto de cerca —me dijo Ecles, refiriéndose a su encuentro con Amaya—. Yo llevaba tiempo contemplándola desde lejos. No tenía valor para dejarme ver. Desmond y Elda siempre me han recriminado mi cobardía. Dicen que soy como el león de *El mago de Oz*, que me falta seguridad en mí mismo. Y tienen razón. Me da miedo su rechazo. No me asusta que no sienta lo mismo que siento yo por ella; eso puede darse y, aunque me dolería, no sería el mismo dolor que el que me produciría que yo la espantase, que me viese como a un monstruo. Como me vieron tus amigos el día de vuestra fiesta. Si ella lo hiciera, me dolería muchísimo más. Tus amigos me dan igual, pero Amaya me importa, lo entiendes, ¿verdad? —me preguntó.

—¡Por supuesto, Ecles! Y déjame que te diga algo muy importante: tú no eres ningún monstruo, pero si sigues pensando así, terminarás siéndolo. Uno es lo que quiere ser, se muestra ante los demás tal y como se cataloga a sí mismo, y así es como lo ven los otros.

—Tu opinión es diferente, Diana. Tus ojos no son iguales, no ven las mismas cosas. Tu mirada es especial, diferente a la del resto. Tú ves más allá de esta realidad, del mismo modo que yo tampoco siento lo mismo que los demás cuando tomo un objeto entre mis manos. Tus ojos y tu mirada son como los de Claudia. Ella veía el alma de las personas, no su físico. No sé cómo es

Amaya, si es como nosotros o como el resto de los mortales, para quienes solo cuenta lo material, lo superficial. Es probable que me haya enamorado, que haya cometido el error de enamorarme de alguien muy diferente a mí.

—No creo que sea tan diferente —le dije, recordando el anillo que la chica llevaba en el dedo anular.

—No entiendo a qué te refieres.

—Creo que compartís más cosas de las que crees. De hecho, estoy convencida de que si intentarás relacionarte más con ella, tal vez te sorprenderías.

—Si Desmond no hubiese recogido el espejo para mí, ni siquiera me habría visto —me dijo al tiempo que señalaba el gran espejo de pie que estaba en su terraza. Me fijé en que el marco estaba a medio lijar y me imaginé que Ecles lo estaba restaurando—. De no ser por el espejo, Amaya ni siquiera se habría dirigido a mí.

»Me dijo: “Grandullón, ¿ya cabes en el espejo que Desmond se llevó para ti?”. Y yo, nerviosísimo, tragué saliva y me atraganté. Tosí y, en cuanto logré recuperarme de la congestión, le respondí que no, que me faltaban unos centímetros y que tenía que agacharme para verme entero. Por desgracia lo hice con un tartajeo absurdo, porque yo no soy tartamudo, y sudando como un condenado. Ella se me quedó mirando con gesto incrédulo. Seguramente pensaba que, además de feo y demasiado grande, soy idiota.

—Bueno, tampoco es tan grave—le dije, dejando escapar una risita al imaginar la escena.

—No te burles —me pidió en un tono tan imperativo y tan serio que me pareció una orden—. A mí no me hace gracia, ni un poquito de gracia. Si lo sé no te lo cuento. Eres como Elda, te burlas de mi inocencia.

—Ecles, créeme, no es para tanto. Pero lo cuentas de una forma tan gráfica que lo he imaginado y me ha parecido gracioso. En ningún momento pretendía reírme de ti, pero es que tal como has descrito la situación resultaba tan cómica... —le expliqué apoyando la mano sobre su pierna, y volví a reírme sin querer—. ¡Lo siento! ¡Lo siento! —me apresuré a decir al ver su gesto malhumorado.

Esperaba que se levantase ante mi falta de tacto o que se enfadase más de lo que estaba, pero me sorprendió cuando dijo:

—La verdad es que, si lo pienso, si me imagino tartamudeando ante ella, también me da la risa. Soy un patoso.

—Míralo de otra forma, por otra vertiente. Ya te ha visto de cerca,

habéis hablado. Y sí, eres un grandullón —dije palmeando su enorme espalda, en la que mi mano pareció perderse—, un grandullón encantador. Si no le gusta tu físico, peor para ella. Pero, aun y así, puedes intentarlo, no darte por vencido. El amor muchas veces surge de la forma que menos esperamos. Ese manido «a primera vista» que todo el mundo alaba no siempre funciona, la mayoría de las veces su fecha de caducidad llega en el mismo momento en que lo empezamos a degustar. Como diría mi amiga Samanta, es un simple fuego de artificio. Precioso, lleno de colores y formas mágicas, pero efímero.

—Pero yo me enamoré de ella el primer día que la vi, y cada día me gusta más —adujo.

—Ya, pero yo no descartaría la posibilidad de que se enamore de ti cuando te conozca realmente. Nunca hay que tirar la toalla, ni tan siquiera hacer el amago de dejarla caer antes de haber luchado con todas tus fuerzas por lo que quieres. Y, para serte sincera, parece que tú te has rendido antes de que haya comenzado el primer asalto.

»Por cierto, ¿he de descartar yo que algún día me digas dónde está mi libro? —le pregunté alzando la copa de vino y acercándola a la suya con la intención de brindar.

De pronto, una voz interrumpió nuestra conversación.

—A este paso, cuando termines de lijar ese marco, habrás crecido y al espejo le faltará más de un palmo para que tu cabeza se refleje en él —dijo Desmond desde su terraza—. Espero que no me estés puenteando —señaló en tono irónico. Me miró al decirlo y después le guiñó el ojo derecho a Ecles, que sonrió.

»Hola, escocesa, ¿dónde se ha metido tu chico? —preguntó saltando el murete de ladrillo que separaba nuestras casas.

—Recogiendo tulipanes en Holanda —le respondió Ecles, burlón.

—Genial. Entonces, ¿me invitas a una copa? —preguntó cerca de mí. Muy cerca.

CAPÍTULO 14

Qué poco sabía de Desmond, pensé mientras me dirigía a la cocina en busca de una copa para él. Conocía la historia de Elda y de Ecles, incluso Antonio, en cierto modo, se había sincerado conmigo, pero Desmond era un completo desconocido. Sin embargo, cuando estábamos cerca, cuando le oía hablar o le miraba, tenía la sensación de que lo conocía desde siempre, que ambos formábamos parte de un mismo destino y que, incluso, habíamos vivido los mismos acontecimientos en el mismo espacio temporal. A veces imaginaba que el tiempo había gestado nuestro destino al unísono y algo nos había separado en contra de nuestra voluntad, pero que, a pesar de ello, los dos, inconscientemente, nos buscábamos una y otra vez. Mientras le servía el vino, sonreí pensando una vez más en ello, en ese algo desconocido e inmaterial que hacía que me sintiese cada vez más a gusto a su lado.

—¿Has tenido tiempo de darle un vistazo a los libros que te dejé? —me preguntó sin dejar de mirar el vino que caía en su copa, abstraído en su color rojizo y en el sonido acuoso que producía el líquido al caer dentro del recipiente de cristal. Era tal su ensimismamiento que parecía no estar allí, con nosotros.

—Le he regalado la gaveta. Bueno, se la he devuelto porque era suya —dijo Ecles, acercándose su copa para que se la rellenase.

—Si tú lo dices... —le respondió Desmond con cierto tono de ironía—. Siempre has sido muy observador, y la gaveta tiene una «D» grabada en su base que, curiosamente, coincide con la inicial de tu nombre, escocesa —dijo, mirándose fijamente.

Tras unos segundos retiró la vista y acercó su copa a la mía, que estaba sobre la mesa, y las entrechocó a modo de brindis.

—Sí, claro. Ahora me vas a venir con que también puede ser tuya porque la inicial de tu nombre es la misma —respondió Ecles con escepticismo—. No

hace falta que disimules, Desmond. Diana está al corriente de lo que me sucede cuando tomo en mis manos ciertos objetos. Como sabes, no me pasa con todos, solo con algunos, y su gaveta es uno de ellos.

—¿Y tú qué crees, escocesa? ¿Ha hecho bien nuestro amigo Ecles en desvelarte su secreto? —me preguntó Desmond, mirándome de nuevo a los ojos—. ¿O se ha precipitado y ahora está en peligro?

—Mira que eres idiota —se adelantó Ecles—. ¡Qué manía tenéis de tratarme como si fuese un niño inocente e incauto! —protestó, molesto.

Lo miró ceñudo y se levantó de la mesa. Cogió la copa de vino y, moviendo la cabeza de un lado a otro, se fue hacia la barandilla de la terraza. Desmond y yo nos quedamos frente a frente.

—¿Se puede saber por qué lo has tratado así? —le recriminé—. Al menos él ha compartido conmigo parte de su vida. En cambio tú actúas como un desconocido y te tomas las atribuciones de un amigo. ¿O es que te ha molestado que me regale la gaveta?

—Solo me preocupo por él. Es demasiado imprudente en sus comentarios cuando habla sobre su intimidad. Dar a conocer algunos detalles tan personales de forma gratuita le puede acarrear problemas. No es por ti, Diana, es porque quiero que se conciencie de la repercusión que, en algunas ocasiones, pueden tener sus palabras.

—Bueno, si me lo ha contado será porque confía en mí. No sé qué tiene eso de malo. A veces también es necesario desahogarse con cualquiera, no hace falta que sea un amigo íntimo —le respondí sin mirarle mientras recogía la mesa.

Me encaminé a la cocina.

—Le gustas —me dijo Ecles bajito mientras caminaba detrás de mí con los cubiertos en la mano—. Y se pone un poco tonto cuando tú estás cerca. Desmond se siente atraído por ti desde que te vio. Estoy seguro de que solo quería que le contases algo sobre ti; quién eres, qué has hecho antes de vivir aquí. Apuesto lo que quieras a que por eso sacó a colación el tema de la gaveta. Lo hizo para sonsacarte, para que te sintieses molesta y le contases algo más de ti. Tú también quieres saber más cosas sobre él. Eso no puedes negármelo. Se nota a la legua que os gustáis —me dijo, tomando mis manos entre las suyas.

—Eso es porque te quiere mucho y sabe que al que cuenta estrellas le salen verrugas —le respondí riéndome, al tiempo que, sin saber por qué, contenía las ganas de llorar.

—Eso mismo decía mi abuela —respondió sorprendido—. Elda y Desmond se burlan de mí cuando lo digo, pero ves, ¿ves?, no soy el único que lo sabe.

Era tan grande como pequeño, pensé mirándolo y sonriendo con él. Entrañable, inteligente, pero débil en sus emociones, me dije, y me empujé para darle un beso en la mejilla, aunque él tuvo que agacharse porque, aun y así, yo no llegaba.

—Eres un sol de los que calientan y no queman —le dije al oído—. Gracias, Ecles. Muchas gracias por tu amistad.

—Quizás algún día te deje ver ese libro de cubiertas rojas tan peculiares, pero debes ser paciente y esperar a que yo esté seguro de que es el momento adecuado. No es que desconfíe de ti, créeme, pero debo ser cauto. Aún no te conozco lo suficiente. No sé las intenciones que puedes tener. En eso estarás de acuerdo conmigo.

—Sí, sí, por supuesto, a mí me sucedería lo mismo —le respondí, sorprendida por unas explicaciones que no había pedido y que en aquel momento consideré que no venían a cuento.

—Cuando Desmond y yo arreglamos el escape de agua y encontré la gaveta en el altillo, leí el texto que se ocultaba en la cubierta y también supe de dónde venía, en qué momento y lugar se creó. Ese libro no pertenece a este mundo ni a este tiempo, Diana. No quiero que te suceda nada malo. Tú eres muy especial, eres...

—Una bruja de las que no vuelan en escoba porque lo hacen en ala delta —le interrumpió Desmond, que en ese momento entraba en la cocina con *Senatón* en brazos—. Sus escobas las utilizan para decorar el dintel de la puerta de entrada de sus casas. Una bruja contemporánea. Una bruja real que nada tiene que ver con las estúpidas leyendas que nos han contado.

No le respondí. Cuando dijo «una bruja», sentí algo en mi interior que me paralizó. Mi corazón pareció detenerse por unos segundos y volví a verme junto a él en un lugar que no conocía, abrazados, llorando y maldiciendo nuestro destino.

—Trae —dije quitándole a *Senatón* de los brazos.

Cuando me acerqué a Ecles, el gatito bufó.

—La escoba que tienes sobre el dintel es de Claudia, ¿verdad? —me preguntó.

—Sí. Me la ha regalado Antonio. Le he propuesto que me arrende el local de su madre. Espero tener suerte y que lo haga, si no es así, no sé qué

voy a hacer. Esta mañana me he quedado sin trabajo —expliqué.

Sonrió como si supiera que le estaba mintiendo y miró hacia la terraza. Lo hizo como si buscara la aprobación de Claudia a mis palabras, como si ella estuviera allí y él pudiera verla. Incluso pensé que ella ya le había dicho que me había dado su escoba.

—Pues no sé qué decirte, Diana —dijo Ecles—. No te hagas muchas ilusiones. Para Antonio la tienda es un santuario. Veré si puedo echarle una mano y convencerlo para que te la alquile. Sería estupendo que se volviera a abrir y que lo hicieras tú. Hace tiempo que lo necesitamos. Cada día que este edificio pasa sin la presencia de Claudia parece morir un poco. Tal vez tú puedas devolverle la magia que está perdiendo.

—Antonio me ha llamado. Quería saber qué opinión tenía de ti —dijo Desmond, mirándome—. Le dije que lo único que no me gustaba de ti era tu chico, pero que de seguro no lo aguantarías mucho más tiempo a tu lado. No tenéis nada en común. Él no es como nosotros. Ni como tú, escocesa.

CAPÍTULO 15

Lejos de sentirme incómoda o desconcertada por todo lo que Ecles me había contado sobre mi libro y la gaveta o por el comentario de Desmond sobre que yo era una bruja, la sensación que tuve fue como si durante años hubiese llevado una pesada carga y de pronto la hubiera soltado. Al menos ellos no eran como el resto, pensé; se parecían un poco a mí, y aquello, en cierto modo, me tranquilizó.

—Gracias —le dije en respuesta a la opinión que le había dado a Antonio sobre mí.

—No tienes por qué dárme las, Diana. Es imposible que yo diga nada malo de ti o que pueda perjudicarte, no solo porque me pareces preciosa, sino también porque no sería justo —me respondió guiñándome un ojo.

—Puedes llamarme «escocesa». Me gusta que lo hagas.

—¡Qué bien! —exclamó Ecles—. Me teníais preocupado. Noté cierta tirantez en vuestros comentarios y me resultó incómodo, porque me gusta que estéis bien, que todos lo estemos. Además, Diana, quería invitarte a la fiesta del equinoccio, y si estabais enojados, habría sido violento para vosotros y para mí. O sea que lo celebraremos juntos; porque vendrás, ¿verdad? —preguntó mirándome con gesto de súplica, temeroso de que yo rechazase su invitación.

—¡Por supuesto que iré! —exclamé sin dejar de mirar a Desmond, que a su vez no apartaba la vista de mí. Me observaba tal y como lo había hecho aquel día, en el tiempo que vivimos juntos, durante la primera cena que celebramos los cuatro en mi ático.

Y, de repente, como si alguien hubiese chasqueado los dedos y lanzado un conjuro, la normalidad se instaló entre nosotros. Ninguno de los tres volvió a tocar los temas de los que habíamos hablado anteriormente.

Terminamos de recoger juntos la cocina y la terraza. Reímos cuando

Ecles le recriminó a *Senatón* que lanzase un bufido cada vez que pasaba a su lado. Agachado frente al gatito, le contó el porqué de su aspecto y su altura. Convencido de que este le entendía, como si estuviera hablando con un niño pequeño, le explicó que aunque él fuese grande y feo, tenía un gran corazón, y que si se hacía su amigo le protegería de otros peligros, sobre todo de la gente que es hermosa por fuera y horrenda por dentro. Le habló bajito, despacio y gesticulando en exceso. *Senatón* pareció entenderlo, porque se le acercó y restregó la cabeza contra él. Y el grandullón, nuestro grandullón, lo aupó en brazos por primera vez.

Charlamos durante unos minutos más sobre la situación económica que yo tenía que afrontar y la posibilidad de que Antonio me arrendase el local; de cómo iba a pagar el alquiler en el caso de que él aceptase mi propuesta. También sobre la florista y la falta de aplomo que mostraba Ecles. Él se molestó por nuestros insistentes comentarios sobre su actitud. Nos dio la razón, pero incidió en que le incomodaba que se lo repitiésemos tantas veces, porque pensaba que lo tomábamos por un incauto. Admitió que tal vez él fuera cobarde, pero aseguró que no tenía ni un pelo de tonto. Que quizás por ello, porque veía las cosas antes de que sucediesen, sentía temor, puntualizó enfadado. Yo le di mi palabra de que si era capaz de invitarla él mismo a la fiesta del equinoccio de septiembre, sin la ayuda de terceros, jamás volvería a tocar el tema. Lo hice porque sabía que Ecles deseaba desde hacía tiempo que Amaya estuviese entre los invitados.

—Lo intentaré, aunque la recompensa que me ofreces no me atrae mucho, es demasiado difícil que la cumplas. Estoy seguro de que volverás a recriminarme la falta de confianza que tengo en mí mismo —expuso, convencido de lo que decía—. Si hoy he tartamudeado, cuando intente invitarla me quedaré sin voz.

—De aquí al equinoccio tienes tiempo para enmudecer, tartamudear y, si fuese necesario, hasta para aprender esperanto para comunicarte con ella. Eso sí, no vayas a mandarle un ramo de flores —le dije con cierta guasa—. Aún quedan muchos días, campeón; a por ellos, que son pocos y cobardes —concluí, dándole una palmadita en el brazo.

—¿Ellos? —preguntó sorprendido, mirándome y encogiéndose de hombros—. ¿Quiénes son «ellos»?

—Tus miedos, Ecles —le aclaró Desmond.

—No tengo miedo. No sé de dónde habéis sacado eso de los miedos. Soy cobarde, lo reconozco, pero no tengo miedo, solo inseguridad. Por

supuesto que ni se me ocurre mandarle flores, y no porque sea florista, sino porque no soporto que se le robe la vida a nada.

—Pues te has enamorado de una florista. Es un tanto irónico —expuso Desmond, guiñándome un ojo.

—Amaya no es florista, lo son sus padres. Solo los ayuda en el negocio por las tardes. Tú me lo dijiste —puntualizó, mirando a Desmond—. Y ya que insistís tanto, sabed que ya le he mandado un obsequio. Le he regalado la piedra roja que encontré en el altillo del armario, la que se cayó del lateral de la gaveta, el pentagrama.

—Te dije que lo guardases junto al libro. ¿Cómo se te ocurrió dárselo a Amaya? Eres un inconsciente—le recriminó Desmond, molesto.

—La mandé engarzar en un anillo de plata y, curiosamente, le queda a la perfección, la medida es la suya —dijo haciendo un gesto con las cejas para indicar que se sentía orgulloso por ello—. No sabe que se lo he regalado yo, si es eso lo que te preocupa. Se lo envié hace tiempo, sin remite. Ahora lleva un pedacito de mí con ella. Algún día le diré que fui yo quien se la regaló. Cuando me conozca de verdad, cuando consiga que me vea por dentro —dijo, esta vez dirigiéndose a mí.

Desmond movió la cabeza de un lado a otro, pensativo.

—Ecles, la piedra no es de Amaya, no lo era, jamás lo fue y nunca lo será. Deberías haberme hecho caso y dejarla junto al libro.

Yo permanecía inmóvil mirándolos. No sabía qué hacer ni qué decir. Por unos momentos estuve a punto de decirle a Ecles que aquella piedra era mía, igual que lo era la gaveta y el libro y que no entendía por qué se la había regalado a Amaya, pero recordé las palabras de Claudia indicándome que aprovechase lo que sabía y, muy a mi pesar, callé.

—Creo que deberíamos dejar esta discusión para otro día y otra hora, ya es tarde y todos estamos cansados —los interrumpí.

—Estaría bien que nos viésemos más, aprovechando que tu chico estará unos días cultivando tulipanes —me dijo Desmond camino de la puerta—. ¡Eres tan diferente cuando no está él!

—¿Qué te pasa, vampiro? —le pregunté—. Hoy no saltas la valla de ladrillo para regresar a casa. Vuelves como un mortal cualquiera —bromeé.

—Tengo una cita ahí fuera, con el firmamento. Voy a contar unas cuantas estrellas antes de que el sol las haga desaparecer, ¿quieres acompañarme?

—No es buena idea. Estoy agotada y lo más probable es que me quede dormida durante el primer conteo —respondí sin mentirle.

Estaba desconcertada. Necesitaba descansar y, sobre todo, recapacitar, tomar las riendas de mi vida que, una vez más, parecía desbocarse ante mis ojos. Me sentía aturdida por el hecho de conocer el paradero de la piedra. No sabía qué podía significar que la tuviese Amaya, qué circunstancias podía ocasionar ni cómo iba a recuperarla.

Debía convencer a Ecles para que me dijese dónde había guardado mi libro. Meditar sobre cómo negociar con Antonio el alquiler del local. Y, quizás, retomar la investigación sobre mis orígenes, aunque aquello ya no me importaba tanto. Tenía el presentimiento de que tarde o temprano, sin necesidad de hacer nada, los acontecimientos me llevarían a una resolución.

Mientras pensaba en todo aquello me dirigí a la cocina y cogí mi teléfono móvil. Tal vez debería hablar con Alán sobre nuestro futuro, sobre la relación que, estaba segura, él mantenía con Azucena. Aquello me parecía lo más complicado. Era arriesgado porque cabía la posibilidad de que se me escapase algún dato que no debía comentar. Si volvía a crear una paradoja, mi historia, la historia de una bruja contemporánea, como me había llamado Desmond, se volvería a repetir. Lo haría tal y como me había advertido Claudia: una y otra vez y con acontecimientos imprevisibles, pensé mientras introducía la clave para conectar mi terminal.

CAPÍTULO 16

Hablé con Alán al día siguiente, por la mañana. Me despertó temprano y se disculpó por no haber podido llamarme el día anterior. La conversación fue breve porque tenía una agenda muy apretada, o al menos eso me dijo. No le comenté nada sobre mi despido, omití lo que me había sucedido. Le dejé hablar como en un monólogo, como si mi vida y lo que me sucediera fueran un adenda sin valor que se había añadido a un contrato entre ambos ya vencido. Al final oí un «te quiero» que me sonó distante y monótono, casi impostado. Creo que mi respuesta, «yo también», fue igual de insulsa que las pocas frases que habíamos intercambiado y en las que faltó cercanía, complicidad, interés y, sobre todo, añoranza. En ningún momento de la conversación se hizo patente esa necesidad que suelen tener las personas que se quieren y están alejadas físicamente.

A pesar de todo lo que sabía, de que ya no sentía atracción por él, seguía doliéndome lo que sucedía entre nosotros. El cómo, la manera en que me estaba engañando, continuaba haciéndome daño y, aunque lo intentaba, no conseguía desvincularme de aquel dolor, de la duda de si en algún momento de nuestra relación me había amado como afirmó y manifestó en repetidas ocasiones.

Saber demasiado era peligroso y complicado, pensé mirando el terminal, imaginando a Azucena junto a él, sonriente. Y tuve que contenerme para no volver a llamarlo y decirle que nuestra relación había terminado, que ya no podía más con todo aquello.

Me enteré de la muerte de Duncan por Samanta. Al escucharla recordé mi primer encuentro con él en el metro de Madrid, en la estación de Cuatro

Caminos. En aquella realidad paralela, me advirtió de que fuera con mucho cuidado si tenía en mi poder el auténtico evangelio de las brujas.

Samanta me llamó al mediodía, impresionada por la noticia que le había dado su amigo Andreas desde la Universidad de Glasgow, en Escocia. La llamó para informarla de que habían encontrado a Duncan sin vida sentado en uno de los bancos del metro, en la estación de Cuatro Caminos, en Madrid. Provisionalmente lo identificaron como Duncan Connor, según acreditaba la documentación que llevaba en su cartera, desaparecido en aquella misma estación de metro en 1995, hacía veintidós años.

Las pruebas de ADN aún estaban por verificar. No había familiares con los que cotejar las muestras. Tras localizar a su mujer, Virginia, en uno de los albergues de la ciudad, ella se negó a reconocer el cuerpo y a hacerse cargo de él. Alegó que su marido aún seguía vivo, vagando por aquella estación de metro. Entre la documentación que hallaron en su cartera estaba la dirección de Andreas, el amigo de Samanta y profesor de Ciencias Sociales en la Universidad de Glasgow, y eso, unido a la evidente merma de las facultades mentales que presentaba Virginia, motivó que se pusieran en contacto con él. Andreas había sido quien me remitió la documentación sobre Aradia y el evangelio de las brujas que Duncan había ido recopilando durante años.

—Mi amigo Andreas está destrozado. Viajará a Madrid para encargarse de la repatriación de los restos mortales de Duncan y para llevarse a Virginia de vuelta a su país. Según me ha contado, la pobre está muy mal. Sigue creyendo que su marido está en esa estación y afirma verlo algunos días, siempre en el mes de agosto, el mismo mes en el que desapareció. ¡Qué lástima!

»Le he dado tu dirección y teléfono a Andreas por si necesita algo. Espero que no te importe que lo haya hecho, pero lo he visto tan afectado y perdido que, al no estar yo en España, he pensado en ti, porque creo que Virginia no le será de gran ayuda, más bien al contrario, sufrirá mucho al verla. Imagina el trago que va a pasar.

La escuché sin poder articular palabra, impactada por la noticia. No podía creer que Duncan hubiera muerto, no era posible, me dije. Él no estaba en este tiempo. Se había quedado parado en aquel pasado y ahí debía permanecer, pero todo evidenciaba que no era así, que había sucedido algo que lo devolvió al espacio temporal en el que estábamos su mujer, Virginia, y también yo. Mientras escuchaba a Samanta pensé en Virginia, en su estado, en cuánto habría sufrido al recibir la noticia. Era evidente, me dije, que el amor

que sentía por su marido le había robado la razón, esa lógica que le hubiera permitido reconocerle y aceptar su muerte, admitir que se había ido para siempre, que ya no volvería a compartir más viajes acurrucada como un perrillo abandonado junto a él, ante las miradas indiferentes de los demás viajeros del metro.

—Tengo que encontrarla cuanto antes —se me escapó en un susurro que Samanta no alcanzó a oír.

Me sentía muy inquieta por la noticia.

—Por supuesto que no me importa —le dije después de carraspear, intentando esconder tras mis palabras aquel pensamiento, aquel deseo de ayudar a Virginia, de dar con ella cuanto antes.

—¡Gracias! —me respondió mi amiga, claramente acongojada—. ¿Sabes?, yo no lo conocía personalmente, pero sé que era una buena persona. Andreas lo quería muchísimo, eran como hermanos, y yo aprecio un montón a Andreas. Su dolor es como si fuese mío, de no ser así, no te lo habría pedido, no me habría tomado la libertad de darle tu teléfono y tu dirección. No sabes cuánto te agradezco que te encargues de que esté bien. Eso sí, hazlo sin que te incomode en tus horarios y obligaciones laborales. Ya sé que la situación en la empresa está delicada y por nada del mundo quisiera causarte más problemas.

—Por el tiempo no te preocupes. Ahora dispongo de todo el que necesite. Ayer me despidieron —le comuniqué.

—¿En serio? No puedo creérmelo. Lo siento. Aunque... si te soy sincera, pienso que al final será beneficioso para ti. Esa empresa de poca monta es tóxica, siempre he creído que tiene algo que emponzoña la iniciativa, que convierte al que trabaja en ella en una especie de robot esclavo. Bueno, qué de tonterías digo, si los esclavos no tienen iniciativa, no les dejan tenerla, por eso lo son.

»Espero que Alán se lo haya tomado bien. Imagino que hasta que encuentres otro empleo, os alcanzará con su sueldo para manteneros, quiero decir que no tendréis problemas. Ya sabes, los problemas económicos pudren hasta la fruta de cerámica.

—Aún no he hablado con él sobre ello. Está en Holanda, en uno de esos encuentros que hacen cada seis meses. Y se ha llevado con él a su compañera, la mosquita muerta que escupe margaritas de colores chillones por la boca.

—¡Que escupe margaritas por la boca! —Se carcajeó—. Explícame eso, por favor, qué risa.

—Sí, es tan tonta, tan de plástico... Sobreactúa de una forma que solo le

falta escupir margaritas de colores chillones por la boca. Te juro que cuando habla no puedo evitar imaginarme cómo resbalan por sus labios.

—Ja, ja, ja, ja. Me matas —me respondió sin poder reprimir las carcajadas.

—Sí, sí, riete, pero la muy arpía está con él. Lo sé. Aunque Alán me lo niegue por activa y por pasiva, sé que están juntos, que ya se han liado. No sé el tiempo que voy a seguir con esto, cuánto voy a poder soportar su engaño, que es lo que más me duele.

—No te precipites, ni se te ocurra hacer o decir nada en caliente. Primero has de tener todos los cabos bien atados. En tu situación no puedes permitirte hacer tonterías. Dejarte llevar por el orgullo sería una estupidez, ellos no lo hacen. ¿Por qué crees que aguantan tanto con sus mujeres mientras les prometen a las amantes que se separarán, cuando en realidad ni se les pasa por la cabeza? Pues es por simple interés económico, nena. Y tú también tienes que velar por el tuyo. Si estás tan segura de que te es infiel con la escupe margaritas, deja que sea él quien se marche. Ni se te ocurra abandonar ese ático, que es una auténtica ganga. Y, mientras tanto, busca trabajo como una loca. No tengo la menor duda de que lo vas a encontrar...

Cuantísimo la echaba de menos, pensé mientras escuchaba su perorata de rigor, aquella arenga que tanta falta me hacía siempre, sobre todo en aquellos momentos. Algún día tendría que contarle todo lo que no sabía de mí. Samanta no se merecía desconocer una parte tan importante de mi vida, no se merecía que le ocultase nada, absolutamente nada, pero aún no podía compartir con ella todo lo que me sucedía, debía ser paciente y pragmática, tal y como ella me aconsejaba.

Colgué el teléfono con la promesa de tenerla informada de todo. Me vestí y me calcé las deportivas más cómodas que tenía, unas Adidas Ultraboost, modelo Laceless, que me había regalado Alán y que no había utilizado porque su precio me parecía desorbitado para unas deportivas y usarlas me producía cierto remordimiento. Pero aquella ocasión se lo merecía, me dije.

—Yo me lo merezco —verbalicé mientras me miraba en el espejo.

Salí a la calle en dirección al metro. Iba a buscar a Virginia y la encontraría, pensé segura de mí misma. Levanté la mano y respondí al saludo de Amaya, que ese día, contrariamente a lo habitual, estaba por la mañana regentando la floristería.

CAPÍTULO 17

Cogí la línea 6 en Argüelles y me dirigí a la estación de Cuatro Caminos, el lugar donde había visto a Virginia por primera vez. Sabía que era improbable que estuviera allí, pero tenía la esperanza de encontrarla, de que el destino o el azar volvieran a juntarnos.

Samanta no tenía datos de dónde se hallaba Virginia en aquel momento, porque Andreas no le había dado indicaciones precisas de su paradero. Sin embargo, por lo que me había comentado mi amiga durante nuestra conversación, era evidente que Andreas sabía dónde estaba la mujer. Podría haberle pedido a Samanta que sonsacara al profesor, pero fui prudente y callé. Era más seguro buscar a Virginia por mi cuenta y en el más absoluto anonimato antes de que Andreas llegase a España. De lo contrario, no lograría hablar con ella con total libertad sobre su marido y sobre lo acontecido antes y después de que Duncan falleciera. Lo más probable era que, si Virginia y yo conversáramos de todo eso delante de ellos, me censuraran por mi falta de tacto o incluso pensarán que había perdido la razón, como ya especulaban y daban por hecho que le había sucedido a la pobre mujer.

No me senté ni me quedé en un sitio fijo, sino que fui caminando de vagón en vagón durante el recorrido de cuatro estaciones que separaban Argüelles de Cuatro Caminos, buscándola entre la gente, en el suelo, en los recodos, pero Virginia no estaba en aquel tren. Tal vez estaría en el siguiente o en los que continuarían pasando aproximadamente cada cinco minutos, recorriendo uno tras otro y sin descanso la línea 6, la circular, como gusanos dentro de un túnel. Encontrarla era como buscar una aguja en un pajar, me dije desanimada. Al llegar a Cuatro Caminos me apeé y anduve por el andén de arriba abajo durante unos minutos, mezclándome con la gente que se apeaba de los trenes o subía a ellos.

Durante aquellos breves paseos recordé algo que Virginia me había

comentado: que no tenía ingresos, que había consumido todos sus ahorros en los viajes y en costearse la estancia en Madrid mientras buscaba a su marido. Si era así, y teniendo en cuenta la situación en la que se encontraba cuando la conocí, lo más probable era que estuviera alojada en un albergue, pensé. Me senté en uno de los bancos y saqué el ordenador portátil de mi mochila. Lo conecté a la red y busqué los albergues cercanos a la estación. Tendría que ir uno a uno preguntando por ella, pero no me importaba, porque el tiempo era lo único que me sobraba en aquel momento.

—Señorita, se le han caído las llaves —dijo una voz masculina a mi lado.

Al retirar la vista de la pantalla del ordenador vi las botas y el pantalón del uniforme de un guardia de seguridad del metro, que en ese momento estaba en cuclillas. Recogió las llaves del suelo y, sin abandonar su posición, todavía agachado frente a mí, me las tendió.

—¡Usted! —exclamé eufórica, como si lo conociese de toda la vida y aquel encuentro fuese una grata sorpresa.

—¿Se encuentra bien? —preguntó él, levantándose.

Imaginé que mi actitud al verlo lo había desconcertado.

—Sí, gracias. Estoy perfectamente, mejor que nunca. Le estaba buscando..., bueno, no exactamente —intenté explicarme al ver su gesto de sorpresa—. Busco a una mujer a la que usted conoce.

—¿Yo? —Se encogió de hombros y enarcó las cejas.

—Es una indigente. Se llama Virginia y, por lo que vi un día, usted suele invitarla a desayunar churros. Hace unos días su marido falleció aquí, en uno de estos bancos.

—¿Es usted periodista? —me inquirió en un tono que me pareció reprobatorio.

—No, no, para nada. Usted no me recordará, pero hace un tiempo, no puedo decirle si han pasado días o semanas, Virginia me estaba pidiendo unas monedas y usted se la llevó.

—No la recuerdo. Pero... ¿para qué quiere localizarla?

No supe qué responderle. Todo lo que podría haberle contado, dados los acontecimientos, le parecería extraño, fuera de lugar, y desconfiaría aún más de mí, pensé. Me quedé en silencio, mirándolo, y en ese instante dos mujeres se situaron entre los dos e interrumpieron nuestra conversación. Cada una llevaba una escoba, ambas artesanales y burdas. El mango estaba confeccionado con la rama de un árbol y las cerdas eran ramitas secas atadas

con una soga de esparto.

—La voy a colgar sobre el dintel de la puerta, como nos ha dicho la bruja —le dijo una a la otra sacando la escoba del papel en el que estaba medio envuelta—. Ya sé que puede parecer una tontería, pero esta escoba tiene algo especial, lo noto. No es como las demás.

—Yo me la voy a llevar a la oficina y voy a mandar a la «genia» de mi jefa a barrer un desierto. Somos meigas, querida, habrá que hacer uso de nuestra condición —le respondió la otra. Al decirlo, se volvió y me miró fijamente durante unos segundos.

—A barrer un desierto —murmuré, y recordé a Azucena sacudiéndose la arena que *Senatón* le lanzaba sobre los pies.

Cerré los ojos y visualicé al vigilante del metro dándome los detalles que sabía acerca de Virginia, sonriéndome y estrechándome la mano como si fuésemos viejos conocidos y estuviera encantado de prestarme ayuda. «Soy una bruja y puedo hacer uso de mi condición», me dije.

—Desde que encontraron a su marido, no la he vuelto a ver por aquí. Gracias a Dios que aquel día ella no estaba en la estación. Yo no estaba de turno, pero me enteré de todo; aquí las noticias corren como la pólvora. Se revisaron las grabaciones para verificar los movimientos del hombre. En ellas se le ve salir del vagón y sentarse en el banco, como si estuviese agotado, exhausto. Debía de encontrarse mal, eso está claro. Luego no hay nada más de importancia, solo lo de siempre: la indiferencia. La gente pasaba a su lado, incluso hubo quien se sentó junto a él sin percatarse de nada. Seguramente ya había fallecido. Parece algo normal, un suceso que, desgraciadamente, se da con más frecuencia de lo que la gente cree, pero para mí esta historia es muy extraña.

—¿A qué se refiere?

—A lo que contaba Virginia. Ella creía que su marido viajaba en uno de los vagones de esta estación. Él desapareció aquí hace veintitantos años..., no sé si lo sabe —comentó. Asentí en silencio—. En ese momento fue Virginia quien denunció su desaparición. Incluso estuvo vigilada. Era la primera sospechosa. ¡Pobre mujer! Y ahora, de repente, él aparece, veintidós años después y en la misma estación de metro, con la misma ropa, los documentos que llevaba en aquel momento y un periódico de entonces. ¿No le parece extraño?

—Sí, un poco raro sí que es —admití.

—Virginia es una mujer extraordinaria. ¿Sabe?, le tomé cariño.

—¿Tiene idea de dónde puedo localizarla? Algún albergue, una zona determinada o a una hora en la que frecuente algún lugar concreto. Un parque, una salida de metro o parada de autobús —le pregunté.

—Que yo sepa, el último sitio en el que estuvo fue el Centro de Acogida San Isidro. Está en el Paseo del Rey, 34. Es uno de los mejores que hay. Ofrecen cuatro comidas diarias, camas y asistencia sanitaria, que ella solía necesitar casi a diario. Se lo consiguió un sanitario del Samur Social, un chaval muy majo. Movié Roma con Santiago porque, ya sabe..., las plazas, por desgracia, son limitadas en estos sitios. Pero no puedo asegurarle que siga allí. Con todo este jaleo, a lo mejor Virginia ha decidido volver a su país. O quizás algún familiar ha venido a por ella.

—¡Ojalá esté bien! —exclamé.

—Para ir al centro de acogida, ahorrará tiempo si cambia de andén, porque tiene que bajarse en Príncipe Pío y, si continúa en esta dirección, recorrerá todas las estaciones de la circular hasta que dé la vuelta el tren.

—Muchísimas gracias —le dije, y le tendí la mano.

—De nada, señorita. Menos mal que estaba aquí y he visto que se le caían las llaves. El llavero es muy bonito y la gente, hoy en día, roba de todo. Tenga cuidado y no deje su mochila abierta o al alcance de cualquiera. — Señaló la bolsa que yo tenía abierta sobre el banco y volvió a su trabajo.

Después de aquello no me cupo la menor duda de que ya estaba preparada para mandar a Jessica Rabbit a barrer un desierto de los de verdad. Si esa arpía volvía a escupir margaritas de colores chillones y envenenadas delante de mí. o si se atrevía a repetir que *Senatón* era pelón, buscaría en el atlas uno bien grande, lo más árido posible, y la mandaría a barrerlo.

—Ha sido un placer refrescar tu memoria, meiga —oí que decía una de las mujeres que ya estaba dentro del vagón del metro que en esos momentos estaba a punto de partir.

Me levanté dispuesta a coger el tren para hablar con ella, aunque el convoy se dirigía hacia Nuevos Ministerios, en dirección opuesta a la que me había recomendado el vigilante. Sin embargo, aunque me incorporé con rapidez, no me dio tiempo a subirme. Vi que la desconocida levantaba su escoba e interpreté el gesto como un saludo de despedida. Claudia, Koldo y Antonio tenían razón, pensé mientras observaba el tren adentrándose en el túnel. Mi mirada es diferente a la del resto de los mortales, es la de una bruja, pero no soy la única que ve otras realidades, la única que cree en la magia. Somos muchos, muchos más, y cada día que pasa estoy más cerca de ellos, de

los que son como yo.

CAPÍTULO 18

Uno de los funcionarios del centro de acogida me informó de que Virginia llevaba varios días sin aparecer por allí. Por suerte, llegué un poco antes de la hora del almuerzo, de modo que coincidí con las personas que, aunque no pernoctaban en las instalaciones, iban allí a comer. Muchos de ellos conocían a Virginia por el apodo de la Escocesa. Sus rasgos físicos, su marcado acento, la forma de hablar y sus modales refinados no pasaban desapercibidos. Tampoco su historia, que casi todos sabían.

—Sí, sí. Conocemos la historia del fantasma de Cuatro Caminos —me dijeron dos mujeres que afirmaban haber acompañado a Virginia en alguna ocasión y que me juraron haber visto a Duncan en el vagón del metro.

Me relataron como el hombre aparecía cuando el tren llegaba a la estación o salía de ella.

—Solo lo vimos en esa estación, en ningún otro sitio; por eso creemos que es un fantasma. Volvimos más veces con ella, pero solo lo vimos un día —puntualizaron.

Se sorprendieron al descubrir que su relato me parecía interesante y que consideraba que no le faltaba rigor, que las creía. Y, animadas por el respeto que mostré hacia sus palabras, me describieron a Duncan con todo lujo de detalles.

—Están locas —dijo un hombre que pasó a nuestro lado mientras yo hablaba con ellas—. Si acepta un consejo, no crea nada de lo que le cuenten estas dos arpías —finalizó, mirándolas con una expresión de resquemor.

No le presté atención porque sus palabras me parecieron una falta de respeto hacia las mujeres y, por ello, ni tan siquiera le miré. Ellas callaron durante unos segundos, parecían acostumbradas a aquel tipo de comentarios, pero, aun y así, por sus gestos y su silencio entendí que las palabras del individuo les disgustaban.

En la acera de enfrente, apoyado en la tapia de ladrillo que separaba la calle de las vías del tren de cercanías, un hombre delgado, alto y bien parecido nos observaba. Permanecía inmóvil, como un perro guardián que estuviera esperando cualquier movimiento extraño para arrancarse a morder. Tenía la boca cerrada y los labios comprimidos, como si estuviera apretando las mandíbulas con fuerza. Mantenía la mirada fija en mí. Aunque lo miré varias veces directamente a los ojos y le sonreí, él no movió ni un solo músculo de la cara. No dejó escapar ni una expresión que evidenciara algún tipo de emoción o sentimiento. Sus ojos negros y aquella extraña mirada tan fija en mí me sobrecogieron. Se me antojó que intentaba decirme algo que yo no conseguía descifrar.

—¿Quién es ese hombre que está ahí enfrente, mirándonos? —les pregunté a las mujeres.

—Ah, sí —me dijo una de ellas—. Es amigo de Virginia. La primera vez que lo vimos fue unos días después de que ella se instalase en el centro. No sé cómo ni cuándo pasó, pero se hicieron muy amigos. Salían juntos algunas veces. Él no utiliza las instalaciones, se ve a la legua que tiene posibles. A mí no me gusta, no me parece de fiar. Quizás haya venido buscándola, como ha hecho usted.

—A veces se nos va la cabeza y no atendemos a nada, pero creo que ese sujeto está más ido que Virginia o que cualquiera de nosotros —continuó la otra mujer, mirándolo de soslayo—. A veces no es cuestión de si se tiene dinero o no. A veces la soledad o el desamor nos juegan malas pasadas, y él tiene pinta de estar un poco extraviado —dijo, llevándose un dedo a la sien derecha y girándolo—. De no ser así, ya me dirá usted qué hace un hombre joven y tan guapetón con Virginia. Además, no es de nuestra clase social. Ya le digo yo que aquí hay gato encerrado.

—Bueno, bueno, para un poco, que cuando arrancas no hay quien te frene —le recriminó la compañera—. Lo mismo estamos equivocadas en todo, no se tome nada de lo que le hemos dicho al pie de la letra.

»Si encuentra a Virginia, dele recuerdos de parte de Anita y Angélica —dijo, señalando a su compañera y después a ella—. Dígale que la echamos de menos. Nos gustaba escuchar las historias que nos contaba sobre Escocia y las investigaciones que seguía su marido sobre las brujas, las auténticas brujas, no las que quemaron en la hoguera. ¡Qué interesante era todo! Parecía tan real que daba escalofríos escucharla. Sobre todo lo de ese viejo evangelio en el que, según nos dijo, se encuentran escritas las trece leyes sagradas para cualquier

bruja. Era la obsesión de su marido y el motivo que lo trajo a Madrid. Quería encontrar el evangelio de las brujas.

—A mí todo lo que tenga que ver con parapsicología me atrae muchísimo, por eso creo que el hombre que murió en el metro no era el marido de Virginia. ¡Qué va! Nosotras lo vimos en ese vagón y, créame, era un fantasma. Una persona no puede morir dos veces, ¿o sí? —me preguntó Anita. Yo me encogí de hombros—. Eso creo yo —se contestó a sí misma—, que también es posible morir dos veces si lo hacemos en tiempos y épocas diferentes.

—Anita, ¡para ya! —le exigió Angélica—. ¿No ves que la vas a volver loca? Además, tendríamos que ir entrando, es tarde ya —concluyó, mirando su reloj de pulsera.

Ya me disponía a ir al metro cuando el hombre cruzó la acera y se dirigió a mí:

—No sé qué le habrán contado de mí esas dos alcahuetas, pero nada de lo que hayan podido decirle es cierto, estoy seguro. Todos cambiamos la realidad y creamos la nuestra propia, que a menudo poco tiene que ver con la de los demás. Me llamo Farid —se presentó, tendiéndome la mano.

—Diana —le respondí, devolviéndole el saludo y extendiendo la mía, que él estrechó con fuerza—. Nunca había oído ese nombre —comenté.

—Tal vez sea porque es de origen árabe. Aunque es uno de los más comunes, vendría a ser como aquí Paco o Manolo —me respondió con una sonrisa, mostrando unos dientes blancos y bien alineados.

—Entiendo —le dije, y pensé que no podía ser de otra forma, porque sus rasgos se parecían mucho a los de los tuaregs; solo le faltaba el pañuelo azul añil en la cabeza para ser idéntico a uno de ellos.

—La vi hablando con el vigilante del metro y oí las explicaciones que él le dio sobre lo que ocurrió con el marido de Virginia. No sé cómo logró que el vigilante le contase todo lo que sabía y pensaba. ¿No será usted periodista? Lo digo porque parece tener mucha mano para conseguir información —comentó. Yo no le respondí—. Bueno, pues si lo es, no hallará nada de interés en esta historia, créame, nada más que añadir a lo que le han contado las dos alcahuetas con las que ha estado hablando, y eso ya lo sabe media ciudad. No deja de ser parte de una leyenda urbana.

—¿Me ha estado siguiendo? —le pregunté.

—¿Hay motivos para que tenga que hacerlo?

—Usted sabrá. Lleva apoyado ahí —señalé la tapia— desde que he

llegado. Desde el momento que salí del albergue. Y no me ha quitado la vista de encima ni un solo momento. Juraría que estaba esperando a que saliese para acercarse a mí. ¿Me equivoco?

—No, en eso no se equivoca, pero sí en pensar que la he seguido, porque no ha sido exactamente así —me respondió—. La vi en el metro, en Cuatro Caminos. Caminaba por el andén arriba y abajo. Me llamaron tanto la atención sus paseos como a usted el hecho de que yo estuviera observándola desde la otra acera —apostilló con una sonrisa irónica.

—Bueno, una cosa no tiene que ver con la otra —le dije, sonriendo también.

—Estuve sentado a su lado en el metro. Esperaba la llegada del siguiente tren, pero usted andaba tan abstraída que no se dio cuenta de mi presencia. Entonces el vigilante le dio un manojito de llaves y usted comenzó a preguntarle acerca de Duncan y Virginia. Por eso la seguí; me intrigaron sus preguntas, el interés que mostraba por la historia de mi amiga Virginia. ¿Es periodista? —insistió.

—No, no lo soy. Pero conozco a Virginia. He sabido de la muerte de su marido y tengo que hablar con ella. Un amigo del matrimonio viene a España a buscarla y a repatriar los restos mortales de Duncan, que ella no ha querido reconocer. Creo que necesita ayuda. Si usted es su amigo, debería saberlo.

—Es curioso que Virginia no me haya hablado nunca de usted, ¿no cree? —respondió en tono mordaz.

—Esta conversación empieza a ser un poco absurda —le dije, molesta—. Ni usted se fía de mí ni yo de usted. Llegados a este punto será mejor que lo dejemos estar. Encantada de conocerle. —Le di la espalda y comencé a andar.

—Sé dónde se encuentra Virginia —dijo en un tono de voz más alto de lo habitual—. Si realmente quiere ayudarla, la llevaré hasta ella.

—¿Cómo dice? —pregunté, dándome la vuelta, y me planté frente a él.

CAPÍTULO 19

—La vida está llena de recovecos, de esquinas, de claroscuros, sonidos, luces y cientos de personas a las que casi no prestamos atención. A veces ni siquiera nos percatamos de que existen, pero, si nos faltasen, originarían un caos, una paradoja que cambiaría radicalmente la dirección de nuestros pasos. Virginia lo hizo conmigo, cambió la dirección de mis pasos y, a juzgar por lo que he visto, a usted le pasó lo mismo —me dijo y, acto seguido, levantó el dedo índice indicándome que esperase.

Sacó del bolsillo interior de su chaqueta el teléfono móvil y cargó una aplicación. Vestía traje negro de seda y camisa cuello Mao del mismo tejido y color que el traje. Era atractivo, mucho, pensé mirándolo de arriba abajo, y al hacerlo me fijé en las sandalias de cuero marrón que calzaba. Le daban un toque desenfadado y muy personal que me gustó. Calculé que rondaría la cuarentena, esa edad en la que los hombres, no todos pero sí algunos, suelen tener el cerebro asentado y un físico maduro y joven al tiempo. La edad del bocado en los labios antes del beso, así la definía Samanta. La mejor edad para hacer el amor con un hombre, solía comentar cuando alguno con aquel aspecto físico y más o menos esa edad se paseaba por la oficina.

—¡Perdón! —se disculpó mientras guardaba el terminal—. Como le decía, usted y yo tenemos un vínculo y creo que un objetivo similar. Si me acompaña verá que no la engaño y se dará cuenta de que tengo razón.

—¿Dónde está Virginia ahora? —le pregunté—. Eso es lo único que me importa... por el momento —puntalicé.

—En mi tienda. Voy a reunirme con ella en unos minutos, en cuanto llegue el taxi que he pedido. Si quiere, puede acompañarme.

—Su tienda —dije encogiéndome de hombros y haciendo un gesto de incompreensión con las manos.

—Sí, mi tienda. Soy anticuario.

—¡Quién lo diría! Más bien le imaginaba sentado tras una gran mesa de madera de nogal, en un despacho de paredes acristaladas en lo más alto de la Torre Picasso, en plena City. Los pocos anticuarios que he conocido son mayores y demasiado clásicos —expliqué, mirando sus pies.

—Mi abuelo fue el precursor del negocio del que hemos vivido y gracias al que hemos prosperado toda la familia, el primero que se dedicó a ello. Comenzó vendiendo en el Rastro muebles, libros y todo tipo de objetos que traía de Francia y de Egipto. Finalmente estableció el negocio en el barrio de Salamanca y, aunque seguimos frecuentando el... inquietante Rastro madrileño —dijo haciendo una pausa para enfatizar el adjetivo—, la tienda no es solo un negocio, es nuestra jaima. Yo conservo uno de los pisos del mismo edificio y ahí es donde se encuentra ahora nuestra amiga. No se preocupe, no la perderé en la ciudad ni iremos a la periferia; en todo momento estará en un lugar conocido —me explicó, y me tendió la tarjeta de visita de la tienda.

—¿Cuándo conoció a Virginia? —le pregunté y, tras mirar la tarjeta, la introduje en uno de los bolsillos exteriores de mi mochila.

—La pregunta adecuada más bien sería cómo la conocí —me respondió, mirándome fijamente—. Si algo nos ha unido ha sido Virginia y la forma en que la conocimos ambos; el motivo por el que tú la buscas y el que a mí me ha hecho protegerla e intentar ayudarla. Cuándo sucedió es lo de menos.

»¿Cómo la conociste tú, Diana? Y ¿qué motivos tienes para querer volver a verla? ¿Por qué quieres ayudarla? —me preguntó, tuteándome con la más absoluta naturalidad, como si lo hubiera estado haciendo en todo momento.

—Por ahora eso es asunto mío.

—Bien, entiendo tu prudencia, ella puede evitar que pierdas la cabeza. No olvidemos que ¡solo puede quedar uno! —exclamó irónico, y me guiñó un ojo.

—¿Tengo que reírme, o es solo un chascarrillo de mal gusto?—le espeté.

—No. Es un guiño a ti y a *Los inmortales*. Me gusta la historia y he pensado que a ti, siendo escocesa, te gustaría aún más que a mí.

—No soy escocesa y, por favor —dije levantando la mano frente a él—, no lo digas, no digas que lo parezco. Estoy harta de escucharlo.

—Siento si te ha incomodado mi comentario. Solo pretendía romper el bloque de hielo que parece haber entre nosotros. No tengo ninguna intención de engañarte. Por mi parte, estoy dispuesto a confiarte todo lo que sé sobre Virginia y su marido, y me atrevo a aventurar que es mucho más de lo que tú

sabes. Lo voy a hacer porque estoy convencido de que nuestros destinos se han cruzado por un motivo muy concreto. Nada es casual, no lo es en este tiempo que vivimos, ni lo ha sido ni lo será en ningún otro.

Levantó la mano y el taxi que había pedido se detuvo a nuestro lado.

—Y bien, qué me dices, ¿me acompañas? —me preguntó, tendiendo el brazo en dirección al vehículo.

Mientras subía al taxi, agachó la cabeza ligeramente y se llevó el dedo índice a los labios indicándome que guardara silencio. Durante el trayecto él permaneció sin hablar, consultando su teléfono móvil. Yo hice lo mismo. Saqué el portátil de la mochila y lo conecté a internet para buscar el nombre de la tienda que figuraba en la tarjeta que momentos antes me había dado. Revisé la información que había sobre el anticuario y comprobé que los datos relativos a la tienda eran reales.

—¿Y ahora qué? —le pregunté cuando nos bajamos del vehículo, ya frente al establecimiento.

—Antes de que veamos a Virginia, es importante que hablemos nosotros dos; no querría que volviese a las condiciones de confusión en que la encontré —me dijo mientras abría la puerta del local y me cedía el paso.

Entramos en el establecimiento, atiborrado de objetos de todo tipo. Lo atendía un hombre vestido con un traje negro y camisa blanca, que saludó a Farid y habló un momento con él antes de salir por una puerta que había tras el mostrador.

Podría haberme detenido junto a cualquiera de los artículos que estaban en venta, porque todos y cada uno de ellos eran piezas únicas e irrepetibles: los muebles auxiliares, las lámparas de techo o de pie, los sillones de piel marrón que, como el rostro de las personas, mostraban las arrugas que el paso del tiempo había dejado en su piel. Las máquinas de escribir y las de coser, los libros que parecían esperar los ojos de un lector para que sus historias volvieran a cobrar vida, incluso algunas joyas que, imaginé, no serían de mucho valor, porque permanecían expuestas sobre las bandejas de alpaca que había encima de los muebles. A pesar de que los artículos eran antiquísimos, todos estaban en unas condiciones extraordinarias, como si acabasen de ser confeccionados. Podía haberle preguntado por cualquiera de aquellos objetos únicos, porque todo me llamaba poderosamente la atención. Pero no lo hice. Me detuve frente a un retrato que presidía la pared izquierda del local, rodeado de varios óleos de paisajes y bodegones. Nada más verlo, mi ritmo cardíaco se aceleró. Intenté moverme, dejar de observarlo para que Farid no

percibiese el desasosiego que sentía en aquel momento, pero no pude retirar la vista de él.

—No hay ni un solo cliente que no se detenga a mirarlo, como has hecho tú —dijo Farid—. No está en venta, pero son muchos los que han intentado comprarlo. Hay ofertas desorbitadas, tanto que, por seguridad, el cuadro no duerme en la tienda. Aparte de su valor real, astronómico, pertenece a la colección privada de la familia. Está datado en el siglo XVI y la técnica utilizada es muy similar a la de *La Gioconda*, pero mientras que Da Vinci empleó madera de álamo como base para su óleo, este retrato —lo señaló— es un óleo sobre madera de haya negra. Como imaginarás, el color del material dificulta la ejecución, pero el artista consiguió una obra maestra. Eso, unido a su antigüedad y al hecho de que es el único retrato que hay de él, hacen que esta pieza alcance un valor incalculable. —Hizo una pausa y me miró—. Perdona, creo que no te he dicho que el retrato es de un vampiro escocés. Está rodeado de una leyenda demasiado hermosa y bien hilada a través de los siglos como para no ser real. La superstición que arrastra el personaje le confiere un valor que, al menos para mí, supera con creces el aspecto económico.

El personaje del retrato guardaba una semejanza con Desmond tan extraordinaria como, según había manifestado Farid, la técnica empleada para realizar aquel majestuoso óleo de un metro y medio de alto por uno de ancho. Sin embargo, el estado de conservación en el que se encontraba me llamó la atención. No parecía tan antiguo y, a decir verdad, tampoco me dio la impresión de que estuviera confeccionado en madera de haya negra. Ese detalle me hizo dudar de la veracidad de las palabras de Farid.

—A mí no me parece tan antiguo como dices y, además, la madera parece de pino. No creo que sea haya negra —dije recordando mi gaveta, que sí era de esa madera. Me acerqué y lo miré con más detenimiento.

—Para no tener conocimiento sobre antigüedades eres una gran observadora. Lo que estás viendo es una copia. El original se encuentra a buen recaudo. Sería un riesgo excesivo e innecesario tenerlo en la tienda.

—No he dicho que no esté al corriente sobre antigüedades, solo que los anticuarios que he conocido no tienen mucho en común contigo. Las antigüedades me fascinan. Pero soy una aficionada de clase baja que no puede permitirse nada de lo que hay en tu negocio. Los precios no solo sobrepasan mi nómina mensual, sino que algunas de estas piezas ni siquiera podría comprarlas con el sueldo de todo un año.

Lo miré fijamente y, tras unos segundos, continué en tono seco y distante:

—No me gusta que me mientan o intenten tomarme el pelo. Lo digo porque hace unos segundos me dijiste que era el original y que no dormía en la tienda.

—¡Lo siento! Nada más lejos de mi intención que ofenderte, y menos que pienses que te he mentado. No ha sido así, solo he intentado que vieses el cuadro como si realmente estuvieras ante la obra original. Si te hubiese dicho que no lo era habría influido en tu punto de vista.

»No pienses que me rodeo solo de eruditos para adquirir, valorar o encontrar tesoros, obras de arte u objetos únicos; también me gusta contar con la opinión de los que no son expertos en la materia. Su mirada, su punto de vista, suele detectar detalles que pasan desapercibidos para muchos expertos. Me ha sorprendido mucho que de un simple vistazo hayas sabido que no era el original. ¿No serás una bruja? —me preguntó esbozando una sonrisa.

—No entiendo a qué viene esa tontería.

—Mi abuelo conoció a una meiga que vivía en una aldea gallega. Ella le relató que la mirada de las brujas tiene el poder de embaucar y que, además de enamorarte, ven más allá que cualquiera de nosotros. Le aseguró que las brujas, las auténticas, no necesitan hechizos ni pócimas para crear magia o para ver las otras realidades que se mezclan con la nuestra, porque su mirada es capaz de viajar de una realidad a otra. Me refiero a las múltiples realidades que, según algunos, existen a la par. Poseer ese poder debe de ser lo más impresionante que nadie pueda imaginar, ¿no crees?

—No sé. Solo de pensar en ello me bloqueo. Ya tengo suficiente con una realidad como para haber de bandearme en más de una. Tengo la suerte de que no me sucede nada de lo que has contado, por lo que deduzco que no soy bruja —le respondí con una sonrisa, intentando disimular el desasosiego que me estaban produciendo sus palabras.

—Muchas lo son y aún no lo han averiguado. Otras renuncian a serlo toda su vida.

—¿Me estás hablando en serio? —le inquirí con un gesto de incredulidad, porque su insistencia ya me parecía excesiva.

—Por supuesto que sí. Creo en los vampiros, en las brujas y en muchas otras criaturas. —Señaló el cuadro—. El vaticinio que la meiga le hizo a mi abuelo constaba de muchas y diferentes predicciones que fueron cumpliéndose a través del tiempo. Solo queda una que aún no se ha realizado. Le aseguró que el destino de nuestra familia estaba unido al de una bruja, pero en mi

familia no hay ninguna... aún, por eso sigo buscándola, porque creo que su augurio, como sucedió con el resto de los que hizo, se cumplirá —declaró sin dejar de sonreír.

»Podrías volver a analizar el cuadro y decirme si ves algo más en él que te llame la atención.

—¿No cree usted, señor anticuario, que es un poco ridículo? Este cuadro es una copia —le respondí con sorna.

—La copia y el original son idénticos. No quiero tu opinión sobre el material o la técnica, solo que lo vuelvas a examinar como lo hiciste antes. Tu mirada, cuando lo observabas, no era la misma, incluso tu iris cambió de color. Te juro que tus ojos me parecieron verdes.

—Dijiste que es el único, la única imagen que existe de él —expuse. Él asintió con un movimiento afirmativo—. Tal vez sea el único porque es un autorretrato.

Volví a mirarlo y pensé que, sin lugar a dudas, aquel hombre de ojos azul añil y piel blanquísima, de labios perfectos y pómulos marcados, era Desmond. Recordé los óleos que él tenía en su casa, también el que me regaló, y aquel comentario de Ecles sobre la maestría que Desmond poseía para el realismo. Una técnica que, según Ecles, se negaba a utilizar. Solo pintaba abstracto, excepto el dibujo de un ala delta roja que hizo sobre el cabecero de mi cama con pintura acrílica durante aquel pasado que, en esos momentos, me parecía lejano e irrecuperable. También pensé que Farid sabía mucho más de lo que aparentaba. El significado de sus palabras y aquel vaticinio que aún estaba por cumplir me intranquilizaron.

Me volví y lo miré inquisitivamente. Quise buscar en sus ojos un atisbo de duda, un gesto en su rostro que diese muestras de un posible engaño, porque, si no me equivocaba y Desmond era el personaje del retrato y también su autor, era posible que él y Farid se conocieran. Pero el anticuario seguía contemplando el óleo a la espera de que le dijese algo más. Sus ojos continuaban fijos en la pintura como si contemplase la obra original. Era evidente, pensé, que aquel retrato ejercía una atracción ineludible sobre el anticuario y sobre todo aquel que lo contemplase. Farid permaneció unos segundos sin percatarse de que yo le estaba mirando, ensimismado y sonriendo, hasta que, de repente, se volvió hacia mí.

—¡Extraordinario! —exclamó alzando un poco el tono de voz—. Efectivamente; es un autorretrato. He investigado durante años sobre este personaje y sobre el autor del cuadro. Varios eruditos sostienen la misma

teoría que tú; afirman que es un autorretrato de uno de los vampiros más enigmáticos y desconocidos de Escocia. Su nombre es Desmond.

Cuando oí el nombre del vampiro tuve que controlar mi mirada, mis gestos, e incluso hube de tragar saliva para poder replicar su comentario.

—Bueno, si era un vampiro, no sé cómo pudo ser el autor. Dicen que los vampiros no se reflejan en los espejos. Entonces, ¿cómo se autorretrató? —respondí, irónica.

—Tal vez hayan mentido sobre ello. La mentira solo intenta ocultar la verdad. No tiene otro cometido, esa es su única razón de ser. En ese caso, lo más probable es que los vampiros se reflejen en los espejos, no duerman en ataúdes ni necesiten un puñado de su tierra natal para descansar. Quizás todo eso sea un adorno estúpido para ocultar su verdadera esencia y no dejarnos ver que son más poderosos de lo que creemos, igual que las brujas. —Me sonrió de nuevo.

—¿Por qué te interesa tanto la historia de este vampiro?

—Porque aún vive y voy a encontrarlo —me respondió, volviendo la mirada hacia el óleo.

Al escuchar sus palabras y el tono de voz que utilizó, al ver cómo fijaba la vista sobre el retrato, aquella mirada obsesiva y casi aterradora, me preocupé aún más.

—¿No íbamos a ver a Virginia? —le pregunté con la voz un poco quebrada, intentando desviar sus pensamientos del cuadro y, con ello, salir de aquel lugar que parecía habernos encarcelado a los dos.

—Sí, sí, claro. Lo había olvidado... —Hizo una pequeña pausa—. ¿No te habrán inquietado mis palabras? —me preguntó. No le respondí, solo esquivé su mirada—. Está bien, porque no quiero que tengas miedo. Le busco porque su rastro me conducirá hasta una pieza de un valor aún mayor que su retrato. Algo impagable: el evangelio de las brujas, el auténtico.

—En realidad lo que te interesa son las brujas. Quieres encontrar a esa que, según la meiga, había de formar parte de tu familia y su destino. Es eso, ¿verdad?

—No del todo. Si realmente la meiga tenía razón, no tengo necesidad de hacer nada para que la bruja entre en nuestro círculo familiar. Estoy seguro de que lo hará. Me interesa más su evangelio, porque en ese texto tienen que estar recogidas las claves para viajar en el tiempo. Y está claro que ese vampiro las tiene. Existen crónicas que hablan de su presencia en diferentes siglos.

»Hasta que conocí a Virginia —prosiguió— no tenía nada más para

seguir investigando sobre el paradero de ese libro, estaba perdido. Mis investigaciones habían llegado a un punto muerto. Cuando la conocí se abrió ante mí un nuevo horizonte, una nueva vía. Su marido seguía muy de cerca el rastro del evangelio. Iba tras él como lo he hecho yo, y creo que ella sabe mucho más de su paradero de lo que dice. Si no fuese así, no conocería detalles relevantes de su contenido y la forma en que durante siglos han conseguido ocultarse las brujas adoradoras de la Luna, las auténticas brujas. Si Virginia no supiera más sobre el texto, no afirmaría, como lo ha hecho, que su marido no ha muerto y que sigue vivo en esa estación del metro.

—Entonces, según tus investigaciones, ¿qué es lo que une al vampiro con el evangelio? —le pregunté.

—Según dice la leyenda, él estará donde esté el evangelio. Como si la existencia del libro y la suya fuesen una condena o no pudieran darse el uno sin el otro. El último dato sobre él, sobre su existencia, lo encontré en unos textos de la época victoriana. Según unos documentos, se le enterró en el cementerio de Greyfriars, en Edimburgo. En un *mortsafe*, una tumba enjaulada.

—Jamás había oído nada sobre los *mortsafes*. Una jaula sobre una tumba, ¡es aterrador!

—Las construyeron para que los vampiros, o los mortales convertidos en vampiros, no escapasen. También para proteger los cadáveres en general, porque los maleantes los robaban y luego los vendían a los médicos.

»La cuestión es que su cuerpo desapareció —añadió—. No fue robado, porque no hallaron excavaciones subterráneas bajo la tumba, que era como procedían los ladrones de cadáveres. Todo estaba intacto. Algunos investigadores afirman que jamás estuvo en aquel ataúd y que todo fue una artimaña para simular su muerte. Dicen que el vampiro era un impostor, un escapista que se ganaba la vida como embaucador. Yo me inclino por pensar que sigue vivo, que escapó de su encierro y sigue entre nosotros.

—Tengo que reconocer que la leyenda es digna de una película de terror.

—Y que lo digas —coincidió, y movió la cabeza de izquierda a derecha—. Te mostraré el material gráfico de que dispongo. Te dejaré consultar toda la documentación que he reunido sobre el vampiro, incluso sobre otros temas, todos relacionados con la parapsicología. A cambio, te propongo un trato. —Hizo una pequeña pausa, como si necesitase tomar aire, y continuó—: Quiero que me ayudes a buscar el evangelio. Por supuesto, recibirás una importante compensación económica, tanto si lo hallamos juntos como si no lo encontramos. Creo que tú puedes conseguir que Virginia recuerde más de lo

que lo ha hecho conmigo. Incluso puedes percibir si te miente o no. Tienes una mirada diferente, eso no puedes negármelo. Eres muy observadora.

—Y el vampiro, ¿también vamos a buscarlo?

—No hará falta. Si encontramos el verdadero evangelio de las brujas, que es un incunable, y si él, tal y como dice la leyenda, sigue vivo, no estará muy lejos del libro.

CAPÍTULO 20

Intenté disimular ante Farid la emoción que sentía. Era la primera vez que tenía ventaja, que la posibilidad de realizar un jaque mate estaba en mis manos. Mis piezas estaban mejor situadas en el tablero. Siempre, durante toda mi vida, había jugado con desventaja. Había sido un simple peón sacrificado en cada partida por el bien de los demás. Había dado palos de ciego una y otra vez, pero en aquel momento sabía más que ninguna de las personas que me rodeaban. Incluso tenía más información que Farid. Él parecía haber pasado gran parte de su vida siguiendo el rastro de Desmond para llegar al evangelio, a mi evangelio, y yo tenía las dos cosas al alcance de la mano; solo necesitaba convencer a Ecles para que me dijese el paradero de mi libro, dónde lo había escondido.

Volví a mirar el retrato y pensé que, tras aquella supuesta alergia al sol de mi amigo Desmond, se escondía otra realidad, una verdad aún más grande y tal vez tan terrorífica como lo que me había contado Farid sobre los *mortsafes* escoceses, las tumbas enjauladas. Desmond era un vampiro perdido, como yo, en una ciudad ruidosa y sin alma, un ser que deambulaba y malvivía en un siglo que no le correspondía. Si era así, dejarse ver, descubrir su verdadera identidad, era un suicidio, porque nadie lo creería. Si se exponía, todos pensarían que había perdido la razón, como le había sucedido a Virginia, y los pocos que lo creyesen intentarían destruirlo o aprovecharse de él, como evidentemente pretendía hacer Farid.

Desmond, al igual que yo, no podía arriesgarse a perder la cabeza. Debía pasar desapercibido, como uno más, aunque no lo fuese. Yo también debía mantener la mía sobre los hombros, no perderla dejándome llevar por los sentimientos que él me inspiraba. No sabía el motivo real por el que mi amigo estaba unido al destino del evangelio, pero tenía claro que así era, tal y como Farid me había relatado. De no ser el caso, Desmond y yo jamás nos

habríamos encontrado.

Mi vida podía estar en peligro junto a él, pensé entristecida, y al hacerlo sentí una punzada en el pecho. Al imaginar que Desmond tal vez solo me estaba utilizando y que no era como yo creía, que acaso ni siquiera sentía una pizca de atracción hacia mí, me sentí desfallecer. Debía jugar bien la partida; observar, ser paciente y esperar a que los demás movieran sus piezas antes de hacerlo yo con las mías. Si lo conseguía, si llevaba a cabo una buena estrategia, por fin encontraría el significado de la gaveta, hallaría mis orígenes y descubriría por qué me dejaron en la puerta de aquel mísero hospicio perdido de la mano de Dios, pero, sobre todo, averiguaría cuál era mi vinculación con aquel texto y verificaría su autenticidad.

—Trato hecho —respondí y le tendí la mano, que él estrechó con fuerza, como cuando nos habíamos presentado hacía apenas dos horas—. Pero no me pidas que presione demasiado a Virginia, no está bien y no quiero acrecentar su pena.

—Por supuesto que no. Aunque no me creas, a mí también me preocupa su estado, y no solo por mi interés en encontrar ese libro, sino también por ella, me cae bien. Es una buena persona.

—Espero que cumplas tu promesa y me dejes ver la documentación de la que dispones sobre el vampiro y la existencia de ese evangelio del que hablas.

—No dudes de mí, soy un hombre de palabra. Virginia está en mi casa, arriba —dijo, señalando la puerta que había tras el mostrador—. Si te parece bien, subimos a buscarla y almorzamos los tres juntos; es ya tarde y a este paso vamos a tomar el té antes del almuerzo —me dijo, extendiendo la mano para indicarme el camino.

Asentí en silencio y lo seguí hacia la puerta que estaba detrás del mostrador y que, según supuse, conducía al piso superior. Sin embargo, el empleado nos salió al paso:

—Si va en busca de la señora Virginia, no está en casa. Salió hace unos minutos. Quise advertirle a usted de que se iba, pero ella me lo prohibió. Insistió en que no le molestase, ya que usted estaba ocupado —comentó el dependiente, mirándome de soslayo.

—¿Dijo adónde se dirigía? —le preguntó Farid.

—Ya sabe... —le respondió el otro, un poco apurado, bajando el tono de voz—. Al mismo sitio de siempre; en busca de su marido. Se marchó por la trastienda. —Y señaló la puerta hacia la que nos dirigíamos Farid y yo cuando él nos paró.

Por lo visto, además de conducir al piso superior, aquella puerta también daba a la calle, pensé.

—Debería haber cerrado la tienda hace una hora —le dijo Farid a su empleado al tiempo que consultaba la hora en su reloj de pulsera—. ¿Cómo es que sigue aquí?

—Me quedé por si necesitaban algo —le respondió el dependiente.

—No, no es una clienta —dijo Farid, sonriendo—. Puede marcharse ya. ¡Es tardísimo!

El hombre no se demoró ni un minuto en despedirse de nosotros y salir del establecimiento.

—¿Y ahora qué? —le pregunté a Farid, encogiéndome de hombros—. Si Virginia se ha ido no podré hablar con ella, y esa era y es mi prioridad. No olvides que por eso estoy aquí.

—No te preocupes por Virginia, volverá. Siempre lo hace. Estará en el metro hasta media tarde y regresará antes de que caiga el sol. Mientras tanto, si te parece bien, podemos almorzar juntos. Después te enseñaré parte de la documentación, lo más relevante. Dártelo todo sería absurdo, es una cantidad ingente de documentos y notas. Solo necesitas saber cómo y qué debes preguntarle a Virginia para que, si sabe dónde se encuentra el texto, nos conduzca hasta él.

—Estás muy seguro de que ella sabe dónde está —comenté mientras salíamos de la tienda.

—Pues sí, y desde que te vi lo estoy aún más. Tengo un presentimiento, una sensación de euforia que nunca antes había sentido. Soy muy intuitivo. Mi madre siempre dijo que yo era diferente, que tenía un don porque lloré en su vientre. Ese don es para mí la intuición. Si te contase algunas cosas que me han sucedido, cómo he encontrado algunos de los objetos únicos que tengo, te sorprenderías. Estoy seguro de que no me creerías —me dijo, mirándome de una forma diferente a como lo había hecho con anterioridad.

—Inténtalo, lo mismo eres tú quien se sorprende de lo crédula que soy yo —le respondí, esbozando una sonrisa que ocultó mi ironía.

—¿Conoces El paraguas? —me preguntó. Yo negué con la cabeza al tiempo que recordaba el paraguas rojo de la portada de *En un rincón del alma*, la novela que me regaló Alán en los comienzos de nuestra relación.

Farid era atractivo; alto, con estilo, culto e inteligente, quizás demasiado inteligente. Joven y, en apariencia, con una posición económica y social muy acomodada, pensé. Era fácil enamorarse de él, casi tan fácil como lo fue para

mí enamorarme de Alán.

—Espero que te guste. Es un sitio con encanto y la cocina es espectacular, como sus caldos y su repostería. Iremos caminando. Está muy cerca de aquí, en Jorge Juan esquina con Lagasca, a la altura de los callejones de Puigcerdá...

Salieron del restaurante unos segundos antes de que nosotros llegásemos a la puerta. Él no me vio, pero yo sí los vi a ellos. Fue su risa lo que me hizo buscarla; aquellas carcajadas estúpidas no podían ser de otra persona. Al verla me detuve en seco, a unos metros del restaurante. Farid me preguntó qué me pasaba. Yo agaché la cabeza y escondí mi mirada dentro de la mochila.

—Creo que ha sonado mi teléfono —le dije, haciendo el ademán de buscarlo.

Vi que Alán le abría la puerta del taxi y que ella subía al vehículo sin dejar de reírse, escupiendo margaritas de colores chillones por la boca. No lo imaginé, en aquella ocasión vi las flores saliendo de su boquita de piñón, de labios barnizados de rojo carmín, porque, como dijo Farid, las brujas tenemos una mirada diferente, especial y mágica. Aunque no queramos, siempre vemos más allá. Y él, Alán, le sonreía con cara de estar idiotizado por su risa y por sus contoneos sensuales y premonitorios de lo que seguramente él deseaba que sucediese después.

CAPÍTULO 21

Farid no estaba equivocado: su intuición funcionaba. Se inclinó y, sin disimular, me preguntó:

—¿De verdad buscabas el teléfono? Porque, si era así, mirabas en un sitio equivocado. Creo que iba en aquel taxi —dijo, señalando el vehículo que ya se alejaba.

Le respondí con una sonrisa teñida de rabia y tristeza, un malestar que comenzó a llenar de pétalos rojos parte del interior de mi mochila y que oculté cerrando la cremallera lo más rápido que pude para que Farid no los viese.

—No sé si mi indumentaria es apropiada para este sitio —le dije, intentando desviar la conversación a otro tema.

—No te preocupes por eso. Es un almuerzo, no una cena. Ya sabes..., la etiqueta y el protocolo dependen mucho de la hora del día y, de todas formas, estás estupenda. No a todo el mundo le sientan tan bien los pantalones vaqueros. No te agobies, ni por eso ni por ese taxi y quienquiera que fuera en él. Si te fías de mi intuición, y debes hacerlo, creo que no es importante para ti. Quizás lo único relevante es que te encontrases con ellos, o con él; que los vieses, nada más —afirmó, seguro de sí mismo.

—Era uno de mis jefes. No he ido a trabajar, dije que estaba enferma. Imagina si llega a verme —repuse.

—Deberías practicar más, mientes fatal —dijo mirándome a los ojos—. Sería interesante que dices unas cuantas clases de oratoria política, es lo más eficaz para que la gente crea en tus palabras aunque estés contando una flagrante mentira. Y si la política no es lo tuyo, como me sucede a mí, te invitaré a jugar unas cuantas partidas de póquer, ni te cuento lo que se aprende jugando al mentiroso...

Si lo hubiese conocido antes, tal vez aquel almuerzo habría sido una cita cargada de deseo, sueños y algo más, me dije mirándolo mientras él hablaba

con el dueño del local. ¡Era tan culto, atento y observador! Tenía muchas de las cualidades que siempre me habían atraído en los hombres, pero había aparecido en mi vida a destiempo para aquellas cuestiones tan humanas.

Durante el almuerzo no hablamos de los asuntos por los que estábamos juntos. La tensión que momentos antes reinaba entre nosotros se suavizó nada más tomar asiento. La desconfianza pareció licuarse, desaparecer absorbida por el ambiente cálido y acogedor del restaurante. Sonreí mientras él me sugería lo que debía probar y, por unos momentos, pensé hasta qué punto nos asemejábamos en aquellos momentos a la pareja que Alán y yo habíamos formado en los comienzos de nuestra relación, cuando ambos íbamos a la caza de eso que a veces llamamos amor.

Consiguió que me evadiese, que olvidase por qué estaba allí, con él. Lo hizo explicándome la composición y elaboración de los platos que íbamos a degustar, que no comer, apuntó, porque una cosa difería mucho de la otra, no era en absoluto lo mismo, me dijo. Sonreí al escucharle y pensé que tenía razón, y mucha.

Uno a uno, los platos del menú fueron pasando por nuestra mesa cargados de aromas, colorido, una exquisita elaboración y una bella presentación, que trajeron a mi memoria el fragor de las olas al chocar contra los acantilados, su olor y sabor; el sabor del mar. Sentí el aire limpio del Cantábrico y el de las verdes tierras de Asturias junto a mí.

—Esto ha sido una auténtica experiencia para mi paladar. Gracias, Farid, lo necesitaba. Necesitaba desconectar de la realidad, del día a día.

—No tienes por qué dárme las, al contrario, yo soy quien debo agradecerlo. Tu compañía es el maridaje perfecto. Ya sabes, las viandas y los caldos toman más sabor, color y olor dependiendo de con quién se compartan y en qué lugar se haga. Este es uno de mis restaurantes preferidos, pero solo traigo a personas especiales, como tú.

Levantó la copa de vino y la acercó a la mía para brindar.

—Pero... no te fies de mí —añadió, sonriéndose y mirándome fijamente a los ojos—. Tal vez mis pretensiones no se queden en la relación de dos socios en busca de un incunable. Eres una mujer muy interesante y yo un donjuán por naturaleza. ¿No has pensado que quizás, tras mi invitación a almorzar, haya una intención oculta, un propósito que nada tenga que ver con incunables ni reliquias extraordinarias?

—¡Venga ya! —le respondí, rozando mi copa con la suya, e hice un gesto de despreocupación, como si sus palabras fueran una tontería, aunque estaba

segura de que no lo eran porque, al decirlo, su tono de voz y su mirada cambiaron.

—¿Cuándo me vas a contar lo que te une a Virginia, cómo la conociste?
—dijo después de que el camarero se alejase tras dejar los cafés y el licor en la mesa.

—Hay poco que contar. Tú tampoco me has hablado de ello, solo dijiste que lo más importante no era cuándo, sino cómo la conociste. Ya ves que tengo muy buena memoria.

—La conocí en la tienda. Vino buscando libros antiguos que hablasen sobre las bases más antiguas de la Wicca, unas creencias que permanecieron ocultas durante más de diez siglos.

—Pero tu tienda es un anticuario —le dije sorprendida—. No he visto que tengas muchos textos. Solo algunos libros que no parecen tener demasiado valor, repartidos sobre los muebles.

—Este tipo de negocios, como todos, tiene sus bambalinas, sus pasadizos ocultos y sus claroscuros. Dispongo de mucha documentación que no está a la vista. También de objetos que te sorprenderían. Son las reliquias que se guardan para aquellos que no quieren ceñirse al estricto tutelaje de la ley. No te asustes, solo soy un «conseguidor», algo parecido a un bróker, además de anticuario —puntualizó, como si esta última actividad le restase gravedad a lo anterior—. Te enseñaré algunos cuando regresemos.

—¿Para qué quería Virginia documentación sobre la Wicca?

—En sus más remotos orígenes, es la región que profesaban las brujas adoradoras de la Luna. Su diosa se llamaba como tú: Diana. —Me miró sonriente—. Dicen que, entre muchos otros poderes, esas mujeres tenían la capacidad de viajar en el tiempo, lo que casi las convertía en inmortales. Y eso es lo que buscaba Virginia, el rastro de las brujas. Me comentó que su marido era un estudioso de los orígenes de las brujas y que había conseguido viajar en el tiempo, como lo hicieron ellas. Quería seguirle los pasos, volver con él, donde ahora se hallaba. Es evidente que él lo consiguió, porque tuvo en sus manos el evangelio. El resto creo que ya lo sabes. Si tienes un amigo común con Virginia o con su marido, debes saberlo.

—No del todo —le dije, intentando hablar en un tono convincente y no gesticular demasiado para que no se diese cuenta de que le ocultaba información.

—Mientes mal, muy mal, ya te lo he dicho antes —comentó con una sonrisa—. Pero no me importa, solo quiero que me ayudes. Tenemos un trato, y

te advierto que cerrar un acuerdo con un hombre como yo, con poder, es como hacerlo con el diablo. —Me pareció que su mirada se endurecía y sus pómulos se afilaban.

—Farid, no me gusta que me amenacen. No me gusta nada —le dije molesta, ocultando el miedo que, por unos momentos, sentí.

—No es una amenaza, es un simple aviso. Me agradas, Diana. Me agradas incluso por encima de lo común, ya te lo he dicho antes, pero para mí encontrar ese evangelio es muy importante, pasa por encima de cualquier cosa. Ha sido mi prioridad durante años. Solo quiero que tengas claro ese punto. Respeto tu intimidad, y te doy mi palabra de que seguiré haciéndolo mientras dure nuestra relación profesional. Hemos cerrado un contrato verbal. Te has comprometido a colaborar conmigo para dar con ese evangelio. Solo te pido que no me engañes, que si sabes algo sobre ese libro, no me lo ocultes —dijo tajante, cambiando su tono varias veces mientras hablaba.

—No —respondí con determinación, y lo miré con aire desafiante—. Me he comprometido a ayudarte con Virginia, a intentar conseguir la información que ella pueda tener sobre el paradero del evangelio, nada más. En ningún momento hemos hablado sobre los datos de que yo disponga, ni de la obligación de dártelos para encontrar ese libro. Solo de Virginia.

—Entonces, ¿tienes información sobre el libro y no me lo has dicho?

—Tengo la misma que tú. Sé que Virginia acompañaba a su marido en las investigaciones, que este desapareció y que ella cree verlo en el metro. Nada más. Quiero localizarla porque se niega a reconocer el cuerpo de su esposo. Un amigo del matrimonio viene a España para repatriar los restos mortales de Duncan y no sabe dónde está Virginia. Ha intentado localizarla, pero le ha sido imposible. Da la casualidad que soy amiga de una alumna suya y ella es la que me lo ha pedido directamente. Me contó lo que le sucedía, en qué condiciones estaba, y se me ocurrió que el sitio más idóneo para empezar a indagar sería en el metro.

—Pero al vigilante le dijiste que ya la conocías.

—Me lo inventé para que él me contase si la había visto. Esa vez sí supe mentir —le dije irónica.

Pedimos la cuenta y nos la trajeron enseguida. Farid se quedó pensativo, ensimismado, dando vueltas entre sus dedos a la tarjeta de crédito. Finalmente la colocó junto a la factura y me miró.

—Discúlpame, no estoy muy acostumbrado a fiarme de nadie, es una de las claves del éxito de mi negocio. Soy un embaucador y siempre temo

encontrarme con alguien como yo. ¡Lo siento! Vayamos a la tienda y olvidemos nuestra conversación. Volvamos al comienzo, será más productivo que estar desconfiando el uno del otro. ¿Te parece?

—Farid, ¿para qué quieres ese libro? —le pregunté al tiempo que nos levantábamos de la mesa.

Me miró en silencio, ya de pie. Se acercó a mí y me dijo bajito, pegado a mi oreja:

—Lo consultaré, me beberé sus páginas, la información que hay en ellas, y luego lo destruiré.

CAPÍTULO 22

Jamás se me habría ocurrido que Farid quisiera encontrar el evangelio para destruirlo. Al escucharle, recordé las pintadas que encontré en mi antiguo apartamento, donde vivíamos Alán y yo antes de mudarnos al ático de Argüelles. También pensé en la destrucción de la documentación que me envió Andreas desde Escocia con todo el material sobre Aradia y las conjeturas sobre el paradero del evangelio de las brujas. Rememoré el estado en que me encontré el apartamento: los folios hechos añicos, repartidos por todo el piso del salón, y aquel líquido rojo que, al verterlo en la tartera, se adhirió a ella y la convirtió en un cuenco del mismo color y consistencia que las cubiertas de mi libro.

Nada más salir del restaurante, el teléfono móvil de Farid sonó. Levantó la mano en un gesto de disculpa y se retiró unos metros de mí. Hablaba en francés, bajito y pegado a la pared del edificio contiguo al restaurante. Yo le esperé a la sombra de uno de los árboles que había en la acera porque, a pleno sol, el calor a aquella hora de la tarde comenzaba a ser insoportable.

Aquel hombre tan atractivo, culto e inteligente, que aparentaba ser un materialista, que en un principio me había hecho creer que lo único que le importaba era encontrar una pieza de valor incalculable, ahora decía querer destruirla. Algo no encajaba en todo aquello, pensé mientras las dudas sobre sus intenciones respecto a mí comenzaban a surgir de nuevo. ¿Y si Farid fue quien entró en mi apartamento y pintó aquella luna de sangre?, me pregunté. Tal vez había mentido, como lo había hecho yo. Podía haber estado tras mi pista desde que vivía con Alán en el piso de Manuel Becerra, que curiosamente estaba muy cerca de su tienda, en el barrio de Salamanca. Quizás no era tan intuitivo como había dicho y ya conocía a Alán, de modo que al verlo con Azucena en aquel taxi supo el motivo de mi reacción. Si mis conjeturas eran ciertas no podía hacer nada, debía continuar con la misma

actitud frente a él y no levantar sospechas. Estaba en un callejón sin salida, pensé aterrada.

—¡Discúlpame! —me dijo—. Sin duda la tecnología tiene muchas ventajas, pero también nos ha hecho más esclavos. Debería haber desconectado el teléfono. Siento que hayas tenido que esperarme.

Le sonreí con desgana, aún inmersa en mi desconfianza.

—¿Pasa algo? —me preguntó al ver que caminaba sin mirarlo y en silencio.

—No, no. Es este calor tan seco. Me mata, como la ciudad. Aunque amo Madrid, ya sabes: hay amores que matan.

—Eso lo solucionaremos enseguida. El aire acondicionado de la tienda es un milagro, y en el sótano la temperatura es estable, ni frío ni calor. Ahí tengo toda la documentación que quiero enseñarte. También guardo el original del cuadro del vampiro, en una caja fuerte. Es más pequeño que la copia, pero aún más real, si cabe. —Sonrió—. Te sorprenderá. El estilo me gusta tanto como la pintura de Antonio López. Ese hombre es diferente al común de los mortales, ¿lo conoces?

—Desmond —dije pensando en voz alta.

—Me refiero al pintor, Antonio López García, no al vampiro. ¿Seguro que te encuentras bien?

—Sí, sí, perdona, no sé en qué estaba pensando —dije, intentando enmendar mi desliz—. Conozco los cuadros de Antonio López, son un prodigio, igual que sus esculturas. No creo que el cuadro de tu vampiro le llegue ni a la suela de los zapatos —le dije con cierta ironía, enfatizando el posesivo.

Al escucharle hablar sobre el cuadro, mis conjeturas se desbarataron. Farid no conocía a mi amigo Desmond, me dije. Por su actitud, por todo lo que me había comentado sobre él y las investigaciones que había llevado a cabo en torno a su vida, era evidente que no se habían visto. En ese caso, era evidente que tampoco me conocía a mí, pensé recuperando parte de la calma perdida.

—Mira —me dijo nada más cruzar el umbral de la puerta de entrada del local—. Como te dije, ese cuadro ejerce una extraña atracción en todo aquel que lo contempla —me comentó mirando a un cliente que, parado frente al óleo, lo observaba estático, ensimismado en la pintura—. Eso sucede con la copia, ni te cuento la sensación que produce ver el original, tenerlo frente a ti...

Accedimos al sótano tras abrir una puerta acorazada, algo que me resultó tan extraño como imprevisible. Pensé que aquel habitáculo sería más pequeño, de dimensiones y estructura comunes. Lo había imaginado como el típico trastero o almacén en el que Farid guardaría algunos objetos de un valor relativo, con la característica caja fuerte de pared y un espacio destinado para una mesa de despacho. Tras ella estaría la tradicional estantería llena de archivadores de cartón a rebosar de facturas y albaranes de entrega. Pero, una vez más, me sorprendió. El sótano, que a simple vista ocupaba una parte considerable del bajo del edificio, tenía las paredes aisladas con láminas de metal que iban del suelo al techo. En dos de ellas había varias librerías de puertas acristaladas que guardaban cientos de libros, y no me cupo la menor duda de que eran piezas únicas. Había grandes cajas de madera repartidas por el suelo, algunas ni tan siquiera habían sido abiertas. Vi sellos de las aduanas de diferentes países, pero predominaban los de El Cairo, y la mayoría eran antiquísimos. La temperatura era estable y controlada por un sensor. Me sobrecogió tanto la cantidad de objetos, lienzos, joyas y libros que había en aquel recinto que no pude evitar pasear por él, ensimismada en la contemplación de cada pieza.

—Impresiona, ¿verdad? —dijo Farid, sentado en el sillón de piel marrón que tenía junto a la mesa—. Este es mi reino, en el que solo entran personas de mi confianza. Todas y cada una de estas piezas están vivas; tienen alma. A veces solo bajo para escuchar lo que cuentan. Ese y no otro es su verdadero valor, lo que le da sentido a mi búsqueda: encontrarlos para después protegerlos.

—Entonces, es curioso que quieras destruir el evangelio —comenté sin poder reprimir mis pensamientos.

—Créeme si te digo que me dolerá hacerlo, pero no tengo alternativa. Lo que haga con el libro es cosa mía, y eso incluye los motivos para destruirlo. Te recuerdo que nuestro trato no va más allá de encontrarlo —puntualizó.

No quise preguntar más, porque su mirada me resultó aún más tajante que sus palabras.

—He recapacitado sobre todo lo que me has comentado y no entiendo qué relación puede haber entre el evangelio y el vampiro. No se me ocurre qué vinculación pueden tener.

Sonrió y, con un gesto de la mano, me indicó que lo siguiera.

Farid se situó frente a una de las paredes que estaban vacías. Sacó un llavero del bolsillo interior de su americana, similar a los aparatos que

desconectan las alarmas de las casas; plano, de metal y con una piedra de cristal verde en el centro. Se dio la vuelta y, de espaldas a mí, lo acercó al tabique. Sin tocar la pared comenzó a trazar en el aire una espiral. Cuando dejó de mover la mano frente al tabique, la lámina de metal se abrió hacia nosotros como si fuese una puerta. Tras ella estaba la caja fuerte.

—¡Increíble! —exclamé—. Lo que tienes aquí montado es sorprendente. No sé qué puede tener más valor, si lo que guardas en este recinto o esta especie de habitación del pánico.

—Sin lugar a dudas, lo que guardo —expuso, girando la rudimentaria rueda de la caja fuerte.

—No entiendo que tengas una caja fuerte tan elemental. Comparada con las demás medidas de seguridad del recinto, es como si utilizases máquina de escribir con papel de calco en vez de emplear un ordenador con tratamiento de textos.

—En el fondo soy un romántico. —Sonrió—. Aunque no lo creas, esta bestia —dijo, dando una palmada sobre la caja fuerte— es mucho más segura de lo que aparenta. La electrónica tiene muchas puertas traseras, pero este dinosaurio es casi inviolable.

»Date la vuelta —me pidió—, quiero que lo veas de una vez, sin que aprecies antes ni un ápice de la pintura.

El retrato poseía un realismo sobrecogedor: el azul añil de los ojos, la textura y expresión de los labios, los poros de la piel, visibles y de una apariencia tan real como escalofriante. Parecía estar vivo. Al mirarlo, la sensación fue turbadora, tanto que desbarató mis pensamientos y creo que, por unos momentos, hasta mi raciocinio. Parecía que era él, el vampiro, quien nos estaba contemplando, y no al revés.

—Es tan real y hermoso que duele mirarlo; es sobrecogedor —dije sin apartar la vista del cuadro, con dificultad, como si mis palabras también me hiciesen daño al ser pronunciadas.

—La belleza es peligrosa. Es como un canto de sirena: escucharlo durante un segundo resulta inocuo, pero si le dedicas más tiempo de atención puede ser perturbador, muy peligroso. Por ello hay que dosificar la contemplación de esta obra. Igual sucede con la mirada de las brujas, que pueden captar cualquier cosa que pretendas ocultarles y, lo más temible, enamorarte —explicó una vez más en tono irónico, con el cuadro sujeto entre sus manos—. Ya te dije que era muy especial. Como ves, no exageré. Es extraordinario, tan perfecto y enigmático que cuesta retirar la vista del rostro y

prestar atención al resto de la obra. Intenta fijar la mirada en su cuello, y si lo consigues, porque muy pocos lo logran, dime qué ves. Te costará hacerlo. No te asustes si ves que no te es posible, es algo que le sucede a todo aquel que ve la pintura original.

Tal y como Farid me advirtió, me resultó difícil dejar de contemplar sus ojos, aquella mirada violeta que parecía entrar en mis pensamientos, que me desbarataba por dentro, igual que hacía la de Desmond.

—Un colgante —le respondí.

—Eso es lo que une a nuestro vampiro con el evangelio de las brujas. Según mis investigaciones, esa piedra roja que cuelga de su cuello formó parte del incunable.

CAPÍTULO 23

A medida que iba averiguando más datos, la posibilidad de que el vampiro del cuadro fuese Desmond cobraba más sentido. Y si no lo era, tenía que ser un antepasado suyo con el que guardaba un parecido genético increíble, similar al de los gemelos idénticos, y del que hubiese heredado aquel colgante rojo con forma de péndulo que pendía de su llavero. Porque el péndulo que el padre de Amaya había sujetado el día de la explosión y que, según había dicho el florista, evitó que los cristales le cayeran encima, era idéntico al colgante que exhibía el retrato. Tenía la misma forma, el mismo color y parecía metálico.

—Pero... en la copia el colgante no aparece. O al menos yo no lo recuerdo —dije sin retirar la vista del óleo.

—El pintor que realizó la reproducción no vio la piedra en el cuello del original. A pesar de tenerlo frente a él, fue incapaz de apreciarla y pintó el retrato sin ella. En varias ocasiones he hecho una prueba: he mostrado los dos juntos, el original y la copia, y solo unas pocas personas, muy pocas, notan la diferencia. Es asombroso, ¿no crees?

—Sin duda —le respondí, atónita.

—Este cuadro es un auténtico «expediente X». Sabes a lo que me refiero, ¿verdad? —preguntó, y asentí en silencio—. Terminas de ser partícipe y fiel testigo de una vivencia que no tiene una explicación racional. Este retrato es una prueba más de que no todo se puede explicar a través de la ciencia. —Hizo una pequeña pausa en la que cerró los ojos como si estuviera retomando un pensamiento perdido.

—Tendré que creer lo que me dices, no me queda otra porque no puedo cotejar tus palabras con nadie —comenté en tono burlón.

—No te miento, Diana. No tengo ningún interés en mentirte en esto. Según los documentos que he ido recuperando de archivos ocultos en

monasterios, bibliotecas personales y lugares tan recónditos e insospechados que no imaginarías jamás, la piedra que cuelga del cuello es parte de las cubiertas con las que fue confeccionado el evangelio —me explicó mientras introducía el cuadro en la caja fuerte.

—¿Me estás diciendo que las cubiertas de ese evangelio son como la piedra?

—Sí, y están confeccionadas con una aleación desconocida —aseguró.

Dio un último giro a la rueda de la caja fuerte y, al hacerlo, un ruido fuerte, seco y metálico sonó en su interior. Fue como si algo hubiera chocado contra la puerta con fuerza, estampándose contra ella.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté dando un respingo hacia atrás, asustada.

—El cuadro —respondió él con voz serena, como si aquello no tuviese la más mínima importancia—. Sucede cuando lo devuelvo al interior. Es como si se precipitara contra la puerta una y otra vez. No te asustes, en breve lo dejarás de oír.

—No hablarás en serio... —le dije con evidente preocupación.

—Sí, completamente en serio. He intentado buscarle una explicación, pero no lo he conseguido. Si ahora abriese la caja, el cuadro estaría en la misma posición en que lo dejé; sin embargo, es evidente que se mueve y golpea el interior. No hay nada más que pueda producir ese ruido.

Hizo una pausa, me miró, levantó el brazo y me indicó con el gesto que nos dirigiéramos a su mesa.

—Será mejor que olvidemos el retrato. Le estamos prestando demasiada atención. Voy a pasarte los datos de los que te hablé. ¿Te parece bien que lo haga en un *pendrive*? Así te resultará más fácil llevártelos y podrás consultarlos con calma. Espero que los analices tal como has hecho con el cuadro original. Estoy seguro de que a mí se me ha escapado algo y, con toda probabilidad, tú lo verás, como ha sucedido con el colgante, porque es evidente que tienes la mirada de una bruja. —Hizo una pausa y me miró sonriente—. Aunque no lo seas —puntualizó al ver mi expresión de enfado.

—Si tú lo dices... Creo que solo soy observadora. En cuanto a los documentos, si dices que mi mirada es especial, ¿no crees que sería más efectivo que me dejases ver los originales? —le pregunté, mirando de soslayo la lámina de metal que ya cubría de nuevo la caja fuerte. Los golpes, como me había dicho Farid, eran cada vez más tenues, menos audibles.

—Te pasaré solo lo imprescindible. Los datos que te doy son los mismos, resumidos pero exactos. Será lo mejor para ti y para mí, créeme. No

soy el único que busca ese texto, hay muchos más que van detrás de él, y no todos son como yo ni usan los mismos métodos. Si te sucediese algo no me lo perdonaría... Me gustas, Diana. Eres una buena persona.

Aquella declaración sonó diferente y estuvo acompañada de una mirada que, por unos segundos, lo alejó de la búsqueda incansable y obsesiva de mi evangelio.

—Farid, debes disculpar mi desconfianza —le pedí. Callé un segundo, tomé aire y, mirándolo a los ojos, le dije—: Pienso que no me dices la verdad. Creo que en realidad no buscas ese libro, sino al vampiro.

—Durante mucho tiempo lo busqué a él con la esperanza de que me condujera al evangelio, y no he abandonado del todo esa idea, no voy a mentirte. Si tomamos todos los datos que tengo y que tú podrás ver cuando consultes la documentación que te he dado, todo lleva a pensar que si el vampiro tenía esa piedra, también estuvo cerca del evangelio, por no decir que el libro estuvo en su poder y que tal vez sigue estándolo. Pero no sé dónde está ese vampiro, que es más escurridizo que una anguila. Sin embargo, ahora que he encontrado a Virginia, mi búsqueda ha cambiado de dirección, por el momento —puntualizó.

Pero no lo creí. Había algo en su mirada, en sus gestos y en el tono de su voz que me decía que mentía, que lo que realmente pretendía era encontrar tanto al vampiro como el evangelio, y que tal vez quisiera destruirlos a ambos.

Apenas tardó unos minutos en pasar al dispositivo electrónico la documentación de la que me había hablado.

—No puedo decirte cuánto tiempo voy a tardar en revisarlo —le dije, tomando de su mano el *pendrive* dorado—. Ahora mismo tengo muchos temas pendientes y, para serte sincera, este asunto me está superando; me parece surrealista.

—Tómame el tiempo que sea preciso. Yo estaré fuera lo que queda de mes, de vacaciones, así que la tienda también estará cerrada. Cuando regrese, iré a París sin pasar por España. Nos vemos a mi vuelta, que será sobre el veintitrés de septiembre, más o menos. En pleno equinoccio, una fecha tan mágica como lo es nuestra investigación, ¿te parece bien? ¿Crees que para entonces habrás tenido tiempo de revisarlo?

—¿Te vas? —le pregunté sorprendida—. ¿Y Virginia? Pensé que te apremiaba que yo hablase con ella.

—Y me urge, pero no por ello voy a precipitarme. Llevo demasiados años con esta investigación como para ahora tirarlo todo por la borda.

Además, ahora cuento con una socia —añadió con una sonrisa—. Mientras yo descanso y soluciono los temas pendientes que tengo, tú estarás dándole un repaso a la documentación, revisando, cotejando y sacando tus propias conclusiones, que, dicho sea de paso, me interesan más de lo que te puedas imaginar. El que hayas visto la piedra en el cuadro es una garantía de que si hay algo en esa información que yo no haya visto, tú lo detectarás. Estoy seguro de ello.

—Parecías tan interesado en Virginia que me sorprende que ahora te marches. Y si me dice dónde está el evangelio, ¿qué harás entonces? —le pregunté, a sabiendas de que aquella posibilidad era inviable, porque Virginia no sabía que el evangelio, en aquellos momentos, estaba en manos de Ecles, al que ella ni siquiera conocía.

—Si consigues que lo haga, en el caso de que ella lo sepa, lo pospondré todo e iremos juntos a buscarlo, de eso no te quepa la menor duda. Lo más probable es que Virginia solo nos lleve a más pistas que, unidas a los datos que yo te he dado —señaló el dispositivo—, pueden conducirnos a su paradero. Y eso, créeme, no será cuestión de una semana, sino de mucho más tiempo. Este no es un trabajo que se pueda realizar a destajo. Si hubiera sido así, el evangelio de las brujas ya estaría en mis manos hace tiempo. Cuando revises estos datos, te darás cuenta de que todo conduce una y otra vez al mismo sitio, es como un gran laberinto. El objetivo es encontrar la salida o su centro. Allí, en uno de esos dos puntos, debe estar el texto. Pero aún no he logrado llegar a ninguno de los dos, aún sigo perdido dentro de él, enterrado en la infinidad de datos de que dispongo.

—Farid, no tengo muy claro si me compensa seguir en esto. Si tú no lo has conseguido, no creo que yo sea capaz de hacerlo —dije levantando el *pendrive*—. Además, siento que si sigo adelante estaré firmando un contrato sin fecha de vencimiento, y eso es lo que más me asusta.

Aunque ante él me había mostrado incauta, no lo había sido. A medida que fui recabando datos y supe lo que se proponía Farid, sus verdaderas intenciones, me sentí más insegura. Participar en aquella investigación podía acarrearme problemas, y no solo a mí, sino también a Desmond. Comprendí que para estar a salvo, Farid debía seguir ignorando mi verdadera identidad, mi vida y, sobre todo, el lugar en el que residía, algo que seguramente sería imposible si mantenía el trato con el anticuario.

Tal vez él estuviera jugando las mismas cartas que yo en aquellos momentos, me dije. Quizás supiese quién era yo en realidad y me estuviera

utilizando para llegar al libro y a Desmond. Cuando nos encontramos en el albergue, mi intención era únicamente encontrar a Virginia, ayudarla y averiguar qué le había sucedido a Duncan, pero las casualidades nos habían unido en una búsqueda con objetivos diferentes, y en ese momento me sentí atrapada.

Lo miré y, por unos instantes, tuve miedo, miedo de él. Sin duda Farid era un hombre poderoso, capaz de muchas cosas para alcanzar sus objetivos, pensé recorriendo con la vista los objetos que allí atesoraba. Era muy improbable que, después de haberme revelado todo aquello, me dejara ir sin más. Sin darme cuenta, me había metido en un callejón sin salida.

—Firmamos un contrato verbal, ¿lo recuerdas? —inquirió.

—Sí, claro que sí, pero ahora que sé todo lo que conlleva, no lo tengo claro. Lo siento, pero no me veo capaz —le dije, tendiéndole su *pendrive*.

—Diana, debo admitir que te he mentado. Ninguna de las personas a las que les he mostrado el cuadro original del vampiro pudo ver el colgante. Hasta ahora, solo tú y yo lo hemos visto. Por eso creo que si hay algo que se me ha escapado en esos datos —dijo mirando el dispositivo— únicamente tú serás capaz de encontrarlo.

Durante años, Farid había estado buscando a alguien capaz de ver en el óleo el colgante que el vampiro llevaba en el cuello. Me explicó que había mostrado el cuadro a las personas que tenían alguna relación con su investigación, aunque sin dar a conocer sus fines ni motivos, omitiendo sus investigaciones y objetivos. Quería asegurarse de que la piedra realmente estaba en el original, porque nadie más que él la veía, y aquello le llevó a pensar que su obsesión por encontrar el evangelio le estaba produciendo algún tipo de alteración mental. Su objetivo al llevarme a la tienda no solo era que yo hablase con Virginia, también quería comprobar si yo podía ver el colgante. Por ello no mostró desconfianza ni tomó precauciones al mostrarme el cuadro y el lugar donde lo guardaba, algo que a mí me pareció extraño considerando que no nos conocíamos de nada, pero que dejé pasar por alto cuando él me explicó que buscaba el evangelio. Ambos teníamos intenciones ocultas y nos estábamos aprovechando de la ignorancia del otro. Para Farid, que yo hablase con Virginia era lo de menos, porque la mujer ya le había dicho prácticamente todo lo que sabía sobre el evangelio. Y ella tampoco había visto el colgante.

—Es una buena persona, como tú. Me ha contado todo lo que sabe y no puedo pedirle más. Cuando me dijiste que un amigo de su marido venía a buscarla, me alegré. De hecho, ya tenía pensado ayudarla para que volviese a

su país. Creo que aquí corre peligro.

—¿Por qué no me lo dijiste? Todo habría sido más fácil —le recriminé.

—No me habrías creído. La verdad muchas veces es tan peligrosa como la mentira. Ahora te ruego que creas en mis palabras. Mi único interés es encontrar ese libro, y quiero que me ayudes. Has visto el colgante, y si lo has hecho es por algo. Todo, absolutamente todo, tiene un sentido, nada sucede por casualidad, y menos en este caso. Llevo años buscando a alguien como tú, que tenga la misma percepción que yo para lo paranormal. Incluso has oído los golpes en la caja fuerte. Te aseguro que nadie los capta; si quieres, te lo demostraré. Aunque quizás estemos locos los dos —añadió con una expresión que me sobrecogió—. Dicen que la locura es contagiosa y que no es extraño que el dinero y las obras de arte conduzcan a ella.

»No quiero que tengas miedo de mí —me aseguré—. Te protegeré, siempre lo haré. Te doy mi palabra que así será, pase lo que pase siempre estaré a tu lado, ¿te lo prometo! —exclamó, tan seguro de sus palabras que, aunque su intención y significado eran lo contrario, volvieron a atemorizarme.

Aquel «Te protegeré, siempre lo haré» me produjo una sensación extraña e inquietante que pareció rodearme, envolverme en una especie de bruma que se quedó pegada a mi piel y mis sentimientos. Por unos segundos viví un *déjà vu* que no aventuraba nada positivo.

—Estás pálida, ¿te encuentras bien? —me preguntó.

—Estoy saturada, eso es todo.

—Dejaremos que el tiempo corra, él es el dueño y señor de nuestras vidas. —Hizo una pausa—. No olvides mi oferta, es una cantidad considerable que pude permitirte llevar una vida acomodada dedicándote solo a investigar para mí. En realidad no me preocupa mucho lo que pueda suceder, porque sé que si tenemos que volver a encontrarnos, lo haremos, ya sea en esta realidad o en otra.

El teléfono de línea interna que tenía sobre la mesa sonó. Me indicó con un gesto que le perdonase y lo descolgó. Habló unos segundos en francés, colgó y volvió a mirarme.

—Hace unos minutos he tenido un *déjà vu* —me confesó—. Estoy seguro de que estamos unidos por algo que desconocemos pero que ha hecho que nos encontremos, y no creo que sea solo el evangelio.

»Virginia está ya en la tienda. Nos espera —dijo, cambiando el tema de conversación—. Vayamos a hablar con ella, si aún quieres hacerlo —me propuso, y yo asentí—. Quédate el *pendrive* y piensa en lo que te he dicho, es

un buen trato. Si decides continuar, hazlo sin más. No tienes que darme una respuesta ahora. Toma —dijo, y me entregó un teléfono móvil—. Utilízalo solo si es estrictamente necesario. Este es mi número y este el apartado de correos donde debes mandar el dispositivo y el teléfono en el caso de que decidas no seguir con la investigación. Si es así, no te molestaré más, te doy mi palabra —aseguró al tiempo que me tendía una tarjeta, pero diferente a la que me había dado en el albergue, pues solo figuraba el apartado de correos y un número de móvil—. En cuanto me haya marchado no tendrás otra forma de ponerte en contacto conmigo. Cuando regrese, te llamaré a ese número —dijo, señalando el teléfono que me había dado y que yo tenía en mis manos.

CAPÍTULO 24

Me sorprendió el aspecto físico que tenía Virginia. De habérmela encontrado en la calle no la habría reconocido, pensé mientras la miraba de arriba abajo. Vestía unos pantalones anchos y tobilleros de color marfil que parecían confeccionados en seda, y una blusa del mismo tejido y de corte también amplio. Llevaba unas sandalias marrones, muy similares a las de Farid. Tenía un aspecto pulcro y elegante, con el pelo limpio y recogido en un moño bajo. Iba ligeramente maquillada y olía a un perfume que no identifiqué, pero que por su fragancia supuse que debía de ser muy caro. Estaba en la entrada de la tienda, charlando animadamente con el dependiente.

—¿Es Virginia? —le pregunté a Farid desde el fondo de la tienda, mientras la observaba quieta, casi estática, sin dar crédito al aspecto de la mujer.

—Por supuesto —me respondió Farid—. Necesitamos muy poco para revivir. Somos como la vegetación. Basta un poco de agua y un rayo de sol para que volvamos a la vida. Eso le ha sucedido a ella. Solo tuve que darle los libros que venía buscando y demostrarle que creía en ella, en lo que le sucedía, para que el milagro se produjese. De este modo recobró la esperanza, únicamente fue cuestión de que volviera a creer, a tener fe.

—Entonces fue así como la conociste, vino a tu tienda buscando unos libros. Pero ¿qué libros? Tú no estás especializado en ese tipo de artículos.

—No de cara a la galería. Comercio con muchos objetos, tú misma lo has visto —explicó con una sonrisa azorada.

—¡Ya! —respondí irónica.

—A veces perdemos la memoria sin saber por qué motivo y la recobramos del mismo modo. Eso le sucedió a Virginia. Estuvo durmiendo en el escalón de la tienda una noche entera, esperando a que abriésemos. Mi empleado no la dejó entrar, pero ella siguió ahí, sentada en el suelo, apoyada

en la pared. Le dijo al dependiente que buscaba un libro antiguo que hablaba sobre la existencia de universos paralelos y le aseguró que no se iría de allí hasta que no se lo mostrase, porque ese texto podía ayudarla a encontrar a su marido. Le explicó que su esposo se había perdido en una dimensión paralela a esta. Que necesitaba ese tratado no solo para ir en su busca, sino también para encontrar el evangelio de las brujas, ya que ese incunable era el motivo de la desaparición de su cónyuge. Él, al escuchar el título que le daba la mujer, me llamó.

—Pero ¿cómo supo ella que tenía que venir a tu anticuario? —le pregunté, desconcertada.

—Me contó que uno de los policías de la Científica le dio la dirección de la tienda. Le dijo que si encontraba el evangelio para él, la ayudaría en la búsqueda de su marido. Eso fue después de que Duncan muriese en uno de los bancos del metro y tras localizarla para que identificase el cadáver. La acompañé a buscar al agente, pero en el departamento nadie lo conocía, y aunque nos atendieron muy bien, no le prestaron mucha atención debido a la extraña actitud de Virginia antes y durante el intento frustrado del reconocimiento del cuerpo de Duncan. Y el resto ya lo sabes. La ayudé y aún sigo haciéndolo. No pienses que me mueve solo el interés, también lo hago porque es una buena persona y se lo merece, como todos los que se hallan en una situación extrema.

—Ahora me vas a decir que eres un ángel —repuse con cierto sarcasmo.

Sin responderme, comenzó a caminar hacia la entrada de la tienda. El sol ya había caído y el dependiente miraba de soslayo su reloj de pulsera.

—Ya me encargo yo de todo —le dijo Farid—, ya puedes irte. Gracias por tu paciencia y tu tiempo, Ígor.

—No tiene por qué dárme las, señor —le respondió el hombre, y se marchó.

—Virginia, esta es Diana. Diana, Virginia —dijo Farid a modo de presentación.

Ambas nos saludamos con un beso en la mejilla y repetimos casi al tiempo el cortés «Encantada».

—Diana también está interesada en la teoría de la existencia de mundos paralelos y en la relación que esta pueda tener con la desaparición de tu marido y el paradero del evangelio de las brujas, pero además conoce a un amigo de tu marido. Me gustaría que le dijese, igual que hiciste conmigo, todo lo que sabes sobre ello. Es posible que pueda ayudarte.

—¿Conoces a un amigo de mi marido? —me dijo con un brillo de desconfianza asomando a sus ojos.

—Bueno, es que Farid no se ha explicado del todo bien. No conozco a Andreas personalmente, es una amiga mía quien lo conoce y fue ella quien me pidió que lo atendiese mientras esté aquí. Viene a España para repatriar los restos mortales de Duncan y a buscarte por si necesitas ayuda o quieres regresar a Escocia con él.

—Duncan no ha muerto —me respondió ella enfadada, en un tono seguro y firme—. El hombre que encontraron no es mi Duncan, no el que vivió conmigo. Ese vino de un universo paralelo. No lo conozco, ni siquiera sé si he llegado a vivir en algún momento con él.

Farid intervino para que la conversación no se enrareciera, porque yo no supe reaccionar a las palabras de Virginia; su seguridad en lo que decía y el tono imperativo que empleó me dejaron muda y algo incómoda. El anticuario le explicó que mis intenciones no iban más allá de comunicarle la llegada de Andreas y que él me había contratado para ayudarle en la búsqueda del evangelio. Ella siguió mostrándose distante, como si no creyera del todo sus palabras, pero cambió su discurso y el tono.

Cuando subimos al piso comprobé que Farid me había mentado: él no vivía allí de asiduo. En todo caso, utilizaba aquel espacio como lugar de consulta e investigación, pensé mirando asombrada alrededor. La vivienda era un *loft*, no había más tabiques que los dos que separaban el baño y la cocina americana del resto de la estancia. Las paredes del apartamento quedaban completamente ocultas por unas estanterías que iban del suelo al techo, repletas de libros. Muchos de los volúmenes estaban colocados en diferentes posiciones, tapando otros que quedaban detrás de ellos. No había lugar para cuadros, adornos ni ningún objeto decorativo. Solo algunas lámparas de pie proporcionaban luz al gran espacio que componía aquel *loft*, tan extraordinario como su propietario. Los ventanales tenían miradores de cristal con marquetería y no había ningún tipo de estor o cortina que impidiese ver desde la calle el interior de la vivienda. En una esquina, cerca del ventanal más grande del apartamento, había un tocadiscos y, junto a él, un gran número de vinilos apilados en diferentes montones. En el centro destacaba un sofá profundo y largo que, según imaginé, habría hecho las veces de cama para Virginia el tiempo que llevaba allí residiendo.

—Me dijiste que vivías aquí —comenté.

—No, seguro que no te dije eso. En todo caso te habré dicho que la casa

me pertenece y que mi familia vivió aquí. De hecho, esta fue la residencia de mi abuelo y mis padres. Yo solo lo utilizo cuando estoy en la tienda. Y ahora sirve de alojamiento para Virginia —dijo, y sonrió al mirarla.

—Espero que sea por poco tiempo. Necesito recuperar mi vida —comentó ella.

—Es tarde —dije al darme cuenta de que el sol ya se había puesto—. Si te parece bien —propuse, dirigiéndome a Virginia—, podemos vernos otro día con más calma.

—Si tú no tienes prisa, yo prefiero que hablemos hoy, no dispongo de mucho tiempo en estos momentos y, si te soy sincera, te atiendo por Farid. No me gusta hablar con nadie sobre lo que me ha sucedido —contestó ella, indicándome con un gesto que me sentase en el sofá.

—Voy a pedir unos canapés y bebidas —intervino Farid, cogiendo su teléfono móvil—. ¿Qué os apetece?

Virginia no me contó nada que yo no supiera, a excepción de su teoría sobre la desaparición de su marido:

—Dejé de verlo en el metro el mismo día que apareció ese otro Duncan sentado en el banco de la estación. Algo tuvo que suceder para que él dejase de frecuentar el tren. Después, los de servicios sociales me localizaron. Tras ellos vino la policía y los del juzgado. Sé que mi Duncan encontró la forma de volver al año en que desapareció y que ahora está ahí, esperándome. Tal vez te resulte difícil creer lo que te digo, pero es tan cierto como que ahora estamos aquí. Junto a nosotros hay más realidades que existen a la par, y en una de ellas está mi Duncan, el que ha vivido conmigo. Esa estación de metro es una puerta, una entrada a otra dimensión, posiblemente a muchas más, y yo voy a regresar a la que me pertenece en el mismo espacio temporal en el que él desapareció. Encontraré la forma de hacerlo y, cuando lo consiga, lograré que mi Duncan deje esa maldita investigación y volveré a vivir con él. Cambiaré su destino y el mío, porque el tiempo no existe, se repite una y otra vez, solo que no lo percibimos.

—¿No piensas encontrarte con Andreas? —le pregunté.

—Con el Andreas que viene a España no. Lo haré con el que conocí junto a mi marido, por supuesto —me dijo, absolutamente convencida de que iba a encontrar esa puerta por la que llegaría al pasado, a su pasado.

Y yo la creí, porque ya había vivido esa experiencia. Sin embargo, temí por ella, ya que el pasado, el presente y el futuro eran demasiado inestables, proclives a cambios imprevisibles, algo que Virginia ignoraba, pensé

recordando las múltiples paradojas que podía causar en su regreso, situaciones que podían cambiarlo todo o conducirla al mismo lugar una y otra vez.

—Si Andreas se pone en contacto conmigo le diré que no te he visto. Imagino que es lo que tú prefieres, que no sepa dónde estás.

—Así es. Te lo agradezco —me dijo con una sonrisa.

Nos despedimos ya entrada la noche, después de que ella me enseñara varios libros que la habían ayudado a entender la posibilidad de la existencia de universos paralelos, de múltiples pasados, presentes y futuros que existían de forma simultánea, la misma teoría en la que Rigel creía ciegamente y en la que me había adoctrinado, de modo que había podido asimilar y entender lo que me había sucedido también a mí.

—Piensa en mi propuesta —me dijo Farid mientras abría la puerta del taxi que había pedido para mí—. No olvides que estaré fuera hasta septiembre, pero que cualquier suceso urgente, que consideres importante, puedes comunicármelo a través del móvil que te he dado. —Y con estas palabras, me tendió un sobre cerrado que cogí.

Me despedí de él pensando que al día siguiente le devolvería el dinero que había en aquel sobre junto con el dispositivo electrónico y el teléfono. Lo enviaría al apartado de correos que me había facilitado. Sin embargo, algo me decía que, aunque lo hiciera, aunque intentase desvincularme de él, no lo conseguiría.

Farid tenía razón: había algo que nos unía, algo que se escapaba a nuestro raciocinio y a nuestra voluntad. Yo, como él, sabía que, quisiéramos o no, volveríamos a vernos, en esa o en otra realidad, pensé mientras por el cristal trasero del taxi lo veía levantando la mano para despedirse de mí.

CAPÍTULO 25

Llegué a casa a media noche. En el ascensor recordé que *Senatón* había estado solo prácticamente todo el día. Desde el momento en que conocí a Farid, mi abstracción había sido tal que olvidé mi vida, mi cotidianeidad, a *Senatón* y a Alán. Incluso mi situación económica, mi reciente despido, pasaron a un segundo plano y dejaron de ser importantes. Puse el sobre, el teléfono y el *pendrive* sobre uno de los estantes del salón y me dirigí a la cocina, donde *Senatón* maullaba reclamando su pienso. Lo acaricié mientras me disculpaba con él y le llené el comedero. Dentro del ático el calor era insoportable, de modo que abrí todas las ventanas y me dispuse a darme una ducha. Necesitaba relajarme, pensar qué iba a hacer. Tenía demasiados frentes abiertos. En poco tiempo todo parecía haberse confabulado, como si el destino, una vez más, jugara conmigo a su antojo, y lo peor no era aquello, lo más inquietante era que no sabía adónde me conducirían los cambios que se avecinaban en mi vida.

Antes de meterme en la ducha sonó mi móvil. Era un mensaje de voz de Alán. Me decía que me echaba de menos y se disculpaba una vez más por no haberme llamado. No había tenido ni un momento de respiro, aseguraba. Finalizaba con la promesa de recuperar el tiempo perdido a la vuelta de su viaje de trabajo, que tanto le estaba estresando, me explicaba con voz cansada, y se despedía con su típico: «Te quiero, brujita». Dejé el teléfono, cerré el grifo de la ducha y me dirigí al dormitorio. Bajé las maletas que había en el altillo, las coloqué sobre la cama y fui descolgando toda su ropa para meterla en ellas. Después hice lo mismo con sus colonias, cremas y sus zapatillas de marca, una cincuentena de pares que no me cupieron en las maletas, por lo que las introduje en las bolsas que solía guardar para esos casos. No paré hasta no dejar rastro de su presencia en el ático. Lo coloqué todo en la entrada de la casa y, cuando finalicé, me senté en el suelo, rendida, al lado de los bultos y

rompí a llorar.

Me sentía una imbécil, una incauta, una estúpida y no sé cuántas cosas más. Y allí, rodeada de pétalos de rosa rojos que no paraban de cubrir el suelo, oí que Ecles me llamaba desde su terraza.

—Diana, ¿estás bien? —me preguntó preocupado, porque había escuchado mi trajín de un lado a otro de la casa y, cuando este cesó, mi llanto desconsolado que, poco a poco, pasó a convertirse en un quejido lleno de rabia e impotencia.

Me restregué los ojos intentando despabilarme, tomé aire y le contesté, aún congestionada:

—Sí, Ecles, solo estaba dejando escapar un puñado de sentimientos que me hacían daño.

—Yo a eso lo llamo llorar a moco tendido —respondió él con la elegancia infantil que le caracterizaba—. Tengo helado de chocolate, tabletas de chocolate y galletas con chocolate. Te invito a darte un buen atracón. El azúcar es el mejor antidepresivo que conozco, aunque engorda y, según dicen los nutricionistas, es un veneno para el páncreas si se abusa de él. Y digo yo: si te estás muriendo de pena, ¿para qué quieres un páncreas sano?

No pude evitar reírme. Me levanté y salí junto a él.

—Eres un cielo —le dije acercándome y, como dice la letra de la canción de Sabina, le planté dos besos, uno por mejilla.

—No creas —respondió él, cogiendo mis manos entre las suyas—. Yo también tengo mis prontoos, solo que tú eres mi amiga y uno, con los amigos, debe guardarse el mal temperamento. Dime qué te traigo —me pidió, haciendo ademán de ir a buscar algo de lo que me había ofrecido.

—Nada, con tu compañía es más que suficiente.

—Pues entonces tendrás que contarme qué te pasa. Solo hay dos opciones: o sueltas lo que te preocupa o te das un atracón de chocolate. Algo tenemos que hacer para barrer esa pena.

Y se lo conté. Y él me escuchó. Lo hizo como un amigo, como alguien que te quiere y sabe que por el mero hecho de escuchar lo que te sucede, encontrarás cierto alivio en tu pena, porque tienes con quién compartirla.

—Me he dejado llevar por la ira, lo sé —le dije—. No estoy enamorada de él, pero le tengo cariño, y su engaño ha hecho que me sienta insignificante. Eso es lo que más me ha dolido; su mentira. No me lo merezco, y no puedo soportar la rabia y la tristeza que me causa.

—Querer es fácil, pero dejar de hacerlo cuesta lo indecible —explicó

pensativo—. A ver, ¿qué piensas hacer con sus cosas?

—Pedirle que venga a recogerlas. No sé cómo se lo tomará, pero no me importa. Quiero que se vaya. No soportaría volver a verle.

—Si necesitas que te eche una mano, no tienes más que llamarme y vendré. Estaré contigo el tiempo que necesites.

—Gracias, Ecles, pero no creo que sea necesario. Supongo que tendrá un poquito de dignidad, que aún le quedará algo de eso y no intentará contarme otra mentira. Es capaz de decirme que no era él y que sigue en Holanda.

—Espero que no te vayas del ático. No me gustaría que lo hicieras, a ninguno nos gustaría. Te apreciamos mucho los tres.

—Yo también lo espero, aquí me siento muy bien. Ya veremos cómo va todo.

Estuve a punto de decirle que, si me separaba, yo también habría de abandonar el ático. No tenía ingresos y si Alán se marchaba, si dejábamos de compartir gastos, mi situación económica rozaría la pobreza. Sin embargo, recordé el sobre con el dinero que me había dado Farid y respiré. ¿Qué podía pasar si lo utilizaba, si esperaba un tiempo para devolvérselo? Tenía hasta septiembre para pensar qué hacer, mientras tanto actuaría según creyese más conveniente.

Charlamos unos minutos y volvió a insistir en que lo llamase en cualquier momento si lo necesitaba.

—Desmond y yo estaremos durmiendo, pero si Alán se presenta antes de tiempo, o si decides quedarte a esperarlo, o si te sientes incómoda en algún momento, tú llámanos. ¡Prométeme que lo harás!

Pasé la mayor parte de la noche en vela, repasando todo lo que había sucedido. Pensé en Desmond mientras miraba hacia la terraza, sentada en la cama del dormitorio. Levanté la mano y la llevé a la pared del cabecero e imaginé que aquel dibujo de la vela roja que él pintó para mí estaba ahí, sobre la pared. Sentía una extraña atracción hacia él, un sentimiento que nunca antes había experimentado y que no podía ni quería controlar. No tenía la menor duda de que el vampiro del cuadro era él. Si yo era una bruja, él podía ser un vampiro; todo cabía en aquella realidad que estaba viviendo, me dije. Un vampiro diferente en modos, costumbres y cualidades a lo que nos habían contado, del mismo modo que yo era una bruja que nada tenía que ver con aquellas de las que hablaban las leyendas populares. Me quedé dormida esperando que él cruzase la terraza para ir a casa de Claudia, pero no supe si lo hizo, si en algún momento se asomó a mi ventana abierta y contempló mi

duermevela, si protegió mi descanso como yo deseaba que lo hiciese.

Nada más despertar conecté el teléfono móvil y comprobé si tenía mensajes o llamadas perdidas, si Alán había intentado ponerse en contacto conmigo al ver que no le había respondido, pero no había nada. Desayuné con calma, bajo el sol de aquel agosto que a mí, en aquellos momentos, me parecía vacío, solitario e incluso frío. Dejé comida y agua para *Senatón* y, cuando ya estaba preparada para salir, le mandé un mensaje a Alán través del WhatsApp:

Ayer os vi salir del restaurante, a ti y a Azucena. Es triste que me hayas mentido de esta forma. Creo que no me lo merezco.

He hecho tus maletas. Quiero que te vayas. Está todo en la entrada de casa. Por favor, pasa a recogerlo y deja las llaves dentro. Si me aprecias un poquito, si alguna vez me has querido de verdad, hazlo cuanto antes. No quiero volver a verte, es lo único que te pido. Creo que, después de lo que has hecho, al menos me merezco que respetes mi decisión de no verte más.

El encuentro con Farid el día anterior había sido interesante y, aunque al principio mi intención había sido darle pábulo para que me condujese hasta Virginia, su poder de convicción y persuasión sobre mí me había hecho olvidar mi objetivo prioritario, que era hablar con Virginia a solas. Había querido acercarme a ella sin máscaras, sin artificios, y contarle parte de lo que sabía sobre aquella estación de metro, pero no tuve oportunidad de hacerlo. Tampoco pude confiarle que no era la primera vez que nos veíamos ni recordarle las circunstancias en que nos habíamos conocido, porque debía evitar que Farid descubriera mi mentira sobre Virginia y sobre mis intenciones.

Farid me había dicho que ya no estaría en Madrid, que se marchaba al día siguiente y que el local estaría cerrado, por lo que decidí que era el momento idóneo para visitar a Virginia. No debía esperar, ya que ella podía tomar una decisión inesperada en cualquier momento. Debía verla cuanto antes, a ser posible anticipándome a la llegada de Andreas, que, con toda probabilidad, desbarataría mis planes.

Al coger las llaves de la estantería para salir de casa vi el sobre, el teléfono y el *pendrive*, y no pude evitar pensar en lo imprudente que había sido. Había aceptado el sobre sin mirar lo que contenía, sin saber qué cantidad comprendía la realización de aquel trabajo. Asombrada una vez más por la sugestión que Farid había ejercido sobre mí, cogí el sobre, lo abrí y conté el dinero. Había doce billetes de quinientos euros, seis mil en total.

No podía creer que aquella cantidad de dinero fuese parte del pago por un trabajo que todavía no había aceptado, ni que Farid me lo hubiese entregado sin saber si se lo devolvería o desaparecería con ello, que podía ser lo más probable. Miré los billetes, aún incrédula, pensando que todo era demasiado extraño, que aceptar aquel sobre, sin mirar lo que contenía, había sido una irresponsabilidad por mi parte. Volví a meter el dinero en su interior y volteé el sobre. Al hacerlo, vi escrito una serie de números y, debajo, una frase de Farid:

2234

Esta es la clave de acceso del teléfono móvil. Si aceptas el trabajo, introdúcela cuando necesites ponerte en contacto conmigo. A mi regreso te llamaré a este número. Mientras tanto, recuerda: no estaré disponible. Farid.

El pulso me tembló y el sobre cayó al suelo. ¿Y si Farid me había puesto un localizador en el aparato?, me pregunté aterrorizada, sin poder quitar la vista del móvil que aún estaba en la estantería, junto al *pendrive*.

Sin pensarlo, salí al rellano y golpeé con los nudillos la puerta de Ecles. No quise pulsar el timbre para no sobresaltarlos, porque imaginé que Desmond también estaría en casa, durmiendo.

—¿Estás bien? —me preguntó Ecles nada más abrir la puerta, soñoliento y preocupado.

—Sí. Siento haberte despertado. Verás, tengo que salir y no voy a estar en todo el día. Antes de irme quería pedirte un favor. No te lo pediría ni te habría molestado a estas horas si no fuese importante.

—Adelante —dijo, restregándose los ojos con un bostezo.

—Ayer me propusieron desarrollar una investigación. Pero, aunque el trabajo está muy bien pagado y no creo que sea complicado llevarlo a cabo, no termino de decidirme. Desconfío de la persona que me lo ha propuesto. Me dio este teléfono para comunicarme con él... —Hice una pausa y lo miré a los

ojos—. Quizás creas que es una estupidez por mi parte, pero se me ha ocurrido que el teléfono puede tener instalado un localizador o algo así. ¿Tú podrías comprobarlo?

—Por supuesto, destripar artefactos electrónicos es lo mío. ¿Te dio algún otro dispositivo?

—Un *pendrive* con los documentos que debo revisar. Imagino que escaneados. Aún no lo he abierto.

—Pues dame los dos. Eso sí, no sé lo que tardaré, porque si quieres estar completamente tranquila, tendré que pasar tanto el teléfono como el *pendrive* a un compañero que trabaja en el departamento informático. Es un auténtico *hacker*. Él comprobará si hay algo instalado en los programas de los dos aparatos y, si lo encuentra, lo inutilizará.

—Gracias, Ecles. Voy a por ellos.

Cuando tuvo el teléfono en su mano sus ojos adquirieron una expresión extraña. Se me antojó que él, mi amigo, había abandonado su cuerpo, que estaba en otro lugar, lejos, muy lejos de mí.

—¡Demasiadas almas! ¡Demasiadas vidas! —exclamó de repente y sin mirarme, con los ojos aún puestos en el terminal—. No sé quién es el propietario de este aparato, pero está rodeado de infinidad de espíritus —explicó con voz hueca y quebrada.

—Debí avisarte. Olvidé tu extraordinaria percepción con los objetos; perdóname —me disculpé—. Es un anticuario. Es lógico que hayas tenido esa apreciación. Si entrases en su tienda...

Él levantó la mano para interrumpirme.

—No puedo entrar en un anticuario, Diana. Ya has visto lo que ha sucedido cuando he cogido el teléfono. Si entrase en un lugar de esas características, me volvería loco. Lo más probable es que perdiese la razón, no lo soportaría.

»Te diré algo en cuanto mi amigo lo revise...

CAPÍTULO 26

Cuando llegué a la tienda comprobé que, contrariamente a lo que me había dicho Farid, el establecimiento permanecía abierto. Y no solo eso; para ser tan temprano, el local estaba muy concurrido. El hecho de que se hubiera reunido tanta gente en un anticuario tan elitista se debía a una subasta que iba a realizarse al mediodía.

Llevada por la curiosidad y un poco molesta por la mentira que me había contado Farid, decidí entrar en el establecimiento antes de ir al *loft* para hablar con Virginia.

Recorrí el local abriéndome paso con cierta dificultad entre la gente que esperaba a que diese la hora en que comenzaría la pequeña subasta. Mientras lo hacía no pude evitar pensar en lo injusto que era el mundo; cómo era posible que hubiese tanta gente con tantísimo dinero mientras que otros vivían sumidos en la pobreza. Me dio la impresión de que algunos de los allí presentes captaron mis pensamientos reprobatorios, porque me miraron y murmuraron entre ellos. O tal vez solo se debió a que mi atuendo resultaba fuera de lugar, al lado de sus joyas y sus perfumes, pensé.

Busqué la copia del cuadro del vampiro para volver a verlo, pero no estaba. En su lugar había un óleo de una manzana roja por cuya piel resbalaban dos gotas de agua. Era tal el realismo de la pintura que las gotas parecían moverse. Ígor se acercó al lienzo acompañado de un hombre mayor que renqueaba apoyándose en un bastón con empuñadura de marfil. El dependiente me miró de soslayo y comenzó a hablar con el posible cliente en francés.

Esperé a que terminase para dirigirme a él.

—Buenos días —le dije.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla? —me preguntó en un tono y una actitud que me parecieron distantes, lo que me sorprendió.

—Veo que aún no cierran por vacaciones —comenté con cierto retintín

—. ¿Podría decirle a Farid que estoy aquí y que me gustaría hablar con él?

—Disculpe, pero no sé de quién me está hablando —me respondió en un tono tan neutro y formal que me recordó a un mayordomo inglés.

—Pregunto por Farid, el dueño de este establecimiento. Ayer estuve aquí con él, no venga a decirme ahora que no me recuerda —le solté, molesta.

—Le aseguro que no sé a quién se refiere. Tampoco recuerdo haberla visto antes. Lo mejor será que no nos precipitemos. Si es tan amable, espere aquí un momento mientras voy a llamar a mi jefa. Ella la atenderá y seguro que puede solucionar su problema —me explicó en el mismo tono comedido, bajito y sin apenas gesticular.

Vi que desaparecía tras la puerta trasera del local.

El dependiente no tardó en regresar con una mujer que debía de andar por los sesenta y cinco años, aunque no aparentaba más de cincuenta. Tenía el pelo blanco recogido en un moño, y en su fina tez resaltaban sus ojos grises. Vestida con un modelo de alta costura de diseñador francés, caminaba hacia mí despacio, al tiempo que saludaba a algunos clientes con gesto amable y una sonrisa destinada a mostrar la satisfacción que le producía el hecho de verlos allí.

—Buenos días —me dijo sonriente. Se quitó las gafas de presbicia y me miró a los ojos—. ¿En qué puedo ayudarla? —me preguntó en tono cordial, como si yo fuese una posible clienta que se hubiera dejado caer por allí de casualidad—. Ígor, mi empleado, me ha dicho que pregunta usted por Farid, pero aquí no conocemos a nadie que responda por ese nombre.

—Pues ayer mismo estuve aquí con él. Es el dueño del anticuario, e Ígor, aunque afirme lo contrario, también se hallaba presente.

—Mucho me temo que debe de haber un error. La propietaria soy yo. Le reitero que no conocemos a nadie que se llame Farid. Es posible que se haya equivocado usted de tienda —insistió—. En cualquier caso, tal vez pueda ayudarla —añadió con una sonrisa—. Quizás la pieza que anda usted buscando también la tengamos aquí.

La miré y arqueé las cejas. No daba crédito a lo que la mujer me estaba diciendo, a su descarado cinismo. Ella seguía sonriendo y yo, incrédula, sin apartar la vista de su sonrisa, creí percibir un rastro genético medio oculto bajo el carmín rosa a juego con el esmalte de uñas. Una diminuta seña de identidad que me recordó a Farid.

—Dígale a su hijo que no me gusta que se burlen de mí —repliqué, devolviéndole la sonrisa—. Por cierto, ¿dónde está el cuadro del vampiro? —

inquirí desafiante, señalando la pared donde estuvo colgado.

—No tengo descendencia —respondió en tono tajante. Su rostro abandonó la expresión afable y la sonrisa desapareció de sus labios—. Si no está interesada en adquirir alguna de nuestras antigüedades, le ruego que me disculpe. Tengo mucho que hacer. —Se acercó a mí, me tendió la mano y, aprovechando el ademán, se pegó a mi oreja. Muy bajito, casi en un susurro para que el resto de los clientes no la oyesen, dijo—: El cuadro al que se ha referido no existe. No vuelva por la tienda a no ser que él se lo diga. —Elevó las cejas y me miró fijamente—. La discreción es el pilar en el que se sostienen estos negocios, ¿estamos? —me inquirió con gesto adusto.

No hubo opción de intercambiar ni una sola palabra más. A una señal de la mujer, Ígor se acercó a mí y me acompañó hasta la calle.

—*Bonjour, mademoiselle* —me dijo ya fuera del local.

—Han retirado el cuadro de la tienda. ¡Qué hábiles! —exclamé irónica.

—*Peut être* —dijo sin poder reprimir un atisbo de sonrisa, aunque manteniendo en todo la compostura ortopédica que había mostrado desde que lo vi por primera vez.

Acto seguido, se dio la vuelta y entró de nuevo en la tienda. Permanecí unos minutos en la acera mirando el interior del anticuario. Después me dirigí a la entrada del portal que se asentaba en los bajos del edificio. Si no recordaba mal, el piso de Farid se ubicaba en él. En el rellano, a la derecha, estaba la garita del conserje.

—Sí, sí, sé de quién me habla —dijo el hombre en tono amable y servicial cuando me dirigí a él para preguntar acerca de Virginia—. Se refiere a la invitada de la señora Fischer. Pues verás, se marchó esta mañana y no creo que regrese, porque llevaba su equipaje. Pero... si quiere saber algo más, acérquese al anticuario; la señora Fischer está hoy en la tienda porque van a celebrar una subasta. Seguro que estará encantada de atenderla. Es una mujer encantadora, ojalá esta fuese su residencia habitual. Ella y su sobrino Gerald son los vecinos más amables que tengo.

—¿Son alemanes? —le pregunté.

—Pues no sé qué decirle, creo que sí —me respondió, y se quedó unos instantes en silencio, como si estuviese meditando lo que le había dicho—. Al menos creo que los nombres sí lo son, aunque como hablan en varios idiomas, pues tengo mis dudas.

—Muchas gracias.

—No hay de qué. Para servirla.

Virginia podía haberse dirigido a cualquier lugar, pensé. Su cambio físico y de actitud no significaba nada; su estabilidad emocional podía seguir siendo la misma, me dije al recordar lo que había comentado durante la cena y en la sobremesa, los libros que me había mostrado y su intención de volver con Duncan, al tiempo que ambos habían compartido. Lo más probable era que hubiese regresado a aquella estación de metro, a Cuatro Caminos. Aunque también cabía la posibilidad de que se hubiese marchado con Farid, o Gerald, como le había llamado el conserje, pensé con una sonrisa agria. «¡Esta me la va a pagar!», me prometí, rabiosa.

Mi teléfono móvil sonó justo antes de que entrase en el metro. Me detuve, lo saqué de la mochila y me retiré de la entrada para no obstaculizar el paso de los viajeros, cada vez más numerosos.

—Hola, nena, ¿cómo vas? —me preguntó Samanta a través de la línea telefónica.

—Pues no muy bien. Tenía pensado llamarte esta noche —le respondí.

—¿Y eso? ¿Qué sucede?

—He cortado con Alán. Me mintió. El viaje a Holanda es una farsa. Ayer lo vi saliendo de un restaurante, aquí mismo, en Madrid. Fue de casualidad. Iba con esa tipa que escupe margaritas. He puesto su ropa en las maletas y he salido. Espero que lo recoja todo antes de que yo regrese, porque no quiero verlo ni de refilón.

—Lo siento, por ti, claro está. Él que se las apañe. ¿Te encuentras bien? Quiero decir, no estarás hundida, ¿verdad? Dime que no lo estás.

—Pues no lo sé. Tengo sentimientos encontrados. Sabía que estaban juntos, ya te lo dije, pero verlos ha sido duro, y más después de que mintiera. Creí que estaba en Holanda, te lo juro.

—Lo imagino, ya sabes..., Murphy trabaja todos los días y a veces lo hace muy bien, a conciencia. Esta vez creo que se ha esmerado. Es un mal trago, sí, pero a mí me hubiera gustado pillar a más de uno con el carrito del helado, cielo. Míralo por esa vertiente. La duda, nena, es peor que la realidad más cruda.

»Y dime, ¿qué tienes pensado hacer? ¿Te vas a quedar en el ático? Ya sabes que puedes disponer de mi casa cuando quieras.

—Me han ofrecido un trabajo de investigación, aunque la verdad es que aún no tengo claro si voy a aceptarlo. El hombre que me lo propuso es un anticuario y no me inspira mucha confianza, qué quieres que te diga.

—Ningún anticuario inspira confianza —apuntó con una carcajada—.

Suelen oler a naftalina y, aparte de mayores, son demasiado clásicos y encorsetados.

—Este es atractivo, alto, joven y está podrido de pasta.

—Entonces, ¿cuál es el problema? Te llevas el coche para regresar a casa cuando quieras y todo solucionado.

—No vas a cambiar nunca —respondí.

—Está bien, perdona, dime cuál es el problema, por qué no confías en él.

Le relaté lo que había sucedido aquella mañana al regresar a la tienda. Omití todo lo referente al cuadro y a Virginia, y le dije que la investigación era sobre el paradero de un incunable.

—Además, la cantidad de dinero me parece exagerada, y más sin haber visto resultados y sin saber si voy a devolvérselo o desaparecer con ello, que sería lo más común, lo que haría la mayoría.

—Bueno, tú no eres como la mayoría, doy fe de ello. De lo contrario, no estarías planteándote ese punto, ya te habrías fugado con esos seis mil euros, que, tal y como está todo, no sirven para nada, nena. Además, para él será una propina, seguro. Si estuvieras en su lugar, pensarías que es una cantidad ridícula.

»En cuanto a lo que te ha sucedido esta mañana —prosiguió—, es más común de lo que crees. Ese tipo de negocios suelen llevarse con mucha discreción, más aún si estás buscando un incunable, que seguramente no quiera dar a conocer y que formará parte de su colección privada y oculta por los siglos de los siglos. En estos negocios, como sucedía en la monarquía hispánica del siglo XVII, siempre se tiene un valido para que ejerza en nombre de uno. Lo más probable es que esa señora, la tal... —Hizo una pausa.

—Fischer —respondí.

—Esa —dijo en tono despectivo—. Estoy segura que no tiene nada que ver con él y que ejerce de valido. Recapacita si te interesa el trabajo, si lo consideras bien pagado, y sí es así, no le des más vueltas. Eso sí, yo que tú le pediría más pasta. Teniendo en cuenta lo que me has contado, no sabes cuándo lo puedes concluir, el tiempo que te va a llevar. Nena, ya somos muchos los mal pagados para que ahora tú te sumes a la lista, más aún teniendo la oportunidad de conseguir más beneficios económicos. Y, créeme, si se ha tomado tantas molestias para que no se le localice así como así, es que está muy interesado en esa pieza, quizás roce la obsesión. Aprovéchalo, no seas ingenua.

—No sé, hay algo que no termina de convencerme. Ya veré —le dije—.

Y tú, ¿qué tal va todo en esa orilla del Nilo?

—Muy bien. Mi Freddie Mercury sigue deleitándose en todas las facetas, es un crac. En cuanto a la excavación, pues ya sabes..., mucha tierra y un sol de justicia, nena. Pero no te llamaba para hablar de mí, sino de Virginia. Esta mañana se ha puesto en contacto con Andreas y le ha comunicado que ella se encargará de todo lo concerniente a la repatriación de los restos mortales de Duncan. Según me ha comentado, Virginia estaba en perfectas condiciones. Hablaba de forma muy sensata y su aspecto era impecable. Nada que ver con lo que le habían dicho.

—¿Su aspecto? —le pregunté sorprendida—. ¿La ha visto? ¿Andreas ya está en España?

—¡Qué va! Iba a tomar un vuelo esta tarde. Después de la conversación que han mantenido por FaceTime con Virginia lo ha cancelado. Quería que lo supieras para que ya no estuvieses pendiente de si te llamaba o necesitaba algo...

CAPÍTULO 27

No podía comentarle a Samanta que había sido testigo del estado en que se encontraba Virginia antes de conocer a Farid, ni confiarle mi convencimiento de que su extraordinario cambio se debía a la ayuda emocional y económica que le había prestado el anticuario. Tampoco podía contarle que había estado compartiendo cena e información con ella la noche anterior y que lo más probable fuese que ella, al tener conocimiento por mi parte del viaje de Andreas y de las intenciones que este tenía al llegar a España, hubiese decidido llamarlo para evitar que él interviniera en sus planes y los trastocase. Unos propósitos que, deduje, posiblemente no había compartido con nadie a excepción de Farid.

Tras colgar el teléfono, recapitulé todo lo que había sucedido en tan solo un día. Los acontecimientos habían hecho que mi vida volviese a dar un giro de ciento ochenta grados. De tenerlo todo en la palma de la mano, había pasado a encontrarme en el punto de origen. La información que había obtenido sobre Virginia y Duncan, sobre el evangelio e incluso sobre Desmond, no variaba sustancialmente de lo que ya sabía antes de conocer a Farid. Estaba segura de que ni siquiera el *pendrive* contendría ninguna información que yo no tuviera, a excepción de alguna curiosidad histórica sobre los vampiros escoceses o las brujas, probablemente basada en leyendas urbanas o en supersticiones populares o creencias religiosas. Evidentemente, no tendrían nada que ver con la realidad mágica que yo conocía; la verdadera magia.

Por un tiempo, mi objetivo prioritario fue encontrar a Virginia, ayudarla y que ella me ayudase, pero la esposa de Duncan se había esfumado ante mis ojos, y algo me decía que había encontrado la forma de regresar con su marido, de alcanzar aquella realidad que la devolviera a un tiempo en el que él, Duncan, aún estaba con vida. Virginia había desaparecido como lo había

hecho Farid, pero a él lo volvería a ver, estaba segura de ello.

—En esta o en otra realidad —verbalicé mientras bajaba las escaleras que me conducían a la estación de metro.

Al hacerlo, al pronunciar aquella frase, no pude evitar recordar a Rigel y lo mucho que lo necesitaba, en lo diferente que habría sido mi vida si él no se hubiera ido.

Tomé el metro en Manuel Becerra con dirección a Argüelles. No sabía si Alán habría pasado por el ático. El WhatsApp me indicaba que mi mensaje había sido visto, pero no tenía ninguna respuesta. Y aunque temía encontrármelo en casa, decidí volver. Solo allí podría poner en orden mis ideas, enderezar mi vida, recuperar el control de los acontecimientos y decidir qué iba a hacer a partir de ese momento.

Esperé la llegada del tren sentada en uno de los bancos mientras observaba a la gente que llegaba a la estación y a la que ya aguardaba en el andén. La mayoría de las personas me parecieron insólitas, fuera de contexto. Eso no me inquietó, porque ya me había sucedido con anterioridad. Este fenómeno, que yo solía denominar «coincidencia astral», hacía que personas con un rasgo común, pero completamente desconocidas entre sí, se encontraran en el mismo lugar y crearan una atmósfera peculiar, a veces más propia de un escenario cinematográfico.

Había un sacerdote que vestía hábito negro y levita, con una Biblia vieja y deslavazada en la mano derecha y, en la izquierda, un maletín negro de piel; su aspecto regio y expresión adusta recordaban a la clásica figura de un exorcista. Cerca de él, un prestidigitador disfrazado de arlequín lanzaba al aire varios objetos con la forma de las piezas del ajedrez. Una mujer pequeña y esmirriada, con los labios y los pómulos pintados de rojo carmín, caminaba arriba y abajo por el andén con un cestillo de mimbre lleno de violetas apoyado en la cadera. Al fondo, cerca de las escaleras de acceso a la estación, un anciano menudo y de apariencia frágil sostenía con visible dificultad una cuerda atada a una veintena de globos de colores que se elevaban y casi rozaban el techo, amenazando con arrastrarlo en su vuelo. Por unos momentos pensé que todos formaban parte de la comitiva de un circo. Sonreí al contemplar aquella maravillosa diversidad y tomé el tren junto a ellos. Al entrar en el vagón me percaté de que en él viajaban personas aún más extrañas y peculiares que aquellas con las que, segundos antes, había esperado en el andén.

Cuando el convoy se detuvo en Cuatro Caminos, todos se bajaron en

tropel y el vagón se quedó vacío. Miré con estupor alrededor, sin entender qué estaba sucediendo, y, desconcertada, volví la vista hacia el andén. Entonces los vi. Virginia y Duncan caminaban cogidos del brazo, charlando y riendo. Duncan estaba tal y como yo lo conocí, incluso su chaqueta y su maletín tenían el mismo aspecto. Ella era veinte años más joven que la noche anterior, cuando cenamos juntas en el piso de Farid. Quise apearme del vagón para ir tras ellos, pero una mano se apoyó en mi hombro y me detuvo.

—¡Diana! Hija de Aradia, descendiente directa de la diosa lunar, ¡ni se te ocurra! —me ordenó—. No debes interferir en sus vidas.

Era una mujer mayor, vestida de negro riguroso. Junto a ella se encontraba una de las mujeres con la que, días atrás, me había cruzado en el metro. Llevaba la misma escoba que entonces y, a diferencia de la mujer enlutada, que me miraba enfadada, ella me sonreía.

—¿Hija de quién? ¿A qué se refiere? —le pregunté mirándola fijamente, desconcertada.

—Bien lo sabes, Diana. Siempre has sabido quién eres, aunque durante un tiempo te hayas negado a aceptarlo. No es necesario andarnos con subterfugios absurdos. Ellos —dijo, señalando a Virginia y a Duncan— son seres normales. Debes dejarlos estar donde y como se hallan. Si interfieres, los volverás locos. Nuestro tiempo, nuestra vida y todo lo que conlleva forma parte de otra dimensión. En ella todos los tiempos son uno e infinitos a la vez.

—Señora, le aseguro que nunca he sabido quién soy. Llevo toda mi vida intentando encontrar un rastro de mis orígenes —le dije alzando el tono de voz—. Pero ella —señalé a Virginia— puede darme las respuestas que llevo buscando toda mi vida, y además puedo ayudarla a que no cometa el error de seguir el mismo camino que casi la condujo a la locura —concluí desafiante.

—Eso no es cosa tuya. Deberías ocuparte solo de tu vida, cada día pareces más mortal, ¡siempre inmiscuyéndote en asuntos ajenos! ¡Como si no tuvieras bastante con lo tuyo! Porque, dime: ¿cómo has podido perder el libro y el pentagrama? Muy a mi pesar, al final tendré que admitir que Salomón, el nigromante, tiene razón: eres una novata, una bruja torpe y sin escoba, descendiente de un estúpido mortal. Si sigues con esa obsesión, amando a ese vampiro majadero, al final acabarás aniquilando nuestra Orden —expuso, mirándome con rabia. Al oír su alusión a Desmond, recordé aquella visión en la que aparecíamos los dos juntos y llorando en un lugar y un tiempo que no reconocí—. Por tu estúpida inconsciencia, por tus caprichos, terminaremos siendo descubiertas y perderemos lo que siglo tras siglo hemos protegido en el

más absoluto secreto: nuestra inmortalidad. Tú céntrate únicamente en encontrar el evangelio y el pentagrama, en protegerlos y perpetuar tus dones, conocimientos y descendencia. Si te empeñas en enamorarte de nuevo de ese vampiro de poca monta que se hace pasar por mortal, volveremos al principio de nuevo.

El tren arrancó de golpe y me tambaleé. La luz del vagón pareció sufrir una bajada de tensión y el interior se quedó a oscuras. Sentí el murmullo de gente, alguna que otra risa, y vi que muchos utilizaban la linterna de sus teléfonos móviles. El vagón volvía a estar repleto de pasajeros, pero ya no eran los mismos que me habían acompañado en aquel recorrido extraño y, tal vez, perteneciente a otra dimensión, pensé recordando las palabras de la mujer enlutada. Cuando la luz volvió, comprobé que ella seguía allí, pero ya no estaba de pie, sino sentada frente a mí. La miré fijamente y ella me sonrió.

—Perdone, joven —me dijo—, ¿sería tan amable de ayudarme a bajar en la próxima estación? El vagón se tambalea mucho y temo caer.

—Madre —dijo la otra mujer—. No moleste, yo la ayudaré. ¿No recuerda que he venido con usted?

»¡Discúlpela! —exclamó dirigiéndose a mí con una sonrisa azorada—. Es la memoria, que a su edad cada día le falla más.

La reprimenda de la mujer y sus comentarios sobre Desmond y el nigromante se quedaron en mis pensamientos como si fuesen un eco que se repetía una y otra vez. Ella sabía quién era Desmond, conocía el nombre del nigromante, estaba al corriente de que yo había perdido el evangelio y el pentagrama, y, lo más importante, conocía mis orígenes. Antes de que se levantase del asiento quise volver a hablar con ella. Necesitaba que me revelase más datos, que me explicase de una forma menos expeditiva a qué se refería y por qué hablaba de aquella manera tan ofensiva de Desmond, asegurando que me enamoraría de él. Sin embargo, por más que lo intenté no fui capaz de mover un solo músculo. No pude vocalizar una sola palabra y, no solo eso, mi mano permaneció adherida al asa que colgaba de la barra del vagón y mis pies, pegados al suelo.

—Qué maleducada, por Dios, ni siquiera ha contestado a la hija cuando le ha pedido disculpas. ¡Qué vergüenza! —oí decir a un hombre que estaba sentado cerca de la anciana enlutada. Miró a los ocupantes del vagón esperando una muestra de complicidad hacia sus palabras, pero nadie abrió la boca.

Intenté responderle, pero fui incapaz. Finalmente, cuando vio que nadie

en el vagón reaccionaba a su comentario y que en apariencia yo seguía indiferente, el hombre retiró la vista y pareció olvidarse de mí.

Respiré aliviada al ver que había dejado de ser el centro de las miradas de los pasajeros del vagón, pero mis inquietudes no remitieron, porque todavía era presa de aquella especie de parálisis que parecía tener origen en los ojos de la anciana enlutada, que no dejó de escrutarme ni un solo instante. Al salir del vagón, las dos mujeres pasaron a mi lado como si yo no estuviera allí y jamás hubiesen intercambiado palabra alguna conmigo. Cuando ambas se bajaron del tren, recobré mis movimientos.

Aún me quedaban tres estaciones para llegar a Argüelles, estaba en Guzmán el Bueno. Recorrí despacio los vagones hasta encontrar asiento. Necesitaba descansar. Cuando al fin pude sentarme, cerré los ojos y, de nuevo, pensé en lo que me había dicho la anciana. Debía recuperar el evangelio y el pentagrama, me repetí una y otra vez, sin poder pensar en nada más hasta que el tren llegó a mi estación. Tenía que recuperarlos para así hallar una respuesta a todo lo que me estaba sucediendo, pero no sabía cómo iba a persuadir a Ecles para que me dijese dónde lo tenía o qué había hecho con él. Recobrar el pentagrama sería aún más arduo, porque lo tenía Amaya engarzado en su anillo.

CAPÍTULO 28

Cuando salí de la estación ya había anochecido, sin embargo no tenía conciencia de haber pasado tantas horas dentro del suburbano. Miré la hora en el teléfono móvil y comprobé que eran más de las once de la noche. Había vuelto a suceder: me había internado de nuevo en un agujero de gusano que, como una goma elástica, se había ido estirando para luego encogerse de golpe sobre mí y devolverme a mi tiempo. Me había lanzado de un lado a otro como si yo fuese la piedra de un tirachinas manejado por la voluntad de la anciana, porque estaba segura de que había sido ella quien propició aquel viaje en el tiempo solo para reprenderme e intentar fijar mi atención en la recuperación del evangelio y del pentagrama, a los que ella daba una importancia vital.

La pantalla de mi teléfono me indicaba que tenía un mensaje en el WhatsApp y otro de voz. Decidí escuchar primero el de voz, que era de Antonio. Me decía que había resuelto alquilarme el local de su madre, El desván de Aradia, y me pedía que me pusiese en contacto con él si aún seguía interesada.

—El desván de Aradia —dije, pensando en voz alta.

—Está allí —me respondió una mujer de facciones asiáticas—, justo enfrente. El letrero no se ve muy bien porque lleva mucho tiempo cerrado —explicó, señalando la puerta.

—Lo sé, solo hablaba conmigo misma. Vivo en ese bloque, pero muchas gracias.

—Yo también lo sé. —Sonrió con timidez y yo la miré con gesto de no entender lo que quería decirme—. Sé que vive ahí, con los otros seres extraños. Soy la dueña de la floristería, la madre de Amaya, y llevo esperándola toda la tarde y parte de la noche. Conoce a mi hija, ¿verdad?

—Sí, por supuesto. ¿Le sucede algo? —le pregunté acercándome a ella, porque noté que su tono de voz había disminuido al pronunciar el nombre de

su hija.

—Estoy muy preocupada por ella. Me he quedado aquí, a esperarla a usted, porque necesito pedirle un favor.

—¿De qué se trata?

—Quiero que le devuelva el anillo al Frankenstein. Él se lo regaló a Amaya —expuso la mujer mientras me tendía una cajita—. Está ahí dentro. No he querido tocarlo más de lo necesario, no puedo hacerlo. Las veces que lo he tenido en mis manos he visto cosas rarísimas, que me asustan. Desde que mi hija lo recibió, la tienda se ha convertido en un lugar extraño, como si fuera una conexión con otro mundo. Hay un hombre al que no conocemos, y al que no podemos dirigirnos, que entra y sale de nuestro negocio cuando quiere. Con el calor que hace estos días, él lleva gabardina, sombrero y guantes de piel, como si estuviera helado. Mi marido y yo creemos que es un *yūrei*, un fantasma atormentado que ese anillo ha arrastrado hasta nuestra pequeña floristería. ¡Por favor! ¿Podría devolvérselo al Frankenstein?

—Se llama Ecles —le dije, molesta por la reiteración de la mujer— y es amigo mío. ¿Cómo sabe usted que el anillo es de él?

—Después de la extraña explosión que hubo en la tienda, mi marido recordó el anillo, porque la piedra que tiene engarzada es muy parecida a la que el albino, el basurero, lleva colgada de su llavero. De hecho, cree que las dos piedras son iguales y que tienen las mismas energías. Él piensa que la piedra del llavero impidió que los cristales de la explosión le cayeran encima, pero también notó a su alrededor una fuerza extraña que no le gustó y que lo aterrorizó como nunca antes en su vida. Tiene miedo, por eso pidió a sus amigos que le ayudaran a descubrir quién había efectuado el envío a mi hija. Cuando un regalo está cargado de energías negativas, hay que retornarlo a la persona que te lo obsequió. De no ser así, las energías seguirán rondándote siempre, no se irán.

—¿Amaya sabe que usted tiene el anillo y que me lo va a entregar?

—Sí. Al principio se negaba a devolverlo porque pensaba que el albino..., no recuerdo su nombre —dijo pensativa.

—Desmond —respondí.

—Eso, estaba convencida de que Desmond se lo había mandado. Aunque es casi igual de extraño que todos los que viven ahí, es un buen hombre, le deja libros para consultar y le da consejos. No nos parece el hombre apropiado para ella, pero Amaya se siente muy atraída por él, y hasta ahora su padre y yo le hemos dejado hacer porque sabemos que él no está interesado en

nuestra hija, al menos no como ella lo está en él. Cuando su padre le mostró de dónde y de quién procedía el anillo, aceptó dárnoslo para que se lo devolviésemos a su amigo.

—Podían habérselo enviado por correo —le dije—, aunque lo más apropiado sería que ustedes mismos se lo hubiesen devuelto, o ella, su hija.

—Tenemos miedo, por eso queremos que usted se lo entregue y que le pida que, por favor, deje en paz a nuestra hija. Nuestra pequeña no es para él.

—Lo haré, no se preocupe —dije, cogiendo la cajita—. Le devolveré el anillo. Espero sinceramente que a partir de ahora la tienda recobre la normalidad que, según usted, ha perdido. Pero, de todos modos, déjeme que le puntualice una cosa: Ecles es una excelente persona y estoy convencida de que su hija sería muy feliz con él, aunque su apariencia no sea la de un joven samurái —declaré—, que de seguro es lo que ustedes quieren para ella. Sus guerreros, en la actualidad, solo sirven para decorar un salón, señora —recalqué, enfatizando el apelativo.

Los faros de un coche que permanecía aparcado unos metros más allá de donde estábamos nosotras se encendieron.

—Siento mucho si la he molestado. Le agradezco su favor —dijo, y se inclinó frente a mí. Después comenzó a caminar en dirección al coche donde la esperaba su esposo.

En ese momento Desmond salió del portal y cruzó la calzada.

—¡Vaya, escocesa! Debes de haberle hecho un gran favor a la madre de Amaya, porque un *teineirei* no se hace a la ligera —me dijo mientras se acercaba a mí.

—¿Un qué? —le pregunté cuando ya estuvo a mi lado.

—Es una reverencia y muestra del agradecimiento que siente hacia ti. También se emplea para pedir perdón por un error, pero imagino que la mujer no habrá cometido ninguno, sino que tú, bella escocesa, le habrás hecho un servicio importante. De no ser así, los padres de Amaya no estarían aquí a estas horas —dijo señalando el vehículo que salía del lugar donde había permanecido estacionado.

No esperaba encontrarme con Desmond, aunque en realidad no habíamos coincidido por casualidad. Él había salido a buscarme.

—¿No trabajas hoy? —le pregunté al tiempo que introducía la cajita que me había dado la madre de Amaya en uno de los bolsillos exteriores de mi mochila.

Él no perdió de vista lo que hacía y siguió el movimiento de mi mano

hasta que la caja estuvo a buen recaudo.

—No, libro hoy y mañana. Estaba en la terraza y te he visto llegar. La madre de Amaya y su marido estuvieron toda la tarde en la tienda, luego cerraron y esperaron en el coche. Su hija no ha venido hoy. Pensé que estaba enferma, pero veo que en realidad querían hablar contigo.

—Vaya, has estado toda la tarde y parte de la noche preocupado por la ausencia de la joven japonesa. Igual sus papis no la han dejado venir para que tú no sigas cortejándola —le dije irónica—. Creo que no les gustas. Eres un poquito mayor y demasiado blanco para ser el yerno con el que han soñado mientras la educaban y pagaban sus estudios en colegios de moral encorsetada y elitista. Un consejo, cuando vuelvas a verla, cántale: «Tu madre no lo dice, pero me mira mal. “¿Quién es el chico tan raro con el que vas?”». Creo que ella no sabe la opinión que tienen sus padres de ti, de todos nosotros —apostillé mirando nuestro edificio.

—Me gusta Loquillo, y esa canción es una de mis preferidas. Pero estás equivocada si piensas que he cortejado a Amaya en algún momento.

—Por si se te ocurre, no está de más que sepas que sus padres sí lo creen y que no les caes bien; ni tú, ni Ecles y creo que tampoco yo.

—Te ha devuelto el anillo con la piedra, ¿verdad? —me preguntó. Por toda respuesta, me limité a dirigirle una mirada desafiante—. Si lo ha hecho, Ecles no debe saberlo. Mañana mismo se dará cuenta de que Amaya no lo lleva, claro, pero será incapaz de preguntarle a ella. Hará mil cábalas, pero jamás imaginará que ella se lo dio a sus padres y ellos a ti. Es mi amigo y cualquier cosa que le haga daño me lo hace a mí. Si no me equivoco y te lo ha dado, por favor, no le digas nada a él.

—Pues podrías haber tomado esas mismas precauciones con Amaya. La japonesita bebe los vientos por ti y lo sabes; sin embargo, no has hecho nada por quitarte de en medio para dejarle el camino libre a tu amigo, con lo mucho que dices quererle.

—No sé qué te pasa —dijo con una expresión seria que recorrió sus ojos y les robó la luz que tenían—. Sabes que Amaya no me atrae. No soy responsable de los sentimientos que pueda inspirar en los demás. Tú, sin ir más lejos, pasas de mí, aunque yo me dejo el alma en cada gesto o palabra que te dedico.

—No estamos hablando de mí —le respondí.

—Yo sí, y si he bajado ha sido para invitarte a tomar una copa de vino y a contar unas cuantas estrellas conmigo. Me lo debes, aunque a lo mejor ese

novio de cartón piedra que tienes no te deja salir de casa con extraños.

—Eres un poquito imbécil, ¿lo sabes? —le espeté—. Para que te enteres, ya no estoy con él, pero si lo estuviera daría igual, no me tomaría una copa contigo a solas jamás.

—Leí una novela en la que la protagonista decía que «jamás» era una palabra muy mentirosa. Te demostraré que tiene razón; lo es.

—Quizás otro día, hoy estoy muy cansada. Necesito darme una ducha, cenar algo y ver cómo está *Senatón*. Lleva solo todo el día —me excusé.

—Si cambias de opinión, estaré en casa, escuchando música. Ya sabes que soy un ave nocturna, no consigo dormir por la noche. Piénsatelo, voy a comprar unas cosas y regreso en un rato.

Me tendió la mano para cruzar de acera, pero no la acepté porque, aunque me moría de ganas de hacerlo, tenía miedo de sentir más de lo que ya sentía por él.

—Sé cruzar la calle sola, gracias —le dije mientras empezaba a caminar.

—No pretendía ayudarte a cruzar la calle, quería cruzarla contigo..., de tu mano —puntualizó—. Mira, creo que ya va siendo hora de que dejemos de actuar como idiotas. He sido muy directo y claro desde que te conocí, pero comienza a cansarme esta especie de baile absurdo que parece ensayar solo conmigo. Si no quieres que te vuelva a dirigir la palabra, dímelo y no te molestaré más.

—Lo siento —me disculpé—. Últimamente mi vida se ha puesto patas arriba. He perdido mi trabajo, he roto con Alán y no tengo claro qué voy a hacer a partir de ahora. Reconozco que estoy un poco irascible —le comenté, sincerándome con él.

—A veces los acontecimientos suceden en cadena, uno tras otro. Darle vueltas o encerrarse en lo que nos pasa no sirve de nada. Por el momento no pienses en qué vas a hacer, es mejor que te tomes unos días de descanso.

»Date esa ducha que has dicho —añadió a continuación—, ocúpate de *Senatón* y, si después de todo eso el sueño no te vence, te espero en mi terraza.

Se marchó no sin antes rozar mi mejilla con la mano, la misma que me había ofrecido hacía unos segundos. Lo hizo como al desgaire, en una caricia escurridiza que me erizó la piel. Sus ojos se clavaron en los míos y de nuevo me asaltó aquel presentimiento que me abordaba sin previo aviso y me decía que, quisiera o no, terminaríamos juntos.

CAPÍTULO 29

Después de atender a *Senatón* y darme la ducha que tanta falta me hacía, me serví un vaso de leche fría y me senté en el salón. Saqué el anillo de la caja y contemplé el pentagrama. Me llevé la mano al cuello y toqué la cadena que, desde que quité el pentagrama, estaba vacía. Tomé el anillo y lo voltee varias veces, intentando ver la forma de separar la piedra sin que esta sufriese ningún desperfecto. Quería colgarla de nuevo en la cadena, pero la piedra parecía haber sido engarzada a conciencia, porque no se movía ni un milímetro, como si no hubiese un solo hueco entre la plata del aro y ella. Lo dejé sobre la mesa sin dejar de pensar en cómo sacarla sin que se rompiese. *Senatón* comenzó a remolonear a mi lado.

—¿Qué pasa, bichito? ¿Quieres mimos? Has estado demasiadas horas solo, ¿verdad?

Me miró tan fijamente que llegué a pensar que entendía mis palabras y soltó un maullido largo y lastimero que me hizo sonreír, porque me pareció una respuesta a mis preguntas. Luego saltó sobre la mesa y comenzó a jugar con el anillo, empujándolo por la superficie con sus patitas. La sortija fue saltando de una garra a la otra hasta que por fin la piedra se desprendió. Como si supiese lo que estaba haciendo desde que comenzó a jugar con el anillo, en cuanto se desprendió la piedra, *Senatón* se sentó, me miró y volvió a maullar.

El pentagrama estaba intacto, incluso conservaba el pequeño orificio donde iba el aro que luego permitía introducirlo en la cadena. Me levanté como un resorte y fui a mi joyero para buscar entre los colgantes un arito similar. Me llevó unos minutos desenganchar la nueva argolla y colocarla en el pentagrama. Después lo deslicé por la cadena y me la colgué al cuello.

Respiré aliviada. Con la piedra entre mis manos, cerré los ojos y deseé que todo volviera a la normalidad. Estaba saturada de tanta información, de tantos cambios, de aquel huracán que parecía ir desbaratando toda mi vida a

su antojo. Agobiada por el cansancio, por la sucesión de todos aquellos acontecimientos que aún no comprendía, desee ser una persona normal, que la magia abandonase mi vida. Justo en ese momento oí en la calle las carcajadas del nigromante, de Salomón, como lo había llamado la anciana vestida de negro. Salí a la terraza, me acerqué a la barandilla y miré hacia la acera de la floristería.

—Si quieres dejar de ser una bruja, yo puedo ayudarte. Te dije que esto no era para ti, tienes más de mortal que de criatura del otro mundo. Mira, aún conservo el bolígrafo. Déjame subir y te ayudaré a deshacerte de la magia que tanto te estorba —dijo, levantando la mano para mostrármelo.

Sin perderlo de vista, pasé las manos por la barandilla y las palmas me quedaron recubiertas del polvo rojo de ladrillo. Después las saqué hacia fuera y palmeé, mirándolo con aire desafiante. Las partículas fueron precipitándose como una cascada fina, casi incorpórea, pero especial y extrañamente visibles, resplandecientes como la purpurina. El viento que soplaba en ese momento las arrastró sobre él y, al caerle encima, su figura desapareció.

Aún permanecía apoyada en la barandilla, mirando hacia el lugar donde Salomón se había esfumado, cuando oí que Ecles hablaba dirigiéndose a mí.

—Diana, ¿cómo te ha ido el día? ¿Estás más tranquila? —me preguntó desde su terraza—. ¿Alán vino a buscar sus cosas? ¿Te llamó?

Desmond apareció en la terraza de su casa.

—¿Te animas? —preguntó, sacando una botella de vino de la bolsa de papel en la que traía la compra—. También hay tarta de zanahoria, cuatro raciones. —Me guiñó el ojo derecho al pronunciar el número de raciones que había comprado—. Elda subirá en unos momentos. Anda, acompáñanos.

No le respondí. Tenía a Ecles frente a mí, mirándome fijamente el cuello sin parpadear siquiera. Lo observé con atención porque me pareció que estaba palideciendo por momentos, que algo le sucedía.

—Ecles, ¿qué ocurre? ¿Estás bien? —le pregunté alarmada.

—Esa piedra es la que le regalé a Amaya —afirmó, señalando el pentagrama que colgaba de la cadena en mi cuello.

—No, Ecles, te equivocas. Es mía —aseguré, acercándome al murete que separaba nuestras terrazas para mostrársela—. Me la regaló Alán hace años. Se parecerá, pero no lo es.

Cogió la piedra y me miró.

—Sí que lo es, Diana. ¡No vuelvas a mentirme! —gritó mientras se le humedecían los ojos.

Al instante me recriminé por haber sido tan inconsciente, mientras seguía con la vista las dos lágrimas que caían por sus mejillas.

—¡Lo siento! —me disculpé, pero mi voz quedó empequeñecida por su grito—. No te he mentado, Ecles. La piedra es mía —dije, sincerándome.

—Yo la encontré y se la regalé a Amaya, de modo que era de ella. Hice lo mismo que con la gaveta, te la regalé a ti. Al menos espero que no vuelvas a cometer el mismo error que antaño —dijo mirándome fijamente, con una expresión en sus ojos que no había visto antes.

—No entiendo, ¿a qué te refieres? —le pregunté, sopesando la posibilidad de que, al encontrar la gaveta, la piedra y el evangelio en el altillo del armario, hubiera visto más de lo que había dicho.

—Tienes muy mala memoria para lo que te interesa —me respondió en el mismo tono de voz agudo y elevado, con una ironía que no era propia de él.

Era tan extraña e inusual su actitud que, por un segundo, creí estar frente a otra persona. Fue como si mi amigo se hubiese ido justo en el momento en que vio la piedra en mi cuello, colgando de la cadena.

—Ecles, Diana no tiene la culpa de lo que ha sucedido. Siempre puedes darle a Amaya otra sortija con una piedra que tenga más valor que esa. Ya sabes que todo sucede por algo. Nada se debe al azar, porque hasta el azar sigue unas pautas —le dijo Desmond, que apoyó una mano sobre el hombro de su amigo en un intento de calmarlo.

—No me vengas ahora con tonterías, vampiro —respondió, retirando la mano de Desmond de su hombro y apartándose de él—. Tu postura es muy cómoda, siempre lo ha sido. Eres el menos indicado para dar lecciones. Aún no le has dicho nada a ella, ¿verdad? ¡Qué inocente soy! Claro que no lo has hecho, no necesitas hacerlo. Dame tu péndulo y le haré un nuevo anillo a Amaya con él —le dijo desafiante, extendiendo la mano.

—¡Tranquilízate! —le gritó Desmond, y sus ojos parecieron clavarse como dagas en los de Ecles.

Saqué la piedra de la cadena y se la ofrecí a Ecles, quien, tras el grito de Desmond, se demudó y pareció encogerse sobre sí mismo.

—Toma, en casa tengo la sortija. Ahora te la doy y la engarzas de nuevo. Nuestra amistad vale mucho más que una piedra. Solo te pongo una condición: quiero que se la des tú mismo a Amaya. Nada de envíos anónimos. —Alargué la mano, ofreciéndole la piedra sobre la palma.

Como salido de la nada, *Senatón* saltó sobre el murete y se colocó junto a nosotros, me dio un zarpazo en la mano y la piedra cayó al suelo. El gato fue

tras ella, la empujó con sus patitas, se la introdujo en la boca y salió corriendo como un condenado ante nuestro asombro.

Ecles se dio la vuelta y regresó al interior de su casa. Desmond tampoco pronunció palabra alguna, ni tan siquiera se le escapó un gesto de sorpresa o de alarma ante lo que terminaba de suceder.

—Voy a buscarlo. Seguro que está debajo de la cama, donde suele esconderse. Habrá creído que es un juguete. ¡Siento mucho lo sucedido! — exclamé, dirigiéndome a Desmond.

—Te dije que fueras prudente, Diana, y no me has hecho caso —me respondió sin mirarme, con la vista y la atención aún puestas en el recorrido de *Senatón* durante su huida con la piedra.

—Desmond, esa piedra siempre fue mía, al igual que la gaveta y el libro que encontrasteis, y yo diría que Ecles es consciente de ello —le dije, molesta por la actitud que mostraba en aquel momento hacia mí—. Esa capacidad que tiene para ver el alma de los objetos, como él lo define, va más allá. Lo acaba de demostrar con sus palabras. Me pidió que no le mintiese más, pero él me ha mentado a mí. Nos ha mentado a todos, y durante mucho tiempo. No tengo ningún problema en devolverle la piedra si él es capaz de enfrentarse a sus miedos, a sus demonios, y vencerlos, pero, ya puestos, como mínimo me merezco que me diga dónde está mi libro, qué ha hecho con él. A mí tampoco me gusta que me quiten lo que me pertenece, lo que ha sido mío desde siempre. Ese libro lo es, y Ecles lo sabe, del mismo modo que sabe que el pentagrama también me pertenecía.

CAPÍTULO 30

—Veo que aquí nadie pierde el tiempo —dijo Alán mirando a Desmond. Había entrado en casa, pero yo estaba tan enfrascada en lo que sucedía que no me había percatado.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté sorprendida, y entonces recordé que tenía un *whatsapp* suyo que aún no había mirado.

—Estoy en mi casa, ¿o se te ha olvidado que el alquiler del ático está a nombre de los dos? —dijo con aire desafiante y mirando a Desmond, que en vez de marcharse se había apoyado en el muro que separaba nuestras terrazas y lo observaba esbozando una sonrisa irónica y provocativa—. Te he mando un mensaje al mediodía. Aún estoy esperando una respuesta.

Entré en casa y él me siguió. Desmond no se movió; se quedó allí, con la vista fija en la puerta de la terraza, que dejé abierta.

—¿Y bien? —le dije sin mirarlo a la cara.

—Y bien, ¿qué? —contestó él.

—Espero que hayas venido a recoger tus cosas —le dije, esta vez mirándolo a los ojos.

—Diana, a mi regreso iba a decirte lo que estaba sucediendo. No me has dejado tiempo para hacerlo bien.

—Sí, sí, ya sé —lo interrumpí—. Que si unas cervezas después del trabajo, una cena de empresa, los viajes que hacías para dejarla en su casa todos los días, lo sola que está. Esos «Qué obsesión tienes, Diana, al final vas a conseguir que Azucena me guste» —dije imitando su voz y sus gestos—. ¡Venga ya!

—Pues sí —me contestó, sentándose a mi lado—. Es difícil que me creas, soy consciente de ello, pero te quiero, Diana, te quiero mucho, y precisamente por eso quería que nuestra ruptura fuese lo menos dolorosa posible para ti. Sé que cuesta entenderlo, pero estas cosas suceden. Me he

enamorado de Azucena. Ha sido algo inevitable.

—¿Cómo puedes tener ese estómago? ¿Cómo has sido capaz de falsear un viaje a Holanda? Te has reído en mi cara, Alán. Tú no me quieres ni un poquito. Si me quisieras habrías sido sincero, sin más. Tu mentira me ha herido más que el hecho de que estés enamorado de Azucena, si es que lo estás, porque a lo mejor solo es otro capricho más, como lo he sido yo.

»Ya estás tardando en recoger tus cosas y marcharte —le dije, señalando la entrada de la casa.

—Verás, la cosa es que he pensado quedarme en el ático. A ti nunca te ha gustado y a Azucena le encanta; además, el precio es lo que siempre busqué, ya lo sabes. Te daré la parte que te corresponde de lo que hemos pagado juntos y, si quieres, te ayudo a buscar otro piso y me ocupo de pagar la fianza y el primer mes de alquiler.

—¡Vete! ¡Sal ahora mismo de aquí! —grité desahogada.

Pero él no se movió del sofá, ni siquiera pareció inmutarse.

—Piénsalo. Creo que es una buena opción para los dos —insistió despreocupado, como si mi estado de ánimo no le afectase lo más mínimo.

—He dicho que te vayas. ¡Márchate! —volví a gritar, y señalé la puerta de la calle.

—¿No has oído lo que ha dicho? —le preguntó Desmond, que había saltado el murete y ya estaba en mi terraza.

—Ahora va a ser que el vampiro tiene patente de corso —respondió Alán con sarcasmo, y se puso en pie.

—¡Lárgate! —le ordenó Desmond, esta vez mirándolo tal como lo había hecho hacía unos minutos con Ecles.

—Hablaré con Antonio. Esto no va a quedar así —amenazó Alán, dirigiéndose a Desmond.

—Pues claro que va a quedar así —le respondió este—. Antonio es mi amigo. Ya estás tardando en poner tus nalgas en otro sofá —concluyó, señalándole la salida.

—Me llevo las maletas, pero volveré, y no solo a por el resto de mis cosas —dijo, señalando las bolsas con las deportivas—. Volveré a poner todo esto en orden.

Cogió las maletas con la ropa y las sacó al rellano antes de cerrar la puerta de golpe. El estrépito retumbó en todas las habitaciones.

—¡Vaya tela! —exclamó Elda desde la terraza de Desmond tras el portazo de Alán—. Yo que venía dispuesta a tomarme un vinito y un pedazo de

tarta, escuchar música y echarme unas risas... y me encuentro con semejante movida. Ecles también se ha marchado. Me ha dicho que iba a la obra, pero hoy no trabaja. Le noté triste y soliviantado al mismo tiempo. Luego subo y me encuentro con esto. ¡Dios, qué estrés! Bueno, ¿alguien piensa explicarme qué ha pasado aquí?

—Su novio, que es idiota —respondió Desmond—. Se ha pasado tres pueblos y dos capitales de provincia, y ya me conoces..., a mí los listos me hacen inteligente.

—Qué lástima no haber estado un poco antes en casa, lo habría oído todo, pero el metro se paró más de quince minutos. Seguro que fue una avería, pero el caos que ha originado el parón ha sido tremendo. Acabo de llegar, ni me ha dado tiempo a cambiarme, he subido directamente —dijo pasándose la mano por el mono blanco de trabajo. Nos miró a la espera de una respuesta, pero ninguno abrió la boca—. Bueno, ya me contaréis lo que ha sucedido.

»¡Dios! Casi lo olvido —dijo, dirigiéndose a mí—. Ecles me ha dado un mensaje para ti, Diana. Ha dicho que tu libro está en la Biblioteca Nacional. Por lo visto, no recuerda en qué lugar exacto lo dejó, pero me ha comentado que seguramente tú lo encontrarás. Ah, y ha añadido que él no se queda con nada que no sea suyo y que si no te lo devolvió fue solo para protegerte. Sí —dijo rascándose la cabeza con aire pensativo—, creo que me debéis una explicación. Los dos —puntualizó.

Desmond saltó el murete y regresó a su terraza, rodeó con sus brazos a Elda y le susurró algo al oído. Ella me miró y me lanzó un beso llevándose la mano a los labios, después los dos entraron en la casa y yo me quedé allí sola, mirando hacia la puerta por donde Alán se había marchado, aún sin digerir ni dar crédito al comportamiento que había tenido, a lo que me había pedido sin el más mínimo reparo. No dejaría que se saliese con la suya, pensé indignada. Hablaría con Antonio por la mañana, me dije, lo haría sin perder ni un solo minuto, a primera hora, y de paso cerraría el arrendamiento de El desván de Aradia, pensé mirando el sobre que me había entregado Farid. Había decidido utilizar el dinero, ya vería cómo me las arreglaba para devolvérselo si al final no aceptaba el trabajo de investigación.

Estaba en el punto de partida, en el sitio al que había deseado volver: rodeada de mis amigos, como antes de que colocase el pentagrama, la piedra roja, en el lateral de mi gaveta y, al hacerlo, el tiempo volviera hacia atrás separándome de todo. Sin embargo, nada había sucedido como imaginé que pasaría. Había perdido la gaveta y mi libro. Me había encontrado con

personajes irreales que no paraban de darme pautas, amenazarme o exigirme que hiciese tal o cual cosa y, lo peor de todo, mis amigos Ecles, Elda y Desmond comenzaban a mostrar sus claroscuros ante mí. Tenía el presentimiento de que ocultaban tanto o más que yo, y sospechaba que en el fondo éramos unos desconocidos luchando por un fin que, tal vez, tuviese más en común de lo que yo había supuesto. Todo aquello me inquietaba.

Muy a mi pesar seguía siendo una bruja torpe, aunque ya tuviese mi escoba, y, como me habían dicho Salomón y la anciana vestida de negro, demasiado mortal, pensé al oír la voz de Desmond llamándome desde la terraza y sentir que el corazón se me aceleraba.

—Escocesa, ahora que por fin nos hemos librado de tu novio, podríamos ir juntos a contar un puñado de estrellas. Hagámoslo antes de que el amanecer nos sorprenda. Venga, dime que eres capaz de dejar de pensar, de abandonarte aunque solo sea por unas horas —dijo desde su terraza.

Pero aunque me estaba muriendo de ganas por compartir algo a solas con él, aunque deseaba escapar de aquella realidad y abandonarme, como él decía, no le contesté ni me levanté del sofá.

—¿Por qué no lo haces? ¿Por qué no te dejas ir? Ninguna bruja que no esté enamorada podrá regentar mi desván, y yo sé que quieres hacerlo —me dijo Claudia, que de pronto estaba frente a mí.

Su presencia ni siquiera me sorprendió; ya había aceptado quién era y lo que mis ojos podían ver. Ya no me hacía preguntas sobre la existencia de esta u otra realidad, simplemente las aceptaba.

—¿Es que no me has oído? —inquirió—. No puedes rendirte, aún te queda mucho camino que recorrer, solo estás en el comienzo. Tu historia acaba de empezar. Es importante que El desván de Aradia vuelva a abrir sus puertas. Es más importante de lo que crees. Solo puedes hacerlo tú y, para eso, antes de nada debes enamorarte de él, de Desmond —concluyó, señalando la terraza.

—Es que ya lo estoy, Claudia. Estoy enamorada de él, pero tengo miedo —respondí recordando la visión en la que Desmond y yo permanecíamos juntos en el mismo lecho, arropados por cientos de pétalos de rosa rojos.